



**Madame de la Fayette**

## **La princesa de Cleves**

### ***PRIMERA PARTE***

La magnificencia y la galantería no alcanzaron jamás en Francia tanto brillo como en los últimos años del reinado de Enrique II. Este príncipe era galante, de buen porte y enamorado. Aunque su pasión por Diana de Poitiers, duquesa de Valentinois, hubiera comenzado hacía más de veinte años, no era por eso menos violenta y no daba de ella testimonio menos notorios.

Siendo muy diestro en todos los ejercicios físicos, éstos eran una de sus más grandes ocupaciones: todos los días había cacerías y partidos de pelota, bailes, corridas de sortija o parecidas distracciones. Los colores y las armas de la duquesa de Valentinois aparecían en todas partes, y ella misma se presentaba con las galas que podía ostentar la señorita de la Marck, su nieta, que era entonces casadera.

La presencia de la reina autorizaba la suya. Esta princesa era bella, aunque ya no fuera muy joven; amaba la grandeza, la magnificencia y los placeres. El rey había casado con ella cuando era todavía duque de Orleáns y a la sazón era Delfín su hermano mayor, que murió en Tournón, príncipe que por su nacimiento y sus grandes cualidades, estaba destinado a llenar dignamente el sitio del rey Francisco I, su padre.

El carácter ambicioso de la reina le hacía encontrar muy grato el reinar. Parecía soportar sin pena el afecto del rey por la duquesa de Valentinois, y no demostraba tenerle celos; pero era tal su disimulo que difícilmente podíanse penetrar sus sentimientos; y la política la obligaba a atraer cerca de ella a aquella duquesa, porque así también atraía al rey. Este príncipe gustaba del trato de las mujeres, aún de aquéllas de que no estaba enamorado. Permanecía todos los días en las estancias de la reina a la hora de reunión, a la que no dejaba de asistir todo lo más hermoso y elegante de uno y otro sexo.

Jamás contó una Corte con tantas mujeres bellas y tantos hombres admirablemente bien hechos; parecía que la Naturaleza se hubiera complacido en colocar todo lo que da de más bello en las más grandes princesas y en los más grandes príncipes. Isabel de Francia, que fue después reina de España, comenzaba a demostrar un ingenio sorprendente y la incomparable belleza que le fue tan funesta. María Estuardo, reina de Escocia, que se acababa de casar con el Delfín, y a quien se llamaba, la Reina Delfina, era una persona perfecta de espíritu y cuerpo; había sido educada en la corte de Francia; tenía todas las distinciones de ésta y había nacido con tantas aptitudes para las bellas cosas que, a pesar de ser muy joven, gustaba y entendía de ellas como nadie. La reina, su suegra y la Señora, hermana del rey, gustaban de los versos, la comedia y la música. La afición que el rey Francisco I había tenido por la poesía y por las letras, reinaba todavía en Francia, y amando el rey, su hijo, los ejercicios del cuerpo, todos los placeres se reunían en la Corte. Pero lo que hacía a esta Corte bella y majestuosa era el número infinito de príncipes y de grandes señores de un mérito extraordinario. Los que voy a nombrar eran, por diferentes conceptos, el ornamento y la admiración de su siglo.

El rey de Navarra atraía el respeto de todos por la grandeza de su rango y por la que lucía en su persona. Descollaba en la guerra, y el duque de Guisa despertaba por tal modo su emulación que más de una vez había dejado su puesto de general para ir a combatir junto a él, como un simple soldado, en los sitios de mayor peligro. Verdad es que el duque había dado tales pruebas del valor admirable, y había obtenido tan bellos éxitos, que ningún gran capitán podía mirarle sin envidia. Su valor estaba en consonancia con todas las otras grandes cualidades: su inteligencia era vasta y profunda, su alma noble y elevada y la misma capacidad demostraba para la guerra que para los asuntos públicos.

El cardenal de Lorena, su hermano, poseía una ambición desmesurada junto a una gran viveza de espíritu y a una elocuencia deslumbradora que, con sus conocimientos científicos, servíale muy bien para adquirir relieve en la corte defendiendo a la religión, que, por entonces, comenzaba a ser blanco de algunos ataques. El caballero de Guisa, al que llamaron después

el gran prior, era un príncipe querido de todos, gallardo, inteligente, diestro y de un valor reconocido en toda Europa.

El príncipe de Condé, dentro de un cuerpo desmedrado y poco favorecido por la naturaleza, encerraba un alma grane y altiva, y un espíritu que le hacía agradable a los ojos de las más hermosas damas.

El duque de Nevers, de gloriosa existencia por sus triunfos militares y por los altos cargos que había desempeñado, era una de las mayores delicias de la corte, no obstante su avanzada edad. Tenía tres hijos que constituían su encanto; el segundo, a quien llamaban príncipe de Clèves, era digno de la gloria de su nombre. Bravo y magnífico, tenía una prudencia que no abunda mucho entre la juventud.

El vidamo de Chartres, descendiente de esta antigüedad casa de Vendôme, cuyo nombre no han desdeñado llevar los príncipes reales, igualmente se distinguía en la guerra que en la galantería. Era de buena presencia, valiente, audaz y liberal, cualidades éstas muy arraigadas en él; en fin, era el único que podía ser comparado dignamente con el duque de Nemours, si es que se le podía comparar con alguien. El príncipe era una obra maestra de la naturaleza. Lo que le hacía menos admirable era la circunstancia de ser el hombre mejor formado y más guapo del mundo. Lo que le colocaba por encima de los otros era su valor incomparable y una gracia en su espíritu, su fisonomía y sus ademanes, que jamás se había visto sino en él. Su jovialidad satisfacía por igual a hombres y mujeres; su destreza era extraordinaria en todos los juegos; su modo de vestir era tan elegante que todos procuraban imitarle, sin conseguirlo; y, finalmente, tenía tal aire en toda su persona, que sólo a él se le podía mirar en cuantos sitios se presentase. Para ninguna dama de la corte dejaba de ser un halago merecer su interés; pocas a las que él se hubiese acercado podrían alabarse de haberle resistido; y hasta muchas a las que no había testimoniado la menor pasión no habían dejado por eso de sentirla por él. Tenía tal dulzura y era tan dado a la galantería, que no podía dejar de dedicar exquisitas atenciones a cuantas damas le merecieran algún agrado. Así es que tenía varias amantes; pero era difícil saber a cuál amaba verdaderamente. Iba con frecuencia a casa de la reina delfina. La hermosura de esta princesa, su dulzura, el cuidado que ponía en complacer a todo el mundo y la particular estimación que demostraba al príncipe habían hecho creer que él la miraba con buenos ojos.

Los duques de Guisa, de los que era sobrino, habían aumentado mucho su crédito y su consideración merced a su matrimonio; su ambición lo hacía aspirar a ser iguales que los príncipes de sangre real y a participar del poder del condestable de Montmorency. El rey descargaba sobre éste la mayor parte de los asuntos del Gobierno y trataba al duque de Guisa y al mariscal de Saint-André como a sus favoritos; pero los que el favor o los asuntos de Estado aproximaba a su persona no podían mantenerse sino

sometiéndose a la influencia de la duquesa de Valentinois; pues, aunque ya no fuera joven ni bella, gobernaba con un imperio tan absoluto, que puede decirse que era la dueña de su persona y del Estado.

El rey había profesado siempre al condestable verdadera estimación, así que, tan pronto como comenzó su reinado, le llamó a su lado, levantándole el destierro que le había impuesto Francisco I. La corte estaba en manos del duque de Guisa y del condestable, a quien defendían los príncipes de sangre real. Tanto el uno como el otro partido se habían preocupado siempre de atraerse la voluntad de la duquesa de Valentinois.

El duque de Aumale, hermano del duque de Guisa, había contraído matrimonio con una de sus hijas, y el condestable aspiraba a la misma alianza. No se contentaba con haber casado a su hijo mayor con Diana, hija del rey y de una dama del Piamonte, que se hizo religiosa cuando hubo dado a luz. Este casamiento luchó con muchos obstáculos a causa de las promesas que el señor de Montmorency le había hecho a la señorita de Piennes, una de las doncellas de honor de la reina y bien que el rey los hubiera vencido con una paciencia y una bondad extremas, el condestable no se creía bastante apoyado si no ponía de su lado a la duquesa de Valentinois y si no la separaba de los Guisa, cuya grandeza comenzaba a inquietar a la duquesa. Había retardado cuanto pudo el casamiento del Delfín con la reina de Escocia. La belleza y el espíritu sagaz y avanzado de esta joven reina, y la elevación que este casamiento daba a los señores de Guisa, le eran insoportables. Odiaba particularmente al cardenal de Lorena; éste le había hablado con acritud y hasta con desprecio; y ella veía que se estaba vinculando con la reina, de modo que el condestable la encontró dispuesta a unirse con él, y a entrar en su alianza por medio del casamiento de la señorita de la Marck, su nieta, con el señor de Anville, su segundo hijo, que le sucedió después en su puesto, bajo el reinado de Carlos IX.

El condestable no creyó encontrar obstáculos en el espíritu del señor de Anville para el casamiento, como los había encontrado en el espíritu del señor de Montmorency; pero, aunque las razones le permanecieran ocultas, las dificultades no fueron menores. El señor de Anville estaba perdidamente enamorado de la Reina Delfina, y, por poca esperanza que tuviera en esa pasión, no se resolvía a contraer un compromiso que dividiría sus atenciones. El mariscal de Saint André era la única persona en la Corte que no se hubiera afiliado a su partido; era uno de los favoritos, y su favor no dependía más que de su persona: el rey lo quería desde la época en que era Delfín, y después lo había hecho mariscal de Francia a una edad en que no se acostumbra pretender las menores dignidades. Su favor le daba un rango que sostenía con su mérito y con lo agradable, de su persona, con una gran delicadeza en su mesa y en sus muebles, y con la más grande magnificencia que se hubiera visto nunca en un particular. La liberalidad del rey contribuía a esos gastos. Este príncipe llegaba hasta la prodigalidad

para con los que quería. No tenía todas las grandes cualidades, pero tenía varias, y sobre todo la de armar la guerra y ser entendido en ella: así es que había conseguido felices éxitos, y, si se exceptuaba la batalla de San Quintín, su reinado no había sido más que una serie de victorias: había ganado en persona la batalla de Renty; el Piamonte había sido conquistado, los ingleses habían sido expulsados de Francia y el emperador Carlos V había visto terminar su buena suerte ante la ciudad de Metz, que había sitiado inútilmente con todas las fuerzas del Imperio de España. Sin embargo, como la desgracia de San Quintín había disminuido la esperanza de nuestras conquistas, y después la fortuna parecía haberse dividido entre los dos reyes, se encontraron insensiblemente dispuestos a la paz.

La duquesa madre de Lorena había comenzado a hacer proposiciones en la época del casamiento del Delfín; después siempre había habido alguna negociación secreta. Por último se eligió a Cercamp, en el país de Artois, como lugar en que debía celebrarse la reunión. El cardenal de Lorena, el condestable de Montmorency y el mariscal de Saint-André fueron en representación del rey; el duque de Alba y el príncipe de Orange, por Felipe II, y el duque y la duquesa de Lorena, fueron los mediadores. Los principales artículos eran el casamiento de Isabel de Francia con don Carlos, infante de España, y de la hermana del rey, con el señor de Saboya.

El rey permaneció entretanto en la frontera y allí recibió la noticia de la muerte de María, reina de Inglaterra. Se envió al conde de Randán a Isabel, para cumplimentarla por su advenimiento al trono. Esta lo recibió con alegría: sus derechos a la corona estaban tan mal establecidos, que le era ventajoso verse reconocida por el rey. El conde la encontró instruída de los intereses de la corte de Francia y del mérito de los que la componían; pero sobre todo la encontró tan llena de la reputación del duque de Nemours, le habló tantas veces de este príncipe y con tanto interés que, cuando el señor de Randan, al tener que dar cuenta de todo a su regreso, dijo al rey que no había nada que el duque no pudiera pretender de la princesa y que no dudaba de que ella se avendría de buen grado a contraer matrimonio con él.

Aquella misma noche hablaba el rey al duque, a quien el conde de Randan refirió sus conversaciones con Isabel, aconsejándole al mismo tiempo que intentara esta empresa tan halagadora, en lo que también coincidió el rey.

En un principio creyó el duque de Nemours que el rey no le hablaba en serio; pero pronto se convenció de lo contrario.

-Al menos, señor -le dijo-, si yo me embarco en una empresa quimérica, por el consejo y para el servicio de vuestra majestad, sólo os suplico que me guardéis el secreto hasta que el buen resultado me justifique ante todos, pues me parece una vanidad demasiado grande pretender que una reina quiera casarse conmigo, aún sin conocerme, sólo por amor.

Le prometió el rey que sólo al condestable hablaría de semejante asunto, ya que él también atribuía al hecho de guardar el secreto una buena parte del éxito que pudiera obtenerse.

El conde de Randan aconsejó al duque de Nemours que fuese a Inglaterra pretextando la necesidad de hacer un simple viaje; pero el príncipe no pudo resolverse, aunque sí envió a Lignovelle, su favorito, con objeto de sondear los sentimientos de la reina y para iniciar alguna relación de amistad.

En espera del resultado de este viaje, decidió visitar al duque de Saboya, que se hallaba a la sazón en Bruselas con el rey de España. La muerte de la reina María de Inglaterra dio origen a que surgieran grandes obstáculos para llegar a la paz. La asamblea se interrumpió a fines de noviembre y el rey regresó a París.

Entonces se presentó en la corte por primera vez una beldad que atrajo las miradas de todos, y no hay duda de que se trataba de una beldad perfecta desde el momento en que despertaba la general admiración en un sitio donde era costumbre ver tanta belleza. Pertenecía a la misma casa que el vidamo de Chartres y era una de las mayores herederas de Francia. Su padre había muerto joven y habíale dejado bajo los cuidados de madame de Chartres, su mujer, cuya hermosura, virtud y méritos eran extraordinarios. Había dejado de presentarse en la corte hasta varios años después de la muerte de su marido, y durante esta ausencia estuvo dedicada por entero a la educación de su hija; pero no se preocupó tan sólo de cultivar su espíritu y su belleza, sino también de infiltrarle ideas de virtud de hacérselas amables. La mayor parte de las mujeres creen que basta no hablar de las cosas galantes en presencia de sus hijas para alejarlas de todo peligro; pero madame de Chartres participaba de la opinión opuesta. Con frecuencia le hablaba del amor, y le mostraba lo que hay de más agradable para persuadirla fácilmente de lo más peligroso que existía en él. Le hablaba de la poca sinceridad de los hombres, de sus engaños, de su infidelidad, de los sinsabores domésticos, en los que naufragan las promesas, haciéndole ver al mismo tiempo con qué tranquilidad discurre la vida de una mujer honesta y cuánto esplendor y elevación adquiere la persona que, además de la hermosura física, disfruta de los privilegios que concede una buena cuna. Y resumía sus discursos diciéndole que esta virtud sólo la podría conservar a cambio de una extrema desconfianza, aun de sí misma, y con mucho cuidado de entregarse a nada que no la condujera a la felicidad, que para la mujer consiste en amara su marido y verse correspondida por él.

Esta rica heredera constituía uno de los mejores partidos de Francia, y aunque todavía no pasara de la adolescencia, eran varios los enlaces matrimoniales que se le habían ofrecido. Madame de Chartres, que vivía en plena gloria, no encontró ninguno que fuese digno de su hija; y, considerando que a los dieciséis años era suficiente edad, se decidió a llevarla a la corte. Al verla se presentó el vidamo ante ella, sorprendido,

con razón, de su espléndida hermosura. La blancura de su rostro y lo rubio de sus cabellos daban un insólito realce a su figura. Sus facciones eran perfectas y tanto su fisonomía como su persona toda reflejaban mucha gracia y encanto.

Al día siguiente de su llegada fue en busca de un italiano comerciante en piedras preciosas, que traficaba por todo el mundo. Este hombre venía de Florencia con la reina y de tal modo se había enriquecido, que su casa antes parecía la de un gran señor que la de un comerciante. Poco después de su llegada a casa del joyero se presentó de súbito el príncipe de Clèves, que se sorprendió tanto de la hermosura de la joven, que no pudo ocultar su emoción. La señorita de Chartres se ruborizó un poco al darse cuenta de que era la causa de la impresión que denotaba el príncipe. Sin embargo, apenas se repuso, no dedicó al recién llegado otras muestras de interés que aquellas que las personas bien educadas pueden concederse. El príncipe la contemplaba con admiración, sin adivinar quién podía ser aquella joven que no conocía, aunque por su aire elegante y por todos sus detalles daba a entender que era dama de calidad. Por su juventud parecióle soltera; pero, no acompañándola ninguna señora y oyendo que el italiano, que tampoco la conocía, la trataba de tal, no sabía qué pensar, mientras continuaba flechándola con la mirada. Advertido de que su mirada la molestaba, contra lo que ordinariamente ocurre con las jóvenes, que gustan siempre de saberse admiradas por su belleza, y comprendiendo que ésa era la causa de la impaciencia que sentía por marcharse, como efectivamente hizo al instante, se consolaba secretamente al pensar que sólo al perderla de vista podría saber por el italiano de quién se trataba; pero sufrió un disgusto al decirle el comerciante que no la había visto nunca. Tan agradablemente impresionado había quedado el príncipe de la hermosura de la joven, así como de la delicadeza que había entrevisto en todos sus ademanes, que desde tal momento concibió por ella una pasión extraordinaria. Bajo esta impresión se presentó por la noche en casa de la hermana del rey.

Esta princesa gozaba de una consideración tan grande, por el ascendiente que tenía sobre el rey, y era tanto el cariño que su hermano le profesaba, que sólo por ella accedió, en el momento de firmar la paz, a cederle el Piamonte, a fin de poderla casar con el duque de Saboya. Aunque toda su vida había soñado con casarse, sólo quería entregar su mano a un príncipe reinante, por cuya razón había rechazado al rey de Navarra cuando sólo era el duque de Vendôme, y también porque era al duque de Saboya a quien amaba. La inclinación que sentía por él la conservaba desde que le había visto una vez en Niza, con motivo de la entrevista entre el rey Francisco I y el papa Pablo III. Como era muy inteligente y sabía discernir sobre la bondad y la belleza de las cosas, supo atraerse la atención de todos, y hasta ocurría a veces que toda la corte se congregase en su casa.

El príncipe de Clèves fue allí aquella noche como de costumbre, y tan admirado había quedado de la discreción y belleza de la señorita de Chartres, que no pudo hablar de otra cosa. Refirió su aventura en voz alta y sin dejar de tributar alabanzas a la joven que había visto y a la que no conocía. La hermana del rey le dijo que no sabía de ninguna joven que coincidiese con las señas de la que describía, y que, de existir tal como la pintaba, no podría menos que ser conocida por todo el mundo. Madame de Dampierre, que era su dama de honor y amiga de madame de Chartres, que oía la conversación, se aproximó a la princesa para decirle en voz baja que sólo podía ser la señorita de Chartres la que el príncipe de Clèves había visto. La princesa se dirigió al príncipe y le invitó a volver al día siguiente con el fin de hacerle ver nuevamente a la señorita que tanto le había impresionado.

En efecto, al día siguiente se encontraba allí la señorita de Chartres. Primeramente fue recibida por las reinas con todo el cariño que se puede imaginar y con tanta admiración por parte de todo el mundo, que sólo alabanzas se oían en torno. Recibíalas ella con una modestia tan noble, que no parecía comprenderlas o, al menos, que no la afectaban en absoluto. Seguidamente, marchóse al palacio de la hermana del rey. Esta princesa, tras elogiar su belleza, le dio cuenta del asombro que había causado al príncipe de Clèves. Poco después comparecía éste.

-Venid –le dijo la princesa-; ved si he dejado de cumplir mi palabra, y si mostrándoos a la señorita de Chartres no os hago ver a esa beldad que buscabais. Agradecedme al menos el haberle hablado de la admiración que sentís por ella.

El príncipe de Clèves mostró gran alegría al saber que esa joven, que tan agradable le parecía, era de un rango proporcionado a su hermosura. Al dirigirle la palabra le suplicó que recordara siempre que él había sido el primero en admirarla y que, aun sin conocerla, había tenido con ella todos los sentimientos de respeto y estimación que le eran debidos.

El caballero de Guisa y él, que eran amigos, salieron juntos de casa de la princesa, y ambos coincidieron en sus calurosos elogios a la señorita de Chartres; y, dándose al fin cuenta de que la alababan demasiado, decidieron no continuar expresando lo que pensaban, aunque en días sucesivos veíanse precisados a reanudar el tema cada vez que se encontraban.

La nueva beldad fue durante largo tiempo el único objeto de todas las conversaciones. La reina, además de ensalzarla mucho, tenía con ella todo género de consideraciones. La reina delfina hizo de ella una de sus favoritas y rogó a madame de Chartres que la llevara con frecuencia a su palacio. La hija del rey la invitaba siempre para que tomase parte en todas sus diversiones. En fin, la señorita de Chartres logró hacerse amar y admirar de toda la corte, exceptuando a madame de Valentinois, y no porque le hiciera sombra, ya que una larga experiencia le había enseñado



que nada podría enajenarle la simpatía del rey, sino porque era tanto el odio que sentía por el vidamo de Chartres, a quien había querido casar con una de sus hijas y que se unió matrimonialmente con la reina delfina, que no podía mirar con buenos ojos a una persona que llevaba su nombre y a la cual, sin embargo, fingía una gran amistad.

El príncipe de Clèves se enamoró apasionadamente de la señorita de Chartres, acariciando el ardiente deseo de hacerla su esposa, aunque al mismo tiempo temía herir el orgullo de madame de Chartres, por ser quien aspiraba a la mano de su hija, el segundón de una casa grande. Lamentaba no ser el primogénito, aunque la grandeza de su casa era tal, que el conde de Eu, su hermano mayor, acababa de contraer matrimonio con una dama perteneciente a la realeza, por lo que, antes que a faltas de verdaderas razones, debían atribuirse sus vacilaciones a la timidez que la pasión infunde a los enamorados.

Entre sus numerosos rivales contaba al caballero de Guisa, que le parecía el más temible por su nacimiento, sus condiciones personales y el esplendor que la magnanimidad de los reyes daba a su casa. Este príncipe se enamoró de la señorita de Chartres al punto de conocerla, y, si bien descubrió al momento la pasión que por ella sentía el príncipe de Clèves, también éste había adivinado la suya. Aunque conservasen una buena amistad, la distancia que entre ellos establecía la identidad de sus pretensiones no les había permitido darse una mutua explicación. Así que su amistad se fue enfriando sin que ninguno de los dos tuviese la suficiente decisión para evitarlo.

El haber sido el primero que la viera parecía al príncipe de Clèves un feliz presagio y una ventaja más sobre sus rivales; pero esperaba tener que luchar con los muchos obstáculos que le opondría su padre, el duque de Nevers, quien mantenía muy estrechas relaciones de amistad con la duquesa de Valentinois, enemiga del vidamo, y esta razón bastaba para que el duque no transigiera jamás con semejante enlace.

Madame de Chartres, que tanto se había preocupado por educar a su hija con arreglo a la más estrecha virtud, no dejó de adoptar precauciones inspiradas en tal sentido y que juzgaba necesarias allí donde tan peligrosos ejemplos se ofrecían. La ambición y la galantería eran el alma de la corte, y esa inclinación comprendía por igual a damas y galanes. Eran tantos los intereses contrapuestos y tantas las intrigas puestas en juego, y tomaban en ellas las mujeres una parte tan activa, que el amor se mezclaba en los asuntos de Estado y éstos en el amor. Nadie vivía tranquilo ni indiferente a los hechos que se sucedían; todos pensaban en elevarse, en hacerse agradables, en servir a otro o en perjudicarlo; no se conocían el aburrimiento ni el ocio, y se estaba siempre ante la perspectiva de los placeres o de las intrigas.

Las damas sentían afectos particulares por la reina, por la reina delfina, por la reina de Navarra, por la hermana del rey o por madame de Valentinois. Las inclinaciones naturales, los motivos de benevolencia o bien coincidencias de carácter, fundamentaban esta diversidad de afectos. Las que, por haber pasado de la primera juventud, hacían profesión de una mayor austeridad, eran afectas a la reina. Las que, por sus años, amaban los placeres y la galantería, hacía la corte a la reina delfina. La reina de Navarra tenía sus favoritas; era joven y ejercía un verdadero ascendiente sobre el rey, su marido. Contaba también con la adhesión del condestable, y esto aumentaba en mucho su influencia.

La hermana del rey se conservaba todavía bella y había sabido atraerse cierto número de damas. La duquesa de Valentinois disponía de todas las que se dignaba mirar; pero muy pocas le resultaban agradables, y menos algunas de ellas, a las que concedía cierta familiaridad y confianza, y que soportaba por la igualdad de gustos y pensamientos; no recibía a ninguna, excepto los días en que gozaba reuniendo en torno suyo una corte como la de la reina.

Todas esas agrupaciones femeniles procedían unas contra otras a impulsos de la envidia, y entre las damas que las formaban se desencadenaban los celos, ya por la concesión de una merced regia, ya por cuestiones relacionadas con sus amantes. El interés de una mayor grandeza y elevación de rango confundíase a veces con otros intereses menos importantes, pero no menos sensibles.

Así es que en la corte imperaba una especie de agitación sin desorden que, si bien la hacía muy agradable, ofrecía en cambio serios peligros a una joven sin experiencia. Madame de Chartres vio este peligro y no pensó más que en buscar el medio de poner a salvo a su hija, por lo que le rogó, más en calidad de amiga que de madre, que la escogiera para confidente de todas las galanterías que se le dirigieran, prometiéndole a cambio ayudarla en los casos ante los cuales nos sentimos incapaces de una determinación acertada en los primeros años de la juventud.

El caballero de Guisa expuso tan claramente sus sentimientos y deseos acerca de la señorita de Chartres, que pronto dejaron de ser un secreto para nadie. No obstante, conocía la imposibilidad en que se encontraba para el logro de sus aspiraciones y estaba convencido de que, por su falta de bienes suficientes para mantener el rango de la señorita de Chartres, nunca podría ser un buen partido para ella; tampoco ignoraba que sus hermanos se opondrían a la boda por temor al descenso que trae consigo, para las grandes casas, el matrimonio de los hermanos menores. Pronto le hizo ver el cardenal de Lorena que no se equivocaba; pero, al condenar con extraordinario fuego el afecto que sentía por la señorita de Chartres, no le dijo las verdaderas razones de su oposición. El cardenal sentía mucho odio contra el vidamo, odio que no había estallado hasta entonces, y hubiera

preferido cualquier otra alianza antes que ver a su hermano formando parte de tal familia. Tan públicamente hizo esta declaración, que madame de Chartres se sintió lastimada en su parte más sensible. Su primer cuidado fue hacer ver al cardenal de Lorena que no tenía que temer por su parte y que era ella la que no pensaba en que se efectuara ese matrimonio. El vidamo adoptó la misma actitud, aunque sintió más hondamente que madame de Chartres la ofensa que les había inferido el cardenal de Lorena, por conocer mejor los móviles de su conducta.

El príncipe de Clèves no había dado muestras menos públicas de su pasión que el caballero de Guisa. El duque de Nevers se enteró de ello con pena, aunque en el fondo estaba convencido de que no tenía más que hablar a su hijo para hacerle cambiar de propósito. Por eso fue tan grande su sorpresa al ver que era muy firme su deseo de casarse con la señorita de Chartres. El duque condenó este deseo de su hijo, y tan poco ocultó su indignación, que bien pronto se comentó el hecho en la corte y en el palacio de madame de Chartres, la cual estaba segura de que el duque de Nevers consideraba el enlace como desventajoso para su hijo. Lo que más se sorprendía era que la casa de Clèves y la de Guisa temieran su alianza en vez de desearla. El despecho que esto le causaba le hizo pensar en un partido para su hijo que la pusiera por encima de los que se creían superiores a ella. Después de detenido examen, se detuvo en el príncipe delfín, hijo del duque de Montpensier. Estaba ya en edad de casarse, y aquello era el mayor acontecimiento que por entonces preocupaba a la corte.

Como madame de Chartres tenía una gran habilidad, y dado que, en efecto, su hija era un partido de consideración, supo desenvolverse con la eficaz ayuda del vidamo, muy respetado y querido por todos, con tal acierto y tanto éxito, que para el mundo apareció el duque de Montpensier como el que con mayor vehemencia había deseado esta boda, la cual no podía tropezar con ninguna dificultad.

El vidamo, que conocía el grado de estimación que monsieur d'Anville profesaba a la reina delfina, juzgó necesario emplear el poder que esta princesa tenía sobre él para destinarle a servir a la señorita de Chartres cerca del rey y también del duque de Montpensier, con el que sostenía una amistad íntima. Habló de ello a la reina y ésta acogió la propuesta con mucho entusiasmo, por tratarse de la elevación de una persona a la que tanto quería. Luego de asegurarle su más decidido apoyo, la reina delfina confesó al vidamo que eso disgustaría al cardenal de Lorena, su tío; pero estaba dispuesta a pasar por encima de esta consideración porque tenía motivos para estar resentida con él, ya que a diario tomaba la defensa de los intereses de la reina contra los suyos propios.

Las personas galantes encuentran en el menor pretexto un motivo para conversar con las que les son gratas. Apenas hubo marchado el vidamo, la

reina delfina ordenó a Châtelart, que era el favorito de monsieur d'Anville y que conocía la pasión que éste sentía por ella, que fuera a decirle que deseaba hablar con él aquella misma noche en el palacio de la reina. Châtelart recibió este encargo con mucha alegría y respeto. Este gentilhomme pertenecía a una buena casa del Delfinado, pero sus méritos personales le colocaban mucho más alto que lo que le correspondería por su nacimiento. Era bien recibido y tratado por parte de todos los señores de la grandeza, y fue el apoyo de los Montmorency lo que le había puesto en relación con monsieur d'Anville. Tenía una figura arrogante y era diestro en cuantos ejercicios se acostumbraban; su voz era agradable, sabía componer versos y estaba en posesión de un espíritu tan galante y apasionado, que decidió a monsieur d'Anville a hacerle confidente de su amor por la reina delfina. Esta confidencia le aproximó a la princesa, y el verla con mucha frecuencia originó esa pasión desgraciada que nublaba su razón y acabó costándole la vida.

Monsieur d'Anville no flató a la cita y se consideró feliz al saber que la reina delfina le había escogido para una cosa que él deseaba. Así que prometió obedecer exactamente sus indicaciones, pero madame de Valentinois, que se había propuesto dificultar este matrimonio, supo prevenir de tal modo al rey, que éste, al hablarle monsieur d'Anville, le expresó que no le merecía su aprobación, ordenándole al mismo tiempo que se lo anunciara así al duque de Montpensier. Se comprenderá fácilmente cómo sentiría madame de Chartres el fracaso de sus planes, lo que daba una ventaja tan grande a sus enemigos en perjuicio de su hija.

La reina delfina testimonió a la señorita de Chartres, expresándole su buena amistad, el disgusto que le causaba no haber podido serle útil.

-Ya veis –le dijo– cuán escaso es mi poder; me aborrecen tanto la reina y la duquesa de Valentinois, que será muy difícil que ellas o los que están a su servicio no se opongan a todos mis deseos. No obstante, yo no he pensado en otra cosa que en hacerme grata a sus ojos; me odian por la misma causa que odiaban a mi madre, que en otro tiempo sólo les inspiraba envidia e inquietud. El rey se había enamorado de ella antes que de madame de Valentinois, y en los primeros años de su matrimonio, cuando aún no había tenido hijos y aunque amaba ya a esta duquesa, pareció dispuesto a separarse de su esposa para contraer matrimonio con la reina, mi madre. Madame de Valentinois, que recelaba de una mujer a la que el rey había amado y cuya belleza y talento podían disminuir su favor, se unió al condestable, que tampoco podía ver con buenos ojos que el rey contrajera matrimonio con una hermanada de los de Guisa. La simpatía que profesaba a la reina bastó para que el condestable trabajara para impedir que el rey se distanciara de su esposa, y en un momento tan grave no reparó siquiera en el odio mortal que sentía por madame de Valentinois, su aliada. Para disuadirle de un modo definitivo del proyecto que acariciaba el rey,

esto es, de la idea de contraer matrimonio con mi madre, acordaron darle por esposo al rey de Escocia, viudo de madame Magdeleine, hermana del rey, procediendo así porque juzgaban el plan de fácil realización, dado el apoyo que les prestaría el rey de Inglaterra, que lo deseaba con verdadero entusiasmo. Esto casi motivó una ruptura entre los dos reyes. Enrique VIII no podía consolarse del dolor de no haber podido casarse con mi madre, y aunque se llegó a proponerle alguna otra princesa francesa, no quiso nunca sustituir a la única que amaba. Mi madre era verdaderamente de una hermosura perfecta, y es cosa digna de señalar que, aunque viuda de un duque de Longueville, fueron tres los reyes que aspiraron a su mano. Su desgracia fue caer en los brazos del peor y vivir en un reino donde sólo encontró penas. Se ha dicho que yo me parezco a mi madre, y temo que lleguemos también a parecernos por mi sino desgraciado, pues, aunque creo entrever para mí un poco de felicidad, no sé si llegaré a disfrutarla.

La señorita de Chartres contestó a la reina que consideraba mal fundados sus tristes presentimientos, que no durarían mucho tiempo, porque no se podía dudar de que la felicidad soñada dejaba de responder a las apariencias.

Desde entonces nadie se atrevió a pensar en la señorita de Chartres, por el temor de disgustar al rey o porque no esperaban salir victoriosos sobre una mujer que había aspirado nada menos que a un príncipe real.

Monsieur de Clèves no se detuvo ante ninguna de estas consideraciones. La muerte de su padre el duque de Nevers, que sobrevino entonces, le dio una libertad completa para seguir sus inclinaciones.

Sólo esperaba que transcurriera el tiempo de riguroso luto para poner en práctica los medios precisos para casarse con la señorita de Chartres. Considerábase feliz de poder formular sus pretensiones en un momento en que, por todo lo ocurrido, se hallaban en retirada los otros aspirantes, con lo cual estaba seguro de no tropezar con una negativa. Lo único que turbaba su alegría era el miedo a no resultarle simpático, pues preferiría la dicha ser amado a la certeza de que le aceptara por esposo sin amarle.

El caballero de Guisa le había dado algún motivo de celos; pero como éstos más se fundaban en los méritos de este príncipe que en las acciones de la joven, se dio a pensar únicamente en si le sería posible conseguir que ella le correspondiera con la misma pasión. Sólo la veía en casa de las reinas o en las reuniones, por lo que le resultaba difícil tener una conversación particular con ella. Por fin logró encontrarla sola y le habló de su deseo y su pasión con todo el respeto imaginable, rogándoles que le comunicara cuáles eran los sentimientos que abrigaba respecto a él, tras lo cual le manifestó que los que sentía por ella eran de tal naturaleza que se tendría por el ser más desventurado de la tierra si no obedecía más que por deber a los mandatos de su madre.

Ante estas palabras y ante un proceder tan delicado y correcto, la señorita de Chartres no pudo menos que quedar muy bien impresionada del príncipe de Clèves, y este reconocimiento dio a sus respuestas cierto aire de dulzura que bastaba para infundir la más risueña esperanza a un hombre tan perdidamente enamorado como el príncipe, por lo que le halagaba pensar que ya tenía lograda una parte de cuanto deseaba.

Ella dio cuenta a su madre de esta conversación y madame de Chartres le dijo que atesoraba tan buenas cualidades el príncipe de Clèves y demostraba tan buen juicio en todo dada su edad, que si en su ánimo existía la intención de casarse con él, accedería a ello con mucha alegría. Le replicó su hija que adivinaba en él las mismas cualidades, que le causaba menos repugnancia que otro cualquiera, pero que, en verdad, no tenía ninguna inclinación particular hacia su persona.

Al día siguiente alguien se dirigió a madame de Chartres por encargo del príncipe, a quien contestó que, al aceptar su proposición, estaba segura de que con el príncipe de Clèves no le daría un marido que su hija pudiese no amar. Una vez convenido el acuerdo se habló al rey y pronto fue sabido de todos que en breve se celebraría la boda.

El príncipe se consideraba feliz, aún sin estar completamente contento. Le causaba mucha pena ver que los sentimientos de la señorita de Clèves no sobrepasaban los límites de la estimación y el reconocimiento, pues él no podía sentirse halagado mientras ella no le demostrase un amor verdadero, dado el caso de que, tal como estaban las cosas, le sería permitido expresarlo así sin chocar con su extrema modestia. No pasaba ningún día sin que él le expusiera sus lamentaciones.

-¿Es posible –le decía- que yo no me considere completamente feliz casándome con vos? Sin embargo, no lo soy. Solo tenéis conmigo cierta bondad que no puede satisfacerme; vos no sentís impaciencia, inquietud ni pena; ni pasión no os impresiona más que la simpatía de otro hombre que se guiara por las conveniencias de la fortuna y no por los encantos de vuestra persona.

-Hay mucha injusticia en vuestras lamentaciones –le respondía ella-; no veo que podáis exigir más de lo que hago, y hasta me parece que la honestidad no me permite proceder de otro modo.

-Es cierto –replicó el príncipe- que podría mostrarme contento de ciertas apariencias si hubiera algo más tras ellas; pero creo que, en lugar de contenedores, es la honestidad la que os obliga a hacer todo lo que hacéis. Yo no he entrado en vuestro corazón, y mi presencia ni siquiera os produce placer o turbación.

-No podéis dudar de que siento alegría al veros, y es tan frecuente el que yo enrojezca al miraros, que tampoco debierais dudar de que vuestra mirada me causa turbación.

-Mi opinión acerca de vuestro rubor –añadió el príncipe- no es equivocada: obedece a un sentimiento de modestia y no a un impulso de vuestro corazón, sé formar el debido concepto de las cosas.

La señorita de Chartres no sabía qué responder, porque estas distinciones eran superiores a sus conocimientos. El príncipe comprendía demasiado cuál lejos estaba ella de los sentimientos amorosos que le podrían satisfacer, pues ni parecía comprenderlos.

El caballero de Guisa regresó de un largo viaje poco días antes de la boda. Había visto tantos y tan invencibles obstáculos opuestos a su enlace con la señorita de Chartres, que jamás pensó en la posibilidad de esta unión; sin embargo, le fue sumamente doloroso saber que otro se la llevaba; y este dolor no fue bastante para vencer su pasión, que continuó sintiendo con la misma fuerza.

La señorita de Chartres no había ignorado la predilección que este príncipe le profesara, y a su regreso fue él quien le hizo saber que era ella la causa de la profunda tristeza reflejada en su rostro, aunque advirtiéndole que era tan grande y puro su cariño, que no debía menos de sentir por él alguna piedad, al verle tan desgraciado. La joven se sintió compadecida, pero esa piedad no le inspiraba ningún otro sentimiento. No ocultó a su madre la pena que le producía la afección del príncipe de Guisa.

Madame de Chartres admiró la sinceridad de su hija, y no sin razón, porque jamás persona alguna la ha tenido tan grande y natural; pero admiraba más que su corazón se mantuviera apartado de toda impresión amorosa, sin excluir al príncipe de Clèves. Esto la obligó a pensar en adoptar las precauciones necesarias para unirla lo más posible a su marido y para hacerle comprender lo que debía al cariño que él le había demostrado, aun desde antes de conocerla personalmente, y a la pasión que por ella sentía, demostrada por el hecho de haberla preferido a todas en un tiempo en que nadie se atrevía a pensar en ella.

Llegó el momento de la boda. La ceremonia se celebró en el Louvre, y aquella misma noche el rey y la reina, con toda la corte, fueron a cenar al palacio de madame de Chartres, donde se les recibió con gran magnificencia. El caballero de Guisa no quiso singularizarse dejando de asistir a la fiesta, pero fue tan poco dueño de sí, que no pudo ocultar su tristeza.

El príncipe de Clèves no notó en la señorita de Chartres ningún cambio de carácter al cambiar de nombre. La condición de marido le dio más grandes privilegios, pero no mayor ascendiente en el corazón de su mujer. Esto hizo también que no por ser su esposo dejara de ser su amante, porque él sentía para ella un deseo superior al de la simple posesión, y poco importaba que ella se condujese bien con él para que pudiese considerarse completamente feliz. Sentía por ella una pasión violenta e inquieta que turbaba su alegría, aunque, en honor a la verdad, los celos no tomaban en

ello la menor parte. Jamás marido alguno ha estado más lejos de los celos, ni jamás mujer alguna estuvo más lejos de motivarlos. Y, sin embargo, estaba expuesta a los peligros de la corte y acudía cada tarde y cada noche a los salones de las reinas y de su madre. Todos los hombres jóvenes y galantes la veían en su casa y en la del duque de Nevers, su cuñado, cuyos salones estaban abiertos a todo el mundo, pero inspiraba tanto respeto por su figura y parecía tan alejada de toda tentación, que el mismo mariscal de Saint-André, hombre audaz y alentado por el favor del rey, se había prendado de su hermosura y no se atrevía a insinuárselo sino en forma velada y con todos los miramientos debidos a una dama. Lo mismo les ocurría a otros muchos; y madame de Chartres unía a la discreción de su hija una conducta tan irreprochable para con todos, que acabó por infundir el general convencimiento de que su hija estaba por encima de todo poder de seducción.

La duquesa de Lorena había trabajado también a favor del matrimonio de su hijo al trabajar por la paz. Se casaría con Claudia de Francia, segunda hija del rey, y la ceremonia estaba ya anunciada para el próximo mes de febrero.

No obstante, el duque de Nemours permanecía en Bruselas, dedicado de lleno a solucionar los asuntos que tenía pendientes con Inglaterra. Constantemente recibía o enviaba correos; sus esperanzas iban en aumento cada día, y finalmente Lignerolles le dijo que creía llegada la hora de que su presencia contribuyera a acabar lo que con tanto éxito había iniciado. Recibió la buena nueva con toda la alegría que podría experimentar un joven ambicioso que se viera elevado a un trono por sus propios merecimientos. Su espíritu se había acostumbrado tan insensiblemente a la seguridad de alcanzar semejante grandeza, que lo que en un principio se le antojó imposible se le presentaba ahora como un camino llano que podría recorrer sin tropezar con obstáculos que sólo habían tenido realidad en su imaginación.

Inmediatamente envió a París las órdenes necesarias para que se le preparara un equipaje magnífico con el fin de presentarse en Inglaterra con un esplendor proporcionado al motivo que allí le conducía, y él mismo se apresuró a presentarse en la corte para asistir a la boda del duque de Lorena.

Llegó en la víspera del acto y al momento se trasladó a palacio con el único objeto de dar cuenta al rey del estado de sus gestiones y recibir sus órdenes y consejos a fin de completar cuanto debía hacer. Seguidamente fue a saludar a las reinas. Madame de Clèves no estaba presente, por lo que no pudo verle ni enterarse de su regreso. La hermosa joven había oído hablar de este príncipe, a todo el mundo, como del mejor y más agradable miembro de la corte; sobre todo, a la reina delfina, que le había pintado con



tan sugestivos colores y le había hablado de él tantas veces, que al despertarse su curiosidad llegó a sentir la mayor impaciencia por conocerle.

El día de la boda lo pasó en su casa dedicada a hermosearse para asistir por la noche al baile y al festín real que tenía que celebrarse en el Louvre. Apenas llegó, todos los invitados se detuvieron para mejor admirar su belleza y su toilette.

Comenzó el baile. Madame de Clèves se hallaba danzando con el caballero de Guisa, cuando se oyó un rumor en la puerta de la sala como de alguien que entrara y a quien se le abriera el paso. Esto hizo que ella interrumpiera el baile, y mientras buscaba con la mirada a alguien que parecía desear, el rey la invitó a formar pareja con el recién llegado. Al volver la cabeza se encontró ante un hombre que a su juicio no podía ser otro que el duque de Nemours y cuyo busto se erguía, por encima de los que continuaban sentados, al pasar al sitio de la sala donde se bailaba. El príncipe tenía un aspecto que no nunca, y más en aquella noche en que, por el cuidado que había podía menos de impresionar a cuantos no le hubiesen visto puesto en su atavío, se presentaba con todo el encanto que pudiera desprenderse de su persona; pero también resultaba difícil contemplar por primera vez a madame de Clèves sin una exclamación de asombro.

El duque de Nemours quedó tan deslumbrado por la belleza de la desconocida dama, que al llegar a su lado y hacerle la obligada reverencia hubo de expresarle con discretas palabras la admiración que le causaba. Apenas iniciaron juntos el baile, se levantaron en la sala mil murmullos de alabanza. El rey y las reinas diéronse cuenta de que ambos no se habían visto hasta entonces, y encontraron algo singular en el hecho de que se pusieran a bailar juntos aún sin conocerse. Al acabar el baile llamáronlos los reyes sin darles tiempo a que pudieran hablar antes con alguien, preguntándoles si no deseaban saber cuál era el nombre de su respectivo acompañante, en el caso de que no lo supieran.

-Por mi parte –dijo el duque-, no tengo la menor duda; pero como madame de Clèves tal vez no tenga las mismas razones que yo he tenido para conocerla, yo quisiera que vuestra majestad le dijera mi nombre.

-Yo creo –dijo la delfina- que ella sabe vuestro nombre tan bien como vos sabéis el suyo.

-Señora, os aseguro –dijo madame de Clèves, que parecía un poco azorada- que no lo sé tan bien como vos pensáis.

-Lo adivináis muy bien –replicó la delfina-, y considero que hay algo de complaciente para el duque en que no queráis confesar que le conocíais sin haberle visto jamás.

La reina interrumpió el diálogo para invitarles a que continuasen el baile.

El duque de Nemours tomó la mano de la reina delfina. Esta princesa era, como hemos dicho, de una beldad perfecta, y por tal la tuvo siempre el

duque de Nemours, aun desde mucho antes de su viaje a Flandes, pero en toda la noche no pudo admirar a otra mujer que a madame de Clèves.

El caballero de Guisa, que continuaba adorándola, se sentía lastimado en su parte más sensible por lo que acababa de suceder, y que tomó como un presagio de que el duque se enamoraría también de madame de Clèves. Ya sea que, en efecto, se reflejara cierta turbación en su mirada o que los celos hicieran ver al duque de Guisa más allá de la realidad, el caso que creyó observar en ella síntomas alarmantes que le llevaron a decirse que el duque de Nemours no podría sino sentirse muy halagado por haber trabado conocimiento con ella por medio de una aventura en la que había algo galante y extraordinario.

Madame de Clèves regresó a su casa con el espíritu tan lleno de preocupaciones por lo que acababa de ocurrirle en el baile, que, a pesar de lo muy avanzado de la hora, se dirigió al dormitorio de su madre para darle cuenta de todo; y expuso lo ocurrido de un modo tan favorable para el duque de Nemours, que madame de Chartres formó el mismo pensamiento que había tenido el caballero de Guisa.

Al siguiente día se verificó el enlace. Durante la celebración del acto, madame de Clèves vio en el duque de Nemours un semblante y una gracia tan admirables, que se sorprendió todavía más que en la noche anterior.

En los días sucesivos le encontró en el palacio de la reina delfina, le vio jugar a la pelota con el rey, asistió al espectáculo de verle correr el anillo, le oyó hablar... y siempre le encontró tan superior a otros, y de tal modo se hacía árbitro de la conversación allí donde se encontrase, por el aire de su persona y por lo agradable de su trato, que en poco tiempo consiguió grabarse de un modo profundo en su corazón.

También es cierto que, como el duque de Nemours se había enamorado de ella, lo que le daba esa dulzura y jovialidad que inspiran los primeros deseos de complacer, se mostraba mucho más amable de lo que antes acostumbraba a serlo. Viéndose con mucha frecuencia y pareciéndose, uno al otro, lo más perfecto que hubiera en la corte, era difícil que no se estableciera entre ambos una poderosa corriente de simpatía.

La duquesa de Valentinois tomaba parte en todos los placeres cortesanos y el rey tenía con ella la misma vivacidad de trato y las mismas consideraciones que en los comienzos de su pasión. Madame de Clèves, que estaba en la edad en que se cree que una mujer no puede ser amada cuando ha pasado de los veinticinco años, miraba con extraordinario asombro las atenciones que el rey dedicaba a dicha duquesa, que ya tenía nietos y acababa de casar a su hija menor. De eso le habló con alguna frecuencia a madame de Chartres.

-¿Cómo es posible que el rey esté tanto tiempo enamorado? –le preguntaba-. ¿Cómo ha podido enamorarse de una mujer que tiene muchos más años que él, que había sido querida de su padre y lo es todavía de

otros, según he oído decir? –Verdaderamente –respondió madame-, no ha sido el mérito ni la felicidad de la duquesa de Valentinois lo que ha hecho nacer la pasión del rey, ni tampoco lo que la ha conservado, y en eso consiste el hecho de que no sea excusable; porque si esa mujer hubiera tenido juventud y belleza además de un brillante origen, si hubiera tenido el mérito de no haber amado a nadie ni a nada más, si hubiera amado al rey con una lealtad sin tacha, si le hubiera querido por el interés que sólo le merecía su persona, sin ambicionar grandezas ni fortuna y sin servirse de su poder más que para las cosas honestas y agradables al mismo rey, sería injusto no elogiar a este príncipe por el hondo afecto que siente por ella. Si yo no temiera –continúo diciendo madame de Chartres- que vos dijerais de mi lo que se dice de todas las mujeres de mi edad que gustan de contar las historias de su tiempo, os referiría los comienzos de la pasión del rey por esa duquesa y muchas cosas más de la corte del difunto rey que guardan muy estrecha relación con las que ocurren al presente.

-Lejos de acusaros –le contestó su hija- por recordar historias del pasado, lamento que no me hayáis informado de los intereses e intrigas de la corte. Yo los ignoro tan en absoluto, que hasta hace poco días creía que el condestable se entendía muy bien con la reina.

-Tenías una opinión muy opuesta a la verdad –le contestó madame de Chartres-. La reina odia al condestable, y si ella hubiese tenido alguna vez el poder en su mano, lo hubiera notado él en seguida. La reina sabe que el condestable ha dicho repetidas veces al rey que, de todos sus hijos, sólo se le parecían los naturales.

-Jamás hubiera sospecha yo ese odio –interrumpió madame de Clèves- después de haber visto el interés de la reina por escribir al condestable durante su prisión, la alegría que le testimonió a su regreso y el hecho de llamarle “mi compañero”, como a su marido.

-Si en la corte juzgáis de las cosas por las apariencias –le contestó madame de Chartres-, viviréis siempre equivocada; nunca es verdad lo que se nos aparece como cierto. Pero, volviendo a madame de Valentinois, ya sabéis que se llama Diana de Poitiers. Pertenece a una casa muy ilustre, pues descende de los antiguos duques de Aquitania. Su abuela era hija natural de Luis XI, y, en resumen, sólo hay grandeza en sus antepasados. Saint-Vallier, su padre, se vio harto comprometido en el célebre asunto del condestable de Borbón, del que habréis oído hablar, por lo que fue condenado y conducido al patíbulo. Su hija, de admirable belleza, que ya había agradado al difunto rey, supo desenvolverse tan bien, no sé por qué medios, que alcanzó el indulto de su padre. Ella le llevó la gracia cuando el infeliz sólo esperaba ya la muerte; pero la visión de ésta le impresionó tanto, que el miedo le dejó sin conocimiento y le mató pocos días después. Su hija presentóse en la corte como la querida oficial del rey. El viaje a Italia y la prisión del príncipe interrumpieron esta pasión. Cuando él

regresó de España, la reina fue a recibirle a Bayona llevando consigo a todas sus hijas, entre las cuales se contaba la señorita de Pisseleu, que ha sido después duquesa d'Etampes. El rey volvió a enamorarse de la reina, inferior en nacimiento, en belleza e inteligencia a madame de Valentinois, y que sobre ésta sólo tenía la ventaja de su gran juventud. Yo misma le he oído decir repetidas veces que ella nació el día de su matrimonio. No el amor a la verdad, sino el odio, es lo que le hacía decir esto, porque no creo equivocarme al afirmar que el señor Brézé gran senescal de Normandía, la hizo su esposa por el mismo tiempo en que el rey se mostraba ya enamorado de la d'Estampes. Nunca he conocido un odio tan grande como el que se tenían ambas mujeres. La duquesa de Valentinois no podía perdonar a madame d'Estampes el haberle arrebatado el título de querida del rey. Madame d'Estampes, por su parte, sentíase devorada por los celos al ver que el rey seguía teniendo relaciones íntimas con la duquesa de Valentinois. El príncipe no guardaba fidelidad estricta a sus queridas; siempre tenía una que gozaba de tales títulos y honores, pero las otras damas pertenecientes al pequeño grupo de las escogidas gozaban por turno de sus preferencias. La muerte del delfín, su hijo, ocurrida en Tournon, le afligió muchísimo. Decíase que había sido víctima de un envenenamiento. El rey sentía por él más cariño y mucha más ternura que por su segundo, que reina actualmente; no encontraba en éste la decisión de ánimo ni la vivacidad del otro. Al exponer un día a madame de Valentinois sus lamentaciones, ésta le contestó que quería hacer de su hijo un hombre amoroso para con ella, a fin de volverle más vivo y más agradable. Y lo consiguió, como se ha visto. Hace más de veinte años que dura esta pasión, sin que el tiempo y los obstáculos la hayan alterado en absoluto.

“El rey se opuso en un principio, y, sea porque aún sintiera alguna simpatía por madame de Valentinois, por tener celos o por obligarle la duque d'Estampes, que se desesperaba al ver al delfín esclavo de los caprichos de su rival, el caso es que le producía tanta cólera y tanta pena la pasión de su hijo, que a diario daba repetidas muestras de ello; pero el hijo no temía su cólera ni su odio, y nada pudo recudirle ni obligarle a ocultar sus sentimientos. La oposición de su hijo a su voluntad contribuyó a que fuera mayor la distancia que los separaba y a que se estrecharan más los lazos familiares con el duque de Orleáns, su tercer hijo. Era éste un príncipe de varonil aspecto, muy apuesto, lleno de ardimiento y ambición; y, aunque su fogosa juventud necesitaba un poco de moderación, hubiera llegado a ser un príncipe de muy elevada condición si la edad hubiese madurado su espíritu.

“El rango que la edad concedía al delfín y la protección que el rey dispensaba al duque de Orleáns, creó entre ellos una especie de emulación que llegaba a los límites de la animadversión y la envidia. Esta rivalidad se inició en la infancia para subsistir siempre. Cuando el emperador se hallaba

en Francia, era tan pública su predilección a favor del duque de Orleáns, que el delfín sentíase vivamente molestado. Encontrándose el emperador de Chantilly, quiso obligar al condestable a que detuviera a su hermano, sin que para tal decisión hubiera ninguna orden del rey. Negóse el condestable y al enterarse el rey le afeó el haberse negado a cumplir la orden de su hijo. Al alejarle más tarde de la corte, parece que el rey tuvo en cuenta este acto de desobediencia por parte del condestable.

“Esta guerra entre hermanos inspiró a la duquesa d’Etampes la idea de apoyarse en el duque de Orleáns para sostenerse cerca del rey contra el deseo de la duquesa de Valentinois, lo que consiguió. El duque, aunque, en este caso, sin implicaciones amorosas, no entraba menos en sus cálculos que el delfín en los de la Valentinois. Esto hizo que hubiera dos partidos en la corte, como os podéis imaginar; pero estas intrigas no se limitaron solamente a las disputas de mujeres.

“El emperador, que conservaba el mismo cariño por el duque de Orleáns, había ofrecido varias veces entregarle el ducado de Milán. En las proposiciones que se formularon luego para conseguir la paz, pretendía que se le dieran las diecisiete provincias y hacerle casar con su hija. El delfín, por el contrario, no quería la paz ni este matrimonio, y se valió del condestable, al que siempre había querido, para hacer ver al rey la importancia que encerraba el hecho de conceder a su sucesor un poderío tan grande como el que representaba para el duque de Orleáns su alianza con el emperador y su dominio sobre las diecisiete provincias. El condestable se inclinó ante la voluntad del delfín, porque cumpliéndola se opondría a las maquinaciones de la duquesa de d’Etampes, su enemiga declarada, la cual deseaba ardientemente la elevación del duque de Orleáns.

“El delfín reunía entonces el mando del ejército del rey en la Champaña y había reducido el del emperador a tales extremos, que hubiera sido completamente derrotado si la duquesa d’Etampes, temiendo que tal ventaja tuviera como consecuencia el alejamiento de la paz y la imposibilidad de una alianza entre el emperador y el duque de Orleáns, no hubiese advertido a los enemigos para que sorprendieran Epernay y Château-Thierry que estaban abarrotados de víveres. Así lo hicieron, con lo que pudieron salvar todo su ejército.

“La duquesa no gozó mucho tiempo del éxito de su traición. Poco después fallecía el duque de Orleáns en Farmoutier, víctima de una enfermedad contagiosa. Amaba a una de las damas más bellas de la corte y era correspondido. No os diré su nombre porque vivió después tan recatada y honesta, y ocultó de tal manera el amor que sentía por el príncipe, que se hizo acreedora a que se conservara su reputación. La casualidad hizo que recibiera la noticia de la muerte de esposo el mismo día que la del príncipe, y eso le permitió ocultar el verdadero motivo de su aflicción, sin tener que esforzarse por sobreponerse a ella.

“El rey sobrevivió poco al duque de Orleáns; sólo tardó dos años en seguirle, y en la hora del tránsito recomendó al delfín que aprovechara los servicios del cardenal de Tournon y del almirante d’Annebauld, sin citar para nada al condestable, que por entonces se hallaba relegado a Chantilly. Sin embargo, lo primero que hizo el nuevo rey fue llamarle a su lado y poner en sus manos la dirección de los asuntos públicos.

“Madame d’Etampes fue expulsada de la corte y comenzó a sufrir los malos tratamientos que podía esperar de una rival en plena orgía del poder. La duquesa de Valentinois se vengó entonces de la d’Etampes y de todos cuantos le eran hostiles. Su poder sobre el espíritu del rey parecía más absoluto que cuando era delfín solamente. Durante los doce años de su reinado, ella ha sido dueña y señora de todas las cosas; ella dispone de las cargas públicas y de los asuntos de gobierno y ha desposeído de toda influencia al cardenal de Tournon, al canciller Ollivier y a Villeroy. Los que han intentado restarle la simpatía del rey han perecido en la empresa. El conde de Taix, jefe superior de las fuerzas de artillería, que no le profesaba el menor cariño, no vaciló en hablar de los escándalos de la duquesa y, sobre todo, de sus galanterías con Brissac, del que el rey llegó a mostrarse celoso. Poco después caía el conde en desgracia, se le desposeía de su mando y aun sucedió algo increíble: la duquesa le hizo sustituir por el propio conde de Brissac, a quien no tardó en hacerle mariscal de Francia. Los celos del rey habían aumentado de tal modo, que no podía sufrir la presencia de Brissac en la corte; pero los celos, agrios y violentos en todos los hombres, eran suaves y moderados en el rey por el extremado respecto que tenía a su querida. De este modo no se atrevió a alejarle al conde sino con el pretexto de darle el gobierno del Piamonte. Allí pasó varios años, hasta que el invierno pasado se presentó en la corte con objeto de solicitar tropas y otras cosas necesarias para el ejército que tenía bajo su mando. El deseo de ver a madame de Valentinois y el temor de haber sido olvidado por ella, fueron tal vez las causas de este viaje. El rey le recibió con mucha frialdad. Los duques de Guisa, que no le estimaban, aunque absteníanse de decirlo por temor a madame de Valentinois, utilizaron al vidamo de Chartres, que era su enemigo declarado, para que no consiguiera ninguna de las cosas que había solicitado del rey. No era difícil suscitarle dificultades: el rey le aborrecía y sólo su presencia bastaba para inspirarle inquietud. Así que tuvo que volver a su destino, sin sacar otro fruto del viaje que el de haber reanimado tal vez, en el corazón de madame de Valentinois, los sentimientos que la ausencia comenzaba a extinguir. El rey ha tenido otros motivos de celos; pero, o no ha llegado a conocerlos, o no se ha atrevido a exponer sus quejas contra los causantes.

“No sé, hija mía –añadió madame de Chartres- sin tendréis alguna queja por haberos relatado cosas que tal vez no desearais conocer.

-Estoy muy lejos de eso, y, a no ser por el temor a importunaros, aun os pediría que me refirieseis algunos hechos que ignoro.

La pasión del duque de Nemours por madame de Clèves fue tan violenta desde un principio, que hasta le borró el recuerdo de todas las personas que él había amado y con las que había mantenido continuas relaciones durante su ausencia. Ni siquiera buscó un pretexto para interrumpir estas relaciones y aun romperlas; le faltaba paciencia para escuchar sus lamentaciones y responder a sus reproches. La reina delfina, por la que él había sentido verdadera pasión, no pudo disputarle un puesto en su corazón contra madame de Clèves. Su impaciencia por realizar su viaje a Inglaterra comenzaba a debilitarse y ya no tomaba con el mismo calor que antes las cosas que le eran necesarias para emprender la marcha. Si iba tantas veces al palacio de la delfina, era porque también iba él con la misma frecuencia madame de Clèves, y no le preocupaba para nada lo que se pudiera pensar respecto a sus sentimientos para con la delfina. Era tan grande el valor que para él tenía madame de Clèves, que decidió ocultarle su pasión antes de exponerse a hacer público lo que sentía. Con tal fin, no habló del asunto ni al vidamo de Chartres, que era su más íntimo amigo y para el cual no tenía ningún secreto. Observó tan cuidadosamente la prudente línea de conducta que se había trazado para que nadie le adivinara enamorado de madame de Clèves, que sólo el caballero de Guisa llegó a sospecharlo; y aun le hubiera costado a ella misma advertirlo, de no haberle dispensado una atención tan particular en todos sus actos, que no le permitía la menor duda.

Ya no se hallaba dispuesta a comunicar a su madre los pensamientos que abrigaba respecto a este príncipe, como lo había estado en lo referente a sus otros pretendientes. Aun sin tener un deseo bien determinado de ocultarle lo que sentía por el príncipe no se decidió a hablarle del asunto. Pero madame de Chartres veía demasiado la inclinación de su hija hacia él. Este descubrimiento le proporcionó hondo disgusto, pues juzgaba la gravedad del peligro que correría su hijo siendo amada por un hombre como monsieur de Nemours, al que ella profesaba un vivo afecto. Le acabó de confirmar sus sospechas algo que sobrevino pocos días más tarde.

El mariscal de Saint-André, que aprovechaba todas las ocasiones para hacer ostentación de sus magnificencias, suplicó al rey, con el pretexto de mostrarle su casa, terminada poco ha, que le dispensara el honor de asistir con las reinas a una cena que preparaba. Por este medio esperaba el mariscal deslumbrar a madame de Clèves con la aparatosa y pródiga exposición de sus tesoros.

Unos días antes del señalado para la cena, el delfín, cuya salud dejaba mucho que desear, se sintió indispuesto, y eso fue causa de que no pudiera conversar con nadie. Pasó el día entero sin otra compañía que la de su mujer. Sólo al llegar la noche, y como se sintiera mejor, hizo pasar a todas las personas de calidad que se encontraban en la antecámara. La reina

delfina marchó a sus habitaciones, donde se encontró con madame de Clèves y algunas otras damas que gozaban del privilegio de su familiaridad.

Por ser ya muy tarde y no estar ataviada para ello, desistió de visitar a la reina; dejó dicho que no se la podía ver y pidió todas sus joyas con el fin de escoger las que tenía que lucir en el baile del mariscal de Saint-André y regalar algunas a madame de Clèves, como le había prometido. Cuando se hallaban en esta ocupación presentóse de improviso el príncipe de Condé, a quien por su calidad se le abrían siempre todas las puertas. La delfina le preguntó por su marido, ya que suponía que vendría de sus habitaciones.

-Señora –le contestó-, se hallaba discutiendo con el conde de Nemours, quien defendía su causa con tal calor, que no había más remedio que dejarse convencer. Según creo, hay cierta dama que le proporciona una gran inquietud cuando se halla en el baile, pues opina que una de las cosas más molestas para un amante es ver en tal sitio a la persona que se ama.

-¿Cómo? –interrumpió la delfina-. ¿No quiere el duque de Nemours que su amante vaya al baile? Comprendo que un marido tenga motivos para prohibírselo a su mujer; pero jamás creí que un amante pudiera hacer lo mismo.

-El duque de Nemours –replicó el príncipe – opina que el baile es lo más insoportable que pueda haber para los amantes, sean o no correspondidos. Dice que, si son amados, tienen que soportar por unos días la pena de sentirse menos queridos; que no hay mujer a la que la preocupación por su atavío le permita pensar en su amante, por vivir entregada por completo a aquélla; que ese cuidado que ellas ponen en el adorno de su persona no es por el ser amado, sino por todo el mundo; que cuanto están en el baile sólo aspiran a gustar a cuantos las miren, y cuando están satisfechas de su belleza sienten una gran alegría que, en su mayor parte, no se debe al amante. También dice que cuando un hombre sabe que no es amado, sufre todavía más si se halla con ella en una reunión de este género, pues teme que su hermosura haga nacer otro amor más afortunado que el suyo. En fin, sostiene que no hay sufrimiento parecido al que experimenta un hombre al ver a su amada en un baile, aunque éste no puede compararse con el que se tiene al saber que ella asiste a uno al cual él no puede concurrir.

Madame de Clèves fingía desentenderse de cuanto decía el príncipe de Condé, pero le escuchaba con atención. Sin gran esfuerzo podía darse cuenta de la relación que con ella guardaban las palabras del duque de Nemours; sobre todo, lo de la pena que produciría no estar en un baile al que la mujer amada pudiera asistir, como le ocurriría con el del mariscal de Saint-André, por tener que presentarse al duque de Ferrara por orden del rey.

La delfina reía con el príncipe de Condé, sin aprobar la opinión del duque de Nemours.



-Sólo en una ocasión –continuó diciendo el príncipe- accedería el duque a que su amante fuese al baile: en el caso de que lo diera él; y en ese punto recordó el que en el pasado año dio en honor de vuestra majestad. A ese baile acudió también su amante, y, aunque fuera obligada por tener que acompañaros, no por eso dejó de estimar sus asistencia como un favor, ya que siempre es ser generosa con el amante tomar parte en una diversión organizada por él, y también es algo agradable para el hombre ser visto por la mujer soñada como dueño de un lugar donde se ha reunido toda la corte y entregado a la misión de hacer los honores.

A esto contestó riendo la reina delfina:

-Tenía razón el duque de Nemours al aprobar que su amante fuese al baile. Eran tantas las damas que entonces disfrutaban de tal título, que, de no haber asistido ella, apenas hubiera habido bastantes damas para celebrarlo.

No bien hubo comenzado el príncipe de Condé a expresar la opinión que el duque tenía sobre el baile, madame de Clèves sintió un vehemente deseo de faltar al que preparaba el mariscal de Saint-André. Parecíale muy bien que el duque de Nemours opinara que una mujer no debe ir a casa del hombre que la ama, y estimó justo imponerse un sacrificio que complacería al duque de Nemours. No obstante, llevóse el aderezo que acababa de darle la delfina; aunque, al mostrárselo más tarde a su madre, le manifestó su propósito de no lucirlo en el baile del mariscal de Saint-André, al que no pensaba concurrir, pues éste tenía tan evidente interés en demostrarle la simpatía que le profesaba, que no vacilaría en hacer creer a los demás que también a ella le correspondía parte de la fiesta en honor del rey, y con el pretexto de hacer los honores a los invitados, llegaría al extremo de tener con ella ciertas distinciones que la enojarían extraordinariamente.

Madame de Chartres combatió con insistencia la opinión de su hija, que calificaba de muy particular, pero tuvo que rendirse ante su obstinación, aconsejándole que se fingiese enferma a fin de alejar toda sospecha, ya que de ningún modo podían merecer aprobación todas las razones que acababa de exponerle. Madame de Clèves accedió a recluirse voluntariamente, por unos días, en su casa antes que asistir a una reunión en la que no podría encontrarse con el duque de Nemours, quien había partido, en cumplimiento de la orden del rey, sin el placer de saber que ella no concurriría al suntuoso baile.

Al regresar, al día siguiente, se enteró de que madame de Clèves no había ido a la fiesta; pero, como ignoraba que ella conociera la discusión sostenida con el delfín, no podía sentirse dichoso por saber que sólo por él había dejado de tomar parte en el baile.

Hallándose al otro día de su regreso en el palacio de la reina, presentáronse madame de Chartres y su hija en el instante en que el duque conversaba con la delfina. Las dos damas se apresuraron a saludarle.

Madame de Clèves con estudiada negligencia, como si quisiera que un descuido en su atavío infundiera a todos el convencimiento de su reciente enfermedad; pero su rostro estaba muy lejos de responder a su secreto deseo.

-Os veo tan hermosa –díjole al saludarla la delfina-, que no podría creer que hayáis estado enferma. Hasta pienso que, al comunicaros el príncipe de Condé la opinión que el duque de Nemours tiene sobre el baile, quedasteis persuadida de que con vuestra asistencia prestaríais un favor al mariscal de Saint-André, y que es esto lo que os ha impedido concurrir al baile.

Madame de Clèves subió de color al oír lo que le decía la delfina delante del mismo duque de Nemours.

Madame de Chartres adivinó entonces los motivos que su hija había tenido para dejar de asistir a la fiesta, y para evitar que el duque se diera cuenta de los sentimientos de su hija, habló con un tono que parecía reflejo de la verdad.

-Yo os aseguro – exclamó dirigiéndose a la delfina –que vuestra majestad dispensa a mi hija un honor que no merece. Estuvo verdaderamente enferma, y creo que, si yo no se lo hubiese impedido, os hubiera seguido y mostrado otro estado del que le afectaba, tan sólo por el placer de saborear el encanto de una fiesta tan espléndida como la de anteanoche.

La delfina se dejó convencer por las palabras de madame de Chartres; pero el duque de Nemours encontraba en el razonamiento alguna ficción, y más al colorearse las mejillas de madame de Clèves, lo que le hizo sospechar que lo que la delfina había dicho no estaba muy lejos de la verdad. Madame de Clèves había sentido en el primer momento cierta contrariedad por el temor de que el duque de Nemours pudiese suponer que sólo por él había dejado de asistir al baile del mariscal de Saint-André; pero reaccionó al punto y fue hasta rabia y despecho lo que la embargó entonces, por haber ocultado su madre la verdad.

Aunque la asamblea de Cercamp habíase interrumpido, continuaban las negociaciones a favor de la paz, y las cosas se presentaban de tal modo, que para fin de febrero volverían a reunirse todos en Câteau-Cambrésis. Efectivamente, congregáronse los mismos diputados, y la ausencia del mariscal de Saint-André evitó al duque de Nemours la presencia del rival más temible, tanto por la atención con que tenía que observar el menor movimiento de los que rodeaban a madame de Clèves, como por los progresos que esperaba conseguir cerca de ella.

Madame de Chartres no había dejado entrever a su hija la opinión que le merecía el duque de Nemours, por no hacer sospechosas las palabras que deseaba decirle. Un día se decidió a hablar de él, y lo hizo con la habilidad de mezclar con el elogio la frase envenenada, diciendo que era un hombre demasiado despierto para ser capaz de enamorarse, por lo que en su

relación con las mujeres buscaba la distracción y el placer más que la necesidad de satisfacer ansias amorosas.

-Esto no obsta –añadió- para que sienta una gran pasión por la reina delfina. Yo misma he podido comprobar sus constantes visitas, y por eso os aconsejo que evitéis toda conversación con él, particularmente las aisladas, ya que, por el trato especial que os dispensa la delfina, no tardaría la gente en decir que sois su confidente, y no es menester que os diga lo desagradable que es tal reputación. Opino que, de tomar cuerpo este rumor, debéis reducir vuestras visitas a la delfina con el fin de no veros mezclada en aventuras galantes.

Madame de Clèves no había oído hablar hasta entonces del duque de Nemours y de la delfina, y tanto se sorprendió de lo que su madre acababa de decirle, que hubiera querido equivocarse en lo referente a los sentimientos del príncipe. El rubor le coloreó las mejillas, y este detalle no pasó inadvertido para madame de Chartres. Su hija, que parecía haber caído de la luna, se marchó seguidamente a su casa. Al llegar encerróse en su gabinete.

No se puede expresar el dolor que le causó darse cuenta del interés que le merecía el duque de Nemours. Esto es lo que le habían revelado las palabras de su madre, lo que aún no se había atrevido a confesarse a sí misma. Hasta ese momento no se había dado cuenta de que lo que sentía por él era lo mismo que su madre le había suplicado para otro hombre; encontraba vergonzoso dedicar a un extraño los efectos del alma que tanto merecía su marido, y acabó sintiéndose lastimada, turbada por el temor de que el duque de Nemours se sirviera de ella como de un medio para interesar más el corazón de la delfina. Este pensamiento la determinó a ir en busca de su madre para confesarle lo que hasta entonces no se había atrevido a decirle.

Al día siguiente por la mañana se presentó en su cámara para poner en práctica su resolución, pero, al ver que madame de Chartres tenía un poco de fiebre, desistió de sus propósitos. Esa indisposición fue tan ligera, que madame de Clèves no dejó de ir aquella tarde al palacio de la delfina, la cual se hallaba en su gabinete acompañada de dos o tres damas de su más estrecha intimidad.

-Hablábamos del duque de Nemours –le dijo al verla la delfina, a modo de saludo-; y nos admira lo mucho que ha cambiado desde que vino de Bruselas. Antes de hacer ese viaje contaba con un número de queridas verdaderamente extraordinario, y eso constituía su defecto, porque lo mismo trataba a las que tenían algún mérito que a las que no tenían ninguno. Desde su regreso no reconoce a unas ni a otras. Jamás se ha visto un cambio tan grande; hasta me parece que ha cambiado de carácter y está menos alegre que de costumbre.

Madame de Clèves se limitó a callar, pensando en la vergüenza con que hubiese oído lo que se decía del cambio de carácter del príncipe a no haber descubierto el engaño en que vivió respecto a las demostraciones de su pasión. Producíale cierto disgusto que la delfina buscara las razones y se asombrara de una cosa que, aparentemente al menos, debía saber mejor que nadie. Por eso no pudo dejar de testimoniarse algo de su disgusto al ver que las otras damas se separaban por un momento de la delfina. Y, acercándose a ella, díjole en voz baja: -Señora, os referíais a mi al hablar como lo acabáis de hacer? ¿Os atreveríais a negar que sólo a vos se debe el cambio de conducta del duque de Nemours?

-Sois injusta –le contestó la delfina-; ya sabéis que nunca os he ocultado nada. Es verdad que monsieur de Nemours, ante de marchar a Bruselas, daba a entender que no era precisamente odio lo que sentía por mí; pero, desde su regreso, no parece que recuerde su pasado; y os confieso que tengo una gran curiosidad por conocer lo que le ha hecho cambiar. Os aseguro que he de descubrirlo –añadió-. El vidamo de Chartres, amigo suyo íntimo, se ha enamorado de una dama sobre la que yo tengo cierto poder, y por este medio es casi seguro que averiguaré la causa del cambio de su conducta.

La delfina hablaba con un tono persuasivo tan acentuado, que madame de Clèves, a pesar suyo, no pudo menos de recobrar la dulzura y la calma que había perdido.

Cuando volvió a su casa, encontróse con que su madre se hallaba peor de lo que la había dejado. La fiebre era más alta, y al aumentar durante los días sucesivos, todos temieron que la enfermedad fuera más grave de lo que se había creído. Madame de Clèves sentíase profundamente afligida, y por nada del mundo se apartaba un instante del lecho de la enferma. El príncipe de Clèves tampoco se apartaba de allí, excepto breves momentos, no sólo por el interés que le merecía madame de Chartres, sino también por impedir que su mujer se abandonase a la tristeza y por el placer que le causaba verla y contemplarla horas enteras, pues su pasión no había disminuido un punto.

Monsieur de Nemours, que le había testimoniado siempre su verdadera estimación, no había cesado de demostrárselo así desde que hubo regresado de Bruselas. Mientras duró la enfermedad de madame de Chartres, este príncipe encontró pretexto para ver varias veces a madame de Clèves, bien con la excusa de saludar a su marido o de invitarle a dar un paseo. Hasta le buscaba en horas en que no había de encontrarle, y valíase de este arbitrio para esperar en la antecámara, donde siempre había personas de calidad que iban a informarse del estado de la enferma. Madame de Clèves se presentaba a veces en la antecámara, y no porque su rostro se reflejara la pena perezale menos bella a monsieur de Nemours, quien le hacía ver la parte que tomaba en su aflicción, prodigándole muy discretas palabras con

un aire tan dulce y sumiso, que la persuadieron pronto de que no era la delfina la que le tenía enamorado.

Al verle, no podía dominar cierta turbación ni dejar de sentir cierto placer ante su vista; pero, al no tenerlo ante sus ojos, pensando que la fascinación que su presencia le infundía suele ser el principio de las pasiones, faltaba poco para aborrecerle tan sólo por el dolor que le causaba este pensamiento.

Madame de Chartres llegó a tal extremo de gravedad, que se desconfiaba de salvarla; y, al notificarle los médicos el peligro que corría, recibió la noticia con un valor digno de su virtud y piedad. Cuando salieron los doctores de la estancia, hizo que se retirara todo el mundo para quedarse a solas con su hija.

-Es preciso que nos separemos, hija mía –le dijo tendiéndole la mano-. El peligro en que os dejo y vuestros solícitos cuidados aumentan el dolor que me causa nuestra separación. Sé que os habéis enamorado de monsieur de Nemours; no pido que me lo confeséis, porque, además ya no estoy en condiciones de aprovechar vuestra sinceridad para conducirnos mejor en la vida. Hace mucho tiempo que me di cuenta de la inclinación que por él sentís, y si he evitado hablaros desde un principio ha sido por miedo a que, con ello, tuvierais más clara sensación de ello. Efectivamente, hace muy poco que conocéis la verdad de vuestros sentimientos; estáis al borde del precipicio y es preciso que hagáis grandes esfuerzos para no despeñaros. Pensad en lo que debéis a vuestro marido; pensad en lo que os debéis a vos misma y también en que vais a perder esa reputación adquirida con vuestro buen comportamiento y que tanto he deseado. Tened energía y valor, hija mía; dejad la vida de la corte; obligad a vuestro marido a que os aparte de ella. No temáis adoptar determinaciones demasiado violentas y difíciles. Por terribles que os parezcan al pronto, serán mucho más dulces que las consecuencias de una aventura galante. Si otras razones que las de la virtud y las de vuestro deber no os pueden obligar a lo que yo anhelo, diré que, si algo hay capaz de turbar la dicha que espero al salir de este mundo, es el veros caer como a las otras mujeres; si esa desgracia ha de llegaros algún día, me entrego alegremente en brazos de la muerte, porque sólo así podré evitar tan gran vergüenza.

Madame de Clèves llenó de lágrimas la mano de su madre que estrechaba las suyas y madame de Chartres prosiguió, profundamente conmovida:

-Adiós, hija mía; terminemos una conversación que nos impresiona demasiado y recordad siempre, si podéis, todo lo que acabo de deciros.

Apenas terminó de hablar, volvióse del otro lado, recomendando a su hija que llamara a la servidumbre, sin querer escucharla ni pronunciar una sola palabra más.

Madame de Clèves salió de la cámara de su madre en el estado que se puede imaginar. Madame de Chartres no pensaba ya en nada más que en

prepararse para la muerte; pero aún vivió otros dos días, sin que en el transcurso de los cuales quisiera volver a ver a su hija, que era el único ser por el que sentía profunda afección.

Madame de Clèves se había entregado a una tribulación extrema. Su marido no la abandonaba un momento y, al lanzar madame de Chartres el último suspiro, llevóse a la campiña para alejarla de un lugar que sólo contribuía a hacer más amargo su dolor. Nunca se ha visto nada semejante; y aunque en su pena tomaban la mayor parte la ternura y el amor a su madre, no se debía menos a la necesidad que de ella tenía para luchar contra las seducciones de monsieurs de Nemours. Al verse sola, considerábase como abandonada a su triste suerte en un momento en que no podía dominar sus sentimientos y en que tanto deseaba tener a su lado alguien que pudiera compadecerla y darle las fuerzas que necesitaba para sostenerse.

La conducta irreprochable que con ella observa monsieur de Clèves le hacía desear más fuertemente que nunca el trato de su marido y acrecentaba su propósito de no faltar a ninguno de sus deberes de esposa. Entonces le testimoniaba una adhesión y una ternura como nunca había sentido; buscaba su compañía creyendo que a fuerza de estar con él olvidaría a monsieur de Nemours.

El príncipe fue a saludar a monsieur de Clèves a la campiña y una vez allí hizo todo lo posible para visitar a su mujer, pero ella no le quiso recibir. Aun lamentando no poder evitar encontrarle amable y seductor, había tomado la firme resolución de no verle mientras fuera posible impedirlo, rehuendo cualquier ocasión que pudiera presentársele.

Monsieur de Clèves fue a París para cumplir sus deberes en la corte, prometiendo a su esposa volver al día siguiente, pero no volvió hasta dos días después.

Al verle llegar, díjole madame de Clèves:

-Os estuve esperando todo el día de ayer, y eso me obliga a reconveniros por no haber cumplido lo que me prometisteis. He sentido mucho la muerte de madame de Tournon, de lo que me he enterado esta mañana; eso me hubiera impresionado aun sin conocerla. Es algo digno de piedad que una mujer joven y bella como ésa haya muerte en dos días, y más cuando era una de las personas de este mundo que más simpatías mereció, porque a mi juicio tenía tanto talento como mérito.

-Sentí mucho no poder regresar ayer –respondió monsieur de Clèves –, pero hacía tanta falta para consolar a un desgraciado, que me fue imposible abandonarle. En cuanto a madame de Tournon, os aconsejo que no os mostréis tan afligida, si es que la lloráis como a una mujer prudente.

-Me asombra lo que decís –replicó madame de Clèves–, porque os he oído decir repetidas veces que no había en la corte mujer que os inspirase más respeto.

-Verdaderamente –respondió él-, pero las mujeres son incomprensibles, y cuando las veos a todas ellas me siento tan feliz de poseeros, que no sabría agradecer bastante mi felicidad.

-Me queréis más de lo que merezco –suspiró madame de Clèves-; aún no es tiempo de encontrarme digna de vos.

Decidme, os lo suplico, qué es lo que sabéis de madame de Tournon.

-Hace mucho tiempo que me desengañó –replicó a su mujer-, el enterarme de que amaba al conde de Sancerre, al que dio palabra de casamiento.

-No hubiera llegado a creer –interrumpió madame de Clèves- que madame de Tournon, después de lo mucho que había hablado contra el matrimonio desde que enviudara y después de jurar que nunca jamás volvería a contraer matrimonio, diera esas esperanzas a Sancerre.

-Si sólo las hubiera dado a él –replicó su marido-, no habría por qué asombrarse; pero lo más sorprendente que hay es que también se las dio a Estouteville al mismo tiempo, y como vale la pena de ser conocida, os voy a referir toda esta historia.

## **SEGUNDA PARTE**

-Ya conocéis la amistad que hay entre Sancerre y yo, y, no obstante, cuando hace dos años se enamoró de madame de Tournon, me lo ocultó con todo cuidado, lo mismo que a los demás. Madame de Tournon parecía no haberse consolado aún de la muerte de su esposo y vivía en la austeridad de su retiro. La hermana de Sancerre era casi la única persona a la que visitaba y fue en su casa donde se enamoró de ella.

“Una noche en que él debía asistir a la representación de una comedia en el Louvre y cuando sólo se esperaba al rey y a la duquesa de Valentinois para comenzar, se dijo que esta dama se encontraba mal y que por esa causa no asistiría el rey. Todos adivinaron que el mal de la duquesa no era otro que algún disgusto con el rey; nosotros sabíamos que el rey se mostraba celoso del mariscal de Brissac mientras éste permaneció en la corte, pero, como había regresado al Piamonte unos días antes, nadie podía imaginar el motivo de esa desavenencia.

“Hablaba yo con Sancerre cuando monsieur d’Anville se presentó en la sala y me dijo por lo bajo que el rey se mostraba tan afligido y colérico que inspiraba piedad; que en una reconciliación entre él y la duquesa de Valentinois habida unos días antes, después de los disgustos que habían tenido a causa del mariscal de Brissac, el rey le había dado una sortija rogándole que la llevase puesta; pero que aquella noche, mientras se ataviaban para asistir a la representación de la comedia, como hubiese observado que no llevaba la sortija, le preguntó la razón, y ella, tras mostrarse asombrada por no llevarla, llamó a las damas de su servicio para

interrogarlas sobre su desaparición, respondiendo todas, no se sabe si porque era verdad o por estar convenientemente instruidas, que no la habían visto desde hacía cuatro o cinco días.

“Por ese tiempo fue cuando realizó su viaje el mariscal de Brissac – continuó diciendo monsieur d’Anville-, y el rey no abrigaba la menor duda de que la duquesa habíale dado la sortija en el momento de la despedida. Este pensamiento ha agravado de tal modo sus accesos de celos, aún no extinguidos, que, contra su costumbre, el rey la ha hecho blanco de mil reproches y después se ha encerrado en su cámara con visibles demostraciones de pena; pero no sé a ciencia cierta si el rey está más apesadumbrado por la pérdida de la sortija que por el temor de haber molestado a la duquesa con sus coléricas palabras.

“Tan pronto como monsieur d’Anville hubo acabado de contarme la nueva, me aproximé a Sancerre para referírsele todo, recomendándole que no dijera a nadie una sola palabra, por tratarse de un secreto que se me acababa de confiar.

“Al día siguiente, muy temprano, me presenté en casa de mi cuñada, y allí encontré a madame de Tournon, que estaba a la cabecera de la cama. Su enemistad contra la duquesa de Valentinois era grande y le constaba que mi cuñada tampoco era adicta a la amante del rey. Sancerre había referido la discusión sostenida entre el rey y la duquesa, y ahora era madame de Tournon la que había ido a contársela a mi cuñada, sin saber o sin reflexionar que fui yo quien se lo dijera a su amante.

“Apenas me acerqué a saludarla, mi cuñada dijo a madame de Torunon que a mí se me podía confiar lo que acababa de contarle; y, sin esperar el permiso de madame de Tournon, me refirió palabra por palabra todo lo que yo había comunicado a Sancerre la noche precedente. Ya puedes suponer cuál sería mi asombro. Yo observaba a madame de Tournon, que parecía darse cuenta de su embarazosa situación. Su inquietud me infundió sospechas; yo sólo había referido el lance a Sancerre, que me abandonó al salir de la comedia sin darme ninguna explicación, y recuerdo haberle oído alabar de un modo extremo a madame de Tournon. Todas estas cosas abriéronme los ojos e infundiéronme el convencimiento de que entre los dos mediaba una aventura galante, pues él había ido a verla después de la fiesta del Louvre.

“Me enojé tanto al ver que mi amigo me había ocultado su aventura, que no pude contener mi indignación, pronunciando algunas palabras que hicieron comprender a madame de Tournon la imprudencia que había cometido. La acompañé hasta su carroza y al despedirnos le aseguré que envidiaba la felicidad del que le había contado la cuestión habida entre el rey y la duquesa de Valentinois.

“Seguidamente me dirigí en busca de Sancerre y le expuse mis quejas, anunciándole que conocía su pasión por madame de Tournon, sin decirle



nada que dejara entrever cómo la había descubierto. No tuvo más remedio que confesármelo todo y darme cuenta, hasta los menores detalles, de su aventura. Díjome que, a pesar de que era el hijo menor de su casa y, por lo tanto, no podía aspirar a tan buen partido, madame de Tournon estaba dispuesta a casarse con él. Nada podía sorprenderme más que esa noticia. Recomendé a Sancerre que apresurara el momento de la boda, haciéndole ver que no había nada que no debiera esperar de una señora tan hipócrita que sostenía a los ojos del público un papel tan opuesto a la verdad. Sancerre me respondió que ella estuvo profundamente afligida, pero que la inclinación que sentía por él había sobrepasado su pena, de tal modo que no le fue posible disimular sus sentimientos. Me expuso otras muchas razones para dejarla en buen lugar y hacerme comprender el grado de su amor. Tras esto me prometió que conseguiría de ella que yo pudiera presentarme como enterado de todo, ya que, en último término, fue por ella como yo descubrí el secreto de sus amores, nunca por él. Lo consiguió en efecto, y eso aumentó mis ventajas de confidente.

“Jamás he visto que mujer alguna observase una actitud tan agradable y honesta a los ojos de su amante. Sin embargo, me chocaba su afectación por parecer todavía afligida por el recuerdo de su esposo muerto. Sancerre estaba tan enamorado y contento de su comportamiento con él, que casi no osaba hablarle del matrimonio, para que nunca creyera que lo deseaba por interés antes que por verdadera pasión; pero las pocas veces que le habló del asunto parecióle resuelta a casarse con él. Comenzó incluso a abandonar el retiro en que vivía y a reintegrarse al mundo, yendo a casa de mi cuñada en horas en que la corte estaba allí reunida. Sancerre comparecía muy raras veces. Y todos los que trataban a madame de Tournon la encontraban muy amable.

“Poco tiempo después de abandonar la soledad en que se había recluido, Sancerre creyó observar cierto enfriamiento en la pasión que ella le había demostrado hasta entonces, de lo que me habló varias veces, sin que yo diese mucho fundamento a sus lamentaciones; pero, al decirme finalmente que en vez de desear el día de la boda demostraba un marcado interés por aplazar la fecha de la ceremonia, comencé a creer justificada su inquietud. Le respondí que no debía asombrarse de que la pasión de madame de Tournon disminuyera a los dos años; más aún: aunque, sin disminuir, no fuera bastante fuerte para obligarla a casarse, tampoco debía lamentarse, pues ese matrimonio, a juicio de la gente, no haría más que perjudicarle, no sólo porque él no era bastante buen partido para ella, sino por lo que sufriría su buena reputación. Así pues, todo lo que podía desear era que ella no le engañase con falsas promesas y esperanzas. Y aún añadí que, aunque le faltara entusiasmo para llegar a la boda o le confesara que no era a él sino a otro a quien amaba, no debía sentir ningún arrebató ni condolerse

por nada, sino, antes al contrario, conservar hacia ella estimación y reconocimiento.

“-Os doy –le dije- el consejo que yo escogería para mí. Con entera sinceridad os confieso que si mi querida o mi mujer me dijeran que amaban a otro, ello me afectaría, pero sin irritarme; entonces mi personalidad de amante o de marido la trocaría por la de consejero, o bien me limitaría a compadecerlas.

Estas palabras ruborizaron a madame de Clèves, y tal sorpresa le causaron por la relación que tenían con el estado en que se encontraba, que tardó largo rato en reponerse de su turbación.

-Sancerre habló con madame de Torunon –continuó diciendo monsieur de Clèves –exponiéndole todo lo que yo le había indicado; pero ella le respondió de un modo tan satisfactorio y se mostró tan ofendida por sus sospechas, que le convenció de la fidelidad de su cariño.

“Fue ella la que accedió a celebrar la boda al regreso de un viaje que él iba a emprender y que duraría bastante tiempo; se condujo tan bien hasta el momento de su partida y mostrábase tan triste, que, como él, llegué a creer que le amaba verdaderamente. Partió hace tres meses y durante su ausencia he visto muy pocas veces a madame de Tournon, a causa de haber estado siempre embargado por vos. Solamente sabía que Sancerre debía regresar muy pronto.

“Al llegar anteayer a París me enteré de su fallecimiento, e inmediatamente envié a casa de Sancerre para saber noticias suyas. Se me dijo que había regresado la víspera, precisamente el día de la muerte de madame de Tournon. Corrí a verle sin saber en qué situación podría encontrarle, pero su tristeza sobrepasaba lo que me había imaginado.

“Jamás he visto un dolor tan profundo y tan tierno. Al verme se me arrojó en mis brazos llorando amargamente.

“-¡Ya no la veré mas! –me dijo\_. ¡Ya no la veré más! ¡Ha muerto! No era digno de ella; pero os aseguro que no tardaré en seguirla.

“Apenas dicho esto se encerró en el mayor silencio, y sólo de tarde en tarde prorrumpía en sollozos: “¡Ha muerto y ya no la veré más!” Y volvía tras esto su mutismo, a sus dolorosas exclamaciones y a sus lágrimas, permaneciendo insensible, como un hombre que hubiera perdido la razón. Pasado este primer acceso de tristeza, me dijo que no había recibido muchas cartas durante su ausencia, lo que no le sorprendió, porque la conocía y sabía lo que la contrariaba aventurar sus misivas al correo. No tenía la menor duda de que se hubieran casado a su regreso; la consideraba como la más adorable y fiel de las mujeres, creíase correspondido en su amor y la perdía en el momento en que pensaba unirse a ella para siempre. Todos estos pensamientos sumíanle en una congoja realmente abrumadora, y os confieso que ante su pena no podía menos que sentirme impresionado.

“Tuve que dejarle por tener que marchar a ver al rey, aunque prometiéndole volver al punto a su lado. Volví, en efecto, y mi sorpresa no tuvo límites al encontrarle tan distinto a como le había dejado. Le hallé de pie, en medio de la estancia, con cara de furia, dando grandes pasos y parándose de repente, como si estuviera fuera de sí.

“-Ven, ven –me dijo-; ven a ver al hombre más desesperado del mundo. Soy mil veces más desgraciado de lo que era hace un momento, y lo que acabo de saber de madame de Tournon es peor que su muerte.

“en principio creí que era el dolor lo que le perturbaba, ya que me era imposible imaginar algo peor que la muerte de una mujer a la que se ama y que nos ama. Le dijo que todo dolor tiene un límite, que él había sobrepasado ya, y del que yo participaba; pero que no le seguiría en sus lamentaciones si se abandonaba a la desesperación y se excedía de lo razonable.

“-¡Qué felicidad –decía a gritos-, si al perderla a ella hubiera perdido también la vida! Madame de Torunon me era infiel, y me he enterado de su infidelidad y su traición al día siguiente de su muerte, en el momento en que mi alma estaba inundada del más vivo dolor y del amor más tierno que se hubiera sentido, en el instante en que su recuerdo llenaba mi corazón como si fuera la cosa más perfecta que conocieron los siglos, como la más digna de mis adoraciones; pero me he equivocado y no merece que la llore. No obstante, siento por su muerte la misma pena que si me hubiera sido fiel y me hiere su infidelidad como si no hubiese muerto. De haberlo sabido antes de su muerte, los celos, la cólera y la rabia me hubieran arrebatado y endurecido en cierto modo contra el dolor de su pérdida; pero ahora estoy en un estado en que no puedo consolarme ni maldecir su memoria.

“Ya veis si tenía motivos para sorprenderme por lo que me decía Sancerre. Le pregunté cómo había sabido lo que acababa de comunicarme, y me contó que un momento después de haber salido de su habitación recibió la visita de Estouteville, que era íntimo amigo suyo pero que ignoraba sus amores con madame de Tournon, el cual, apenas se había sentado, comenzó a llorar al mismo tiempo que le pedía perdón por haberle ocultado lo que entonces le iba a decir. Pedíale que tuviera piedad de él, pues venía a abrirle su corazón y a confesarle que era el hombre que más había sentido la muerte de madame de Tournon.

¡-Este hombre –me dijo Sancerre- me sorprendió de tal manera, que aunque mi primer movimiento me impulsaba a decirle que estaba yo más afligido que él, me faltaron fuerzas para hablar. Continuó diciéndome que hacía seis meses que estaba enamorado de ella; que siempre me lo había querido decir, pero ella se lo había prohibido tan terminantemente y con tanta autoridad, que no se había atrevido a desobedecerla; que había sido suya poco después de suya poco después de su enamoramiento; que habían ocultado su pasión a todo el mundo; que nunca habían estado en su casa de

un modo público; que había tenido el placer de consolarla de la muerte de su marido, y que, en fin, iba a hacerla su esposa en el momento de su muerte; pero que ese matrimonio, que era efecto de la pasión, habría parecido serlo del deber y la obediencia, porque ella había ganado la voluntad de su padre para que le ordenara imperativamente casarse con él, con el objeto de que no se creyera nunca que había mudado de parecer, habiéndose mostrado tan opuesta a contraer nuevas nupcias.

“-Mientras Estouteville me hablaba –continuó diciéndome Sancerre-, iba entregándole toda mi fe, porque en sus palabras había mucha sinceridad y porque en el tiempo en que comenzaron sus relaciones amorosas con madame de Torunon fue precisamente cuando ella me parecía cambiada; pero un momento después creíale un embustero o, al menos, un visionario; y estuve a punto de decírselo, pero al reflexionar un poco opté por someterle a un interrogatorio. Le expuse algunas dudas y tanto hizo para convencerme de mi desgracia, que acabó por preguntarme si conocía la letra de madame de Tournon. Seguidamente puso sobre mi lecho cuatro de sus cartas y su retrato, y en ese preciso instante se presentó mi hermano. Estouteville tenía su rostro tan humedecido por las lágrimas, que prefirió salir de la estancia antes de que mi hermano le viera llorar, no sin decirme que volvería a la noche para recoger lo que me había dejado. Despedí a mi hermano pretextando encontrarme mal, sólo por la impaciencia de leer aquellas cartas y con la esperanza de encontrar algún detalle que me persuadiera de que no todo lo que me había dicho Estouteville era verdad. Pero ¡ay!, no pude menos de convencerme.

“-¡Qué ternura! ¡Qué juramentos! ¡Qué promesas de matrimonio! ¡Qué cartas! Jamás me ha escrito nada que se le pudiera comparar. Así es, -prosiguió- como yo he experimentado a la vez el dolor de la muerte y el de la infidelidad, dos males que han sido comparados con frecuencia, pero nunca sentidos al mismo tiempo por la misma persona. Confieso, para vergüenza mía, que aún deploro más su muerte que su infidelidad; no pueda encontrarla bastante culpable para mostrarme indiferente ante su muerte. Si viviera, tendría ocasión para reprochar su conducta y vengarme, haciéndolo conocer su injusticia. ¡Pero ya no la veré más! –volvía a exclamar- ¡Ya no la volveré a ver! Este es el mayor mal de todos los males; quisiera devolverle la vida a costa de la mía. Pero ¿Por qué he de desear esto? Si ella reviviera, viviría para Estouteville. ¡Qué dichoso era ayer! –gritaba-. ¡Qué feliz era! Aun siendo el hombre más atormentado del mundo, en mi aflicción había algo razonable, y encontraba cierta dulzura en pensar que jamás debía consolarme. Mas hoy todos mis sentimientos son injustos; a su pasión fingida pago el mismo tributo de dolor que si fuera un cariño verdadero. No puedo odiar ni amar su recuerdo, no puedo consolarme ni entristecerme. Al menos –exclamó volviéndose súbitamente a mí-, haced que nunca vea a Estouteville; sólo su nombre me causa

espanto. Ya sé que no tengo ningún fundamento para condolerme; mi falta consiste en haberle ocultado que estaba enamorado de madame de Tournon; si él lo hubiese sabido, tal vez no se hubiera prendado de ella ni ella me habría sido infiel; él ha venido a buscarme para confirme su dolor; él ha despertado mi piedad. ¡Y con cuánta razón! Amaba a madame de Tournon y se sabía amado, y ahora ya no la verá más; sólo lamento no poder evitar el odio que he comenzado a tenerle. Una vez más os pido que hagáis todo lo posible para que no vuelva a verle.

“Sancerre comenzó a llorar seguidamente, a lamentar la muerte de madame de Tournon, a dedicar a su recuerdo las frases más tiernas y cariñosas, para volver al instante al odio, a las quejas, a los insultos y a las imprecaciones contra ella. Al verle en un estado tan violento, comprendí que me faltaba algún recurso para conseguir que la calma renaciera en su espíritu. Envié a buscar a su hermano, a quien yo acababa de dejar en el palacio real. Antes de que entrase, pude hablarle en la antecámara, donde le esperaba, para darle cuenta de la situación en que se encontraba Sancerre. Entre los dos adoptamos las medidas más convenientes con el fin de que no pudiera encontrarse con Estouteville y durante varias horas de la noche nos dedicamos a la obra de hacerle volver a la razón. Pero esta mañana aún estaba más desesperado. Su hermano se ha quedado allí, y yo me he apresurado a venir en vuestra busca.

-Me ha sorprendido mucho lo que acabáis de decirme –dijo entonces madame de Clèves-, porque yo creía a madame de Tournon incapaz de enamorarse de nadie y menos de engañarle.

-La habilidad y el disimulo – respondió monsieur de Clèves- no pueden llegar más lejos. Observad que cuando Sancerre la creía desafecta a él, lo estaba ciertamente, pues comenzaba a amar a mosieur de Estouteville. Era ella la que decía a éste que él la consolaba de la muerte de su esposo y que él también era la causa de que abandonase el absoluto aislamiento en que vivía, lo que, según Sancerre, debíase a que nosotros la habíamos aconsejado que no continuase el público testimonio de su tristeza. Ella imponía a Estouteville el mayor secreto en sus relaciones y buscaba aparecer como obligada por su padre a contraer matrimonio con él, por el cuidado que ella tenía en salvar su reputación y por separarse de Sancerre sin darle un pretexto para la queja.

“Ahora es preciso que yo vuelva al lado de aquel desgraciado, y hasta juzgo conveniente que regreséis vos también a París. Ya es tiempo de que veáis el mundo y de que desfilen por nuestra casa ese número infinito de personas de las que apenas podríais prescindir.

Madame de Clèves accedió al ruego, y al día siguiente regresaba a París. La intranquilidad que le inspirara monsieur de Nemours había desaparecido; todo lo que su madre le había dicho a la hora de la muerte y

el dolor que ésta le causó habían amortiguado sus sentimientos hasta el extremo de poder creerlos definitivamente extinguidos.

La delfina fue a verla la misma noche de su regreso y, después de testimoniarle la parte que ella había tomado en su tribulación, se dispuso a contarle todo lo sucedido en la corte durante su ausencia, con objeto de apartarla de sus tristes reflexiones. Y, tras referirle varias cosas de índole particular, añadió:

-Pero lo que tengo verdaderos deseos de contaros es que el duque de Nemours está ciegamente enamorado y sus amigos más íntimos no solamente ignoran el nombre de la persona amada, sino que ni reciben la menor confianza relacionada con su amor. Sin embargo, se sabe que este amor es lo bastante fuerte para hacerle despreciar o, mejor dicho, abandonar las esperanzas de ceñir una corona.

La delfina habló a continuación de todo lo que había pasado entre el duque y la familia real de Inglaterra.

-Cuando acabo de deciros –prosiguió- lo sé por monsieur d’Anville. Por él he sabido también que el rey llamó ayer tarde a monsieur de Nemours para recordarle las cartas de Lignerolles llamándole allá, y que ahora escribe al rey diciéndole que los aplazamientos del viaje de monsieur de Nemours le imposibilitan continuar sus gestiones cerca de la reina de Inglaterra, la cual comienza a sentirse ofendida y, aunque aún no ha dicho la palabra definitiva, ha expuesto lo bastante para motivar un viaje del duque. El rey leyó esta carta a monsieur de Nemours, quien, en vez de hablar seriamente, como hacía en un principio, ni hizo más que reír, bromear y burlarse de las esperanzas de Lignerolles, diciendo al rey que toda Europa censuraría la imprudencia de arrostrar un viaje a Inglaterra en calidad de pretendiente de la reina sin tener seguridad en el éxito.

“-También creo –añadió el duque- que yo emplearía muy mal el tiempo si hiciera ese viaje en un momento en que el rey de España persiste más que nunca en desposarse con esa reina. Tal vez no fuera un rival temible en un torneo galante, pero piensa que, tratándose ya del matrimonio, vuestra majestad no me aconsejaría disputarle el triunfo”.

“-Yo os lo aconsejaría en esta ocasión –respondió el rey-, porque no tendríais que hacer mucho para disputarle el triunfo, si es que ella, abriga otros propósitos; y, aunque los tuviera, la reina María está harto cansada del yugo de España para dejar que su hermana se someta a él o se deje deslumbrar por la magnificencia de tantas coronas reunidas.

“-Pero, si no se deja deslumbrar –replicó el duque-, es natural que quiera encontrar la felicidad en el amor. Hace ya algunos años estuvo enamorada de lord Courtenay, que también era amado por la reina María, quien le habría hecho su marido con el consentimiento de toda Inglaterra y sin fijarse en que la juventud y la belleza de su hermana Isabel le atraían

mucho más que la esperanza de reinar. Vuestra majestad sabe que los violentos celos que sintiera llevaron a la reina a encerrarlos en prisión, a desterrar poco después a lord Courtenay y, finalmente, a desposarse con el rey de España. Tengo la creencia de que Isabel, que ocupa actualmente el trono, llamará muy pronto al desterrado lord y escogerá al hombre que ha amado; hombre que, además de serle sumamente agradable, ha sufrido mucho por ella. Y se casará con él antes que con otro a quien no conoce ni ha visto en su vida.

“-Yo sería de vuestra opinión –objetó el rey- si Courtenay viviera, pero he sabido hace unos días que ha muerto en Padua, donde vivía desterrado. Estoy viendo –terminó el rey mientras se despedía de mal talante- que habrá de hacer vuestro matrimonio como se hará el del delfín, enviando embajadores a la reina de Inglaterra.

“Monsieur d’Anville y el vidamo de Chartres, que se hallaban en palacio con el duque de Nemours, están convencidos de que sólo esa gran pasión que le absorbe es lo que le separa de su envidiable designio. El vidamo, que es el que más le trata y conoce, ha dicho a madame de Martigues que el duque se ha transformado de tal modo, que es imposible reconocerle, y que lo que más le asombra es que no mantenga relación con ninguna mujer ni emplee en cosas semejantes ni una sola hora del día, lo cual demuestra que no existe trato alguno con la persona que ama; y que lo que trae a mal traer al duque de Nemours es precisamente amar a una mujer que no corresponde a su cariño.

Las palabras de la delfina fueron un veneno terrible para madame de Clèves. ¡Cómo no reconocerse en la persona que tanto se deseaba conocer y cuyo nombre se desconocía! ¡Cómo no sentirse subyugada por el reconocimiento y la ternura, al saber, por un medio que no le podía inspirar la menor sospecha, que el hombre que conmovía su corazón ocultaba a todos su pasión y despreciaba por su amor nada menos que una corona! Fácil es adivinar lo que sentiría en su interior y la lucha que se desarrollaba en su alma.

Si la delfina la hubiese observado con alguna detención, le hubiera sido fácil comprobar que las cosas que acababa de decirle no le eran del todo indiferentes; pero, como no tenía el menor indicio de la verdad, continuó hablando sin que tal reflexión turbara el curso de su palabra.

-Monsieur d’Anville –añadió-, que, como os he dicho, me ha revelado todos estos detalles, me juzga más enterada que él, y tal es la opinión que tiene formada acerca de mis encantos, que está persuadido de que yo soy la única persona que puede originar ese gran cambio que ha experimentado el duque de Nemours.

Estas últimas palabras de la delfina infundieron en madame de Clèves una turbación muy distinta a la experimentada momentos antes.

-Yo también participo de la opinión de monsieur d'Anville –respondió madame de Clèves-; hay muchos motivos para creer que sólo una princesa como vos puede sugerir en un hombre la idea de renunciar a la mano de la reina de Inglaterra.

-Si lo supiera, os lo confesaría –dijo entonces la delfina-, y sabré si en verdad es así. Este género de pasiones amorosas no escapan a la vista de las personas que las causan; son ellas las que primeramente se dan cuenta. El duque de Nemours sólo ha tenido conmigo ligeras complacencias, pero la diferencia entre el trato de antes y el que ahora me dispensa es tan grande, que puedo aseguraros que no soy yo la causa de la indiferencia que demuestra por la corona de Inglaterra.

“Cuando estoy con vos –añadió la delfina-, me olvido de todo, y no recordaba que tenía que ir a ver a la hermana del rey. Vos sabéis que la paz está a punto de firmarse, pero no sabréis que el rey de España no ha querido transigir con ningún artículo sino a condición de casarse con esta princesa, en vez de su hijo don Carlos. El rey ha tenido mucho pesar en acceder, aunque, finalmente, ha dado su conformidad y habrá ido ya a dar esta nueva a su hermana. Creo que ella se mostrará inconsolable; no es cosa muy agradable tener que casarse con un hombre de la edad y mal carácter del rey de España, sobre todo para ella, que tiene todo el encanto de la primera juventud junto con la belleza y que esperaba casarse con cierto príncipe por el que siente inclinación aun sin haberle visto. No sé si el rey encontrará en ella toda la obediencia que es de desear. De él he recibido el encargo de visitarla, porque sabe lo mucho que me estima y cree que tendré algún poder sobre su espíritu. Seguidamente haré otra visita muy distinta: iré a reunirme con la hermana del rey. Todo está preparado para su boda con el duque de Saboya, que se celebrará dentro de poco tiempo. No se ha visto nunca a una persona de la edad de esta princesa con tan gran ilusión por el matrimonio. La corte va a tener más esplendor y a verse más concurrida que hasta ahora; así que, a pesar de vuestra aflicción, es preciso que vengáis para demostrar a los extranjeros que no son mediocres nuestras bellezas.

Después de estas palabras, la delfina se despidió de la princesa de Clèves. Al día siguiente el proyectado matrimonio de la hermana del rey era conocido por todo el mundo. En los días siguientes madame de Clèves recibió la visita del rey y de las reinas. El duque de Nemours, que había esperado el regreso de la princesa de Clèves con mucha impaciencia y deseaba ardientemente hablarle sin la enojosa presencia de testigos, decidió ir a su casa a la misma hora en que salieron los invitados y a la que, aparentemente al menos, no recibiría ya a nadie. El duque vio cumplidos sus deseos, pues su llegada coincidió con la salida de los últimos visitantes.

Hallábase la princesa recostada en un canapé, el calor era sofocante y la presencia del duque acabó de colorear sus encendidas mejillas. El duque



tomó asiento frente a ella con el temor y la timidez que las verdaderas pasiones infunden aun a los más valientes. Durante algún tiempo estuvo sin poder hablar, y como madame de Clèves no estaba menos cohibida, el silencio que ambos guardaron no sólo fue largo, sino embarazoso. El duque de Nemours habló por fin, dirigiéndole algunas palabras de cumplido sobre los motivos de su tristeza. La princesa habló extensamente de este asunto, recordando la pérdida que acababa de experimentar y asegurándole que, aunque el tiempo disminuyera su dolor, la fuerte impresión recibida subsistiría siempre, y eso bastaba para que en su carácter se operara un cambio completo.

-Las grandes aflicciones y las pasiones violentas –observó el duque– imprimen grandes modificaciones en el espíritu. Desde que regresé de Flandes, lo he experimentado por mí mismo. Son muchos los que han visto el cambio operado en mi carácter, y ayer precisamente me habló de esto la delfina.

-Ciertamente –añadió madame de Clèves–, me parece habérselo oído decir alguna vez.

-no me molesta –replicó el duque– que lo haya advertido, pero yo quisiera que no sólo fuese la delfina la que lo adivinara. Hay personas a las cuales no nos atrevemos a dar otras muestras visibles de la pasión que sentimos por ellas, y, no osando hacerles ver que las amamos, quisiéramos que viesan, por lo menos, que no deseamos ser amados por nadie más. Quisiéramos que supiesen que no existe belleza alguna, de cualquier rango, que no nos merezca la mayor indiferencia, ni corona que se quiera comprar a cambio de no ver a la persona amada. Las mujeres suelen juzgar la pasión que por ellas se pueda sentir –continuó diciendo– por el interés que se ponga en complacerlas y en buscarlas. Eso no es cosa difícil, por poco amables que sean; lo difícil es no abandonarse al placer de seguir las siempre, sino evitar todo encuentro por miedo de que el público y aun ellas mismas puedan darse cuenta de lo que sentimos en el fondo de nuestro corazón; y lo que revela mejor la verdad de nuestro cariño es transformar el carácter y hacerlo absolutamente opuesto a lo que antes era, olvidar toda ambición y despreciar los placeres, después de haber dedicado a esto toda nuestra vida.

Madame de Clèves comprendió en seguida la parte que de estas palabras le correspondía. Parecíale a él que ella debía contestarlas, en vez de dejarlas pasar en silencio; pero parecíale también que no debía comprenderlas, ni menos demostrar que tales palabras tenían la menor relación con ella. Mientras tanto, creíase ella obligada a hablar, y también que no debía decir nada absolutamente.

Le halagaba lo dicho por el duque de Nemours en el mismo grado que la ofendía, y en lo que acababa de oír veía la confirmación de todo lo sugerido por la delfina; lo encontraba algo galante y respetuoso, al par que atrevido

y demasiado inteligible. La inclinación que sentía por el príncipe infundíale una turbación que no podía dominar. La más enrevesadas palabras de un hombre que merezca interés, causan más impresión en la mujer que las declaraciones más franca de un hombre poco grato. Permanecía, pues, sin responder, y el duque de Nemours, que adivinaba los motivos de su silencio, tal vez no hubiera encontrado fundamento para presagiar algo malo si la llegada de monsieur de Clèves no hubiese puesto fin a la conversación y a su visita.

El príncipe iba en busca de su mujer para comunicarle las nuevas noticias de Sancerre, pero ella no sentía mucha curiosidad por conocer la continuación de esta aventura, y tal era la preocupación que le infundía lo que acababa de pasar, que apenas podía ocultar a los ojos de su marido la distracción de su espíritu.

Cuando, al quedar sola, pudo entregarse a sus sueños con entera libertad, reconoció que se había equivocado al creer que el duque de Nemours sólo le inspiraba la más completa indiferencia. Lo que habíale dicho momentos antes le causó toda la impresión que él pudiera desear, y la convenció enteramente de la pasión que abrigaba en su pecho. Los actos del duque de Nemours concordaban demasiado bien con sus palabras para que la princesa pudiera tener dudas. Ya no podía alabarse de que jamás llegaría a amarle, pero procuraría con todo cuidado no darle nunca la menor prueba de este amor. Era una empresa difícil que le ofrecería seguramente hartos sinsabores, que no le eran desconocidos del todo. Sabía que la única manera de conseguirlo consistía en evitar su presencia, y como el luto justificaba una vida más retirada que la que hacía por costumbre, valiéndose de este pretexto para no concurrir a los sitios donde pudiera encontrarle. La princesa vivía sumida en profunda tristeza, y, dada la reciente muerte de su madre, nadie sospechó que pudiera ser otra la causa de ella.

Al duque de Nemours le desesperaba no poder verla casi nunca, y, sabiendo que no la encontraría en ninguna reunión ni en fiesta alguna a la que asistiera la corte, tampoco pensaba comparecer en ellas. En consecuencia, fingíase apasionado de la caza, y era de notar que sus partidas coincidían siempre con las fiestas de la corte. Una ligera enfermedad le sirvió largo tiempo de pretexto para permanecer encerrado en su casa, evitándose así el suplicio de tener que concurrir a muchos sitios donde le constaba que no tenía que encontrar a madame de Clèves.

Monsieur de Clèves cayó enfermo casi al mismo tiempo. Su esposa no le abandonó un momento durante su enfermedad; pero cuando, al encontrarse mejor, comenzó a recibir visitas, menudeaba las suyas monsieur de Nemours, quien, con la excusa de estar todavía delicado, pasaba en la casa la mayor parte del día. Ella pensó en seguida en la necesidad de sustraerse a sus miradas, pero las primeras veces le faltaron fuerzas para retirarse de la

estancia. Además, hacía demasiado tiempo que no le veía para poder resolverse a no acompañarle.

El duque encontró el medio de hacerle comprender, por discursos que parecían de carácter general, pero que ella entendía perfectamente por la relación que tenían con lo que le había dicho en su casa, que si iba a cazar era solamente por entregarse a sus reflexiones, y si dejaba de concurrir a los saraos de la corte era porque no tenía que encontrarla allí.

Finalmente, acabó la princesa por poner en práctica la resolución que había tomado de no permanecer en su casa mientras estuviese en ella el duque de Nemours, si bien es cierto que a costa de una extremada violencia. Al comprender que huía de su presencia, el príncipe recibió una dolorosa impresión.

Monsieur de Clèves no se fijó al principio en la conducta de su mujer; pero, a fuerza de repetirse el caso, observó que abandonaba la estancia apenas presentábase en ella algún extraño. Al interrogarla sobre esto, respondióle que su decoro no le permitía permanecer todas las noches entre lo más joven y peligroso de la sociedad cortesana, por lo que le suplicaba que la autorizase a llevar una vida más retirada, pues antes la virtud y la presencia de su madre autorizaban muchas cosas con las que una mujer de su edad no podía transigir.

Monsieur de Clèves, que siempre le había dispensado un trato dulce y complaciente, no lo tuvo en esta ocasión, y a su respuesta replicó en términos displicentes, diciéndole que no admitía el menor cambio en su conducta. Entonces ella estuvo a punto de anunciar que era público el rumor de que la pretendía el duque de Nemours, pero le faltó valor para pronunciar su nombre. Al mismo tiempo, le avergonzaba tener que valerse de una falsa razón y disfrazar la verdad a un hombre que había formado siempre tan buena opinión de ella.

Unos días más tarde hallábase el rey en los salones de la reina a la hora de reunión. Se hablaba de los horóscopos y las predicciones. A la reina le merecían una fe completa y sostenía con el mayor entusiasmo que, cuando se habían visto comprobadas por los hechos todo género de predicciones, no era cosa de dudar de que había mucho de cierto en esta ciencia. A esto oponían otros que, cuando eran tan pocas las que habían tenido realidad entre el número infinito de predicciones hechas en todos los tiempos, bien podía creerse que sólo había en ello un efecto de la casualidad.

-Hace algunos años tuve mucha curiosidad por conocer el porvenir –dijo el rey-, pero me dijeron tantas cosas falsas y tan poco verosímiles, que he llegado a convencerme de que nada cierto se puede saber. Una vez vino aquí un hombre que tenía una gran reputación como astrólogo. Todo el mundo fue a verle, y yo también, aunque sin decirle quién era. Me acompañaban los duques de Guisa y de d'Escars, a quienes hice pasar primeramente. Sin embargo, el estrólogo se dirigió a mí desde el principio,

como si supiera que era yo el señor de los otros; tal vez me había reconocido. A mí me dijo algo que, en el caso de conocerme, hubiera sido una inconveniencia: me predijo que moriré en duelo. Seguidamente anunció al duque de Guisa que sería asesinado por la espalda, y a d'Escars que le partiría la cabeza una coz de caballo. El duque de Guisa recibió la predicción como una ofensa, como si se le hubiera acusado de cobarde. D'Escars no se mostró muy satisfecho al saber que tenía que acabar sus días de una manera tan desgraciada. En fin, que salimos de la casa del astrólogo harto malhumorados. No sé cuál será el fin de los duques de Guisa de d'Escars; lo que no creo es que yo pueda morir en desafío. El rey de España y yo acabamos de conertar la paz, y aun cuando no la hubiéramos hecho, no creo que llegásemos batirnos retándole yo, como padre retó a Carlos V.

Después de haber contado el rey la predicción que le hizo el astrólogo, los que habían sostenido la certeza de los horóscopos abandonaron tal partido, conviniendo con los otros en que no se podía dar crédito a semejantes paparruchas.

-Yo soy el hombre –dijo en voz alta el duque de Nemours- que tiene menos motivos para creer en la astrología.

Y, volviéndose hacia madame de Clèves, junto a la cual estaba, añadió por lo bajo:

-Se me ha predicho que yo sería feliz por las bondades de la persona por la que yo sintiera la más violenta y más respetuosa pasión del mundo. Vos diréis, señora, si puedo creer en las predicciones.

La delfina, que por lo que había dicho en voz alta creyó que lo que el duque decía al oído a madame de Clèves era alguna falsa predicción que se le habría hecho, preguntóle de qué se trataba.

Seguramente hubiera sorprendido al duque la pregunta, de no tener tanta presencia de ánimo, y gracias a su serenidad pudo responder sin el menor titubeo:

-Decía a la princesa de Clèves que una vez me predijeron que la fortuna llegaría a concederme cosas que jamás hubiera podido pretender.

-Si sólo se os ha hecho esa predicción –respondió la delfina sonriente y pensando en el asunto de la reina de Inglaterra -, no puedo aconsejaros que dejéis de creer en la astrología, pues nadie mejor que vos podría dar fe a esas cosas.

Madame de Clèves comprendió muy bien lo que la delfina quería decir, si bien adivinaba que lo que el duque esperaba de la fortuna no era precisamente ser rey de Inglaterra.

Como ya había transcurrido bastante tiempo desde la muerte de su madre, se imponía que la princesa reanudara su vida de relación y tuviera su corte, como antes. Encontraba al duque de Nemours en las reuniones de la delfina y veíala él en las tertulias de su marido, a quien visitaba con

mucha frecuencia acompañado de otras personas de su edad y condición, con el fin de no singularizarse. Al encontrarse con él, le era imposible disimular la turbación que le causaba no poder escapar a la mirada del duque, y aunque demostrara tener interés en evitar sus miradas y hablarle menos que a los otros circunstantes, se le escapaban ciertos detalles que partían de un primer movimiento, como algo instintivo, y que convencieron al duque de que su persona no le era indiferente ni mucho menos.

Otro hombre menos perspicaz no hubiera llegado seguramente a darse cuenta; pero él tenía tal experiencia en esas lides, por las muchas mujeres que se le habían declarado y le habían amado en silencio, que no podía menos de adivinar lo que ahora sucedía también. Sabía igualmente que el caballero de Guisa era su rival, y éste tampoco ignoraba que el duque de Nemours sería el suyo. En la corte no había otro hombre que hubiese penetrado en este secreto; su interés le había hecho más clarividente que los otros. El exacto conocimiento que tenía de sus verdaderos sentimientos hacía tan ásperas sus relaciones, que en todo manifestaban su oposición, aunque procuraban no entablar ningún altercado; y ocurría que en las carreras de anillos tomaban siempre distinto partidos, lo mismo que en los saltos de obstáculos y en cuantos juegos organizaba el rey para divertir a la corte, sin que jamás pudieran ocultar esta rivalidad.

Madame de Clèves recordaba con mucha frecuencia la cuestión de la boda de la reina de Inglaterra, creyendo siempre que el duque de Nemours acabaría por atender los consejos del rey y de Lignerolles; y como viera que él retrasaba su vuelta a París, érale imposible vencer la intranquilidad e impaciencia que eso le causaba. De haber seguido sus movimientos, le hubiera sido fácil enterarse hasta de los menores detalles del estado de la cuestión, pero el mismo sentimiento que le inspiraba tanta curiosidad obligábala a ocultarla, y, por lo tanto, sus reflexiones se basaban únicamente en la belleza, el talento y la dulzura de carácter de la reina Isabel. Un día, al ver en el palacio del rey uno de sus retratos, la encontró mucho más bella de lo que había imaginado, y, no pudiendo reprimirse, afirmó ante todos que la encontraba muy favorecida.

-No lo creo –le contestó la delfina-; la reina de Inglaterra tiene fama de hermosa y de tener un espíritu tan superior al de mucha gente, que me la han presentado siempre como ejemplo. Si se parece a Ana de Bolena, su madre, deber de ser muy amable. Jamás mujer alguna reunió tantos atractivos y tanta gracia en su persona y su carácter. He oído decir que en su cara había algo vivo y singular, y que no tenían ningún parecido con las otras bellezas inglesas.

-Si no recuerdo mal –dijo madame de Clèves-, creo que una vez me dijeron que había nacido en Francia.

-Los que lo hayan dicho están completamente equivocados –respondió la delfina-, y para que os convenzáis voy a contaros su historia en pocas palabras.

“Perteneía a una noble casa de Inglaterra. Enrique VIII estuvo enamorado de su hermana y de su madre, y hasta se sospecha que Ana fuese su hija. Ella vino a París acompañando a la hermana de Enrique VIII, que casó con el rey Luis XII. Esta princesa, joven y amable, tuvo mucha pena cuando tuvo que abandonar la corte de Francia después de la muerte de su marido; pero Ana de Bolena, que sentía las mismas inclinaciones, se negó a seguirla y permaneció aquí. El rey difunto se enamoró de ella, que siguió en palacio como dama de honor de la reina Claudia. Al morir esta reina, la princesa Margarita, hermana del rey, duquesa de Alençon y después reina de Navarra, cuya historia debéis conocer, la tomó a su servicio, y ya a su lado abjuró de su religión para abrazar la nueva. Cuando más tarde regresó a su país, mostráronse todos subyugados por sus encantos. Poseía el secreto de las elegancias de la corte de Francia, que hechizaban a todo el mundo; cantaba bien, danzaba admirablemente y fue elegida dama de honor de la reina Catalina de Aragón; y el rey Enrique VIII acabó enamorándose perdidamente de sus gracias.

“El cardenal Wolsey, su favorito y primer ministro, había pretendido el pontificado, y, disgustado con el emperador por no haberle prestado su apoyo, resolvió vengarse uniendo a su rey y señor con una princesa de Francia. Con tal propósito intentó convencer al rey Enrique VIII de que su matrimonio con la tía del emperador era nulo, proponiéndole que desposara a la duquesa de Alencon, que acababa de enviudar. Ana de Bolena, mujer ambiciosa, vio este divorcio como un camino que se le abría para poder llegar al trono, y comenzó a instruir al rey en la religión de Lutero, y desde la corte inglesa comenzó a intrigar para que nuestro difunto rey favoreciera en Roma el divorcio de Enrique VIII para casarle después con la duquesa de Alencon. El cardenal Wolsey vino a Francia, aunque con otros pretextos, para tratar este asunto; pero su rey no toleró ni que se le formulara semejante proposición, y hallándose en Calais recibió el cardenal una orden particular de su señor prohibiéndole en absoluto hablar de nada que tuviese alguna relación con semejante enlace.

“Al regresar de Francia, el cardenal Wolsey fue recibido con los mismos honores que se le hubieran tributado al propio rey, y nunca favorito alguno llevó tan altos el orgullo y la vanidad. Debido a sus gestiones, se celebró en Boulogne una entrevista entre los dos reyes. Francisco I dio la mano a Enrique VIII, que se resistía a estrecharla. Ya reconciliados, traráronse con una magnificencia extraordinaria, cruzándose como regalo unos trajes tan bonitos y suntuosos como los que para sí mismos hubieran podido escoger. Recuerdo haber oído que los que el difunto rey envió al rey de Inglaterra eran de raso y color carmesí, recamados con perlas y diamantes, y la toga,

de terciopelo blanco bordada en oro. Después de haber permanecido varios días en Boulogne, se trasladaron juntos a Calais. Ana de Bolena quedó instalada en el palacio de Enrique VIII con el mismo esplendor que una reina, y Francisco I le hizo los mismos honores que si lo hubiera sido. En fin, después de una pasión que duraba ocho años, el rey Enrique la hizo su mujer sin esperar la anulación de su primer matrimonio, que solicitaba de Roma desde largo tiempo. El Papa se apresuró a lanzar sobre su cabeza todas las fulminaciones del cielo, y el rey montó en tal cólera que, erigiéndose jefe supremo de la Iglesia, arrastró a su país a un cambio de religión como el desgraciado que estamos viendo.

“Ana de Bolena no gozó mucho tiempo de la real grandeza, pues, cuando más firme y segura se creía por haber sobrevenido la muerte de la reina Catalina de Aragón, se le ocurrió asistir con toda la corte a una fiesta organizada por el vizconde de Rochefort, su hermano, y mientras se celebraba sufrió el rey tan violento acceso de celos, que, abandonando bruscamente el espectáculo, regresó a Londres y dio orden de detener a la reina, al vizconde de Rochefort y a otros nobles que él creía amantes y confidentes de la reina. Aunque este acceso de celos parecía haber nacido en aquel momento, lo cierto es que desde hacía algún tiempo procuraba arrastrarle a ello la vizcondesa de Rochefort, quien no pudiendo resistir la intimidación que existía entre la reina y su marido, la presentó al rey como una amistad criminal; de manera que Enrique VIII, que desde entonces comenzó a enamorarse de Juana de Seymour, no pensaba en otra cosa que en deshacerse de Ana de Bolena. Hizo que se acabara el proceso contra la reina y su hermano en menos de tres semanas, les hizo cortar la cabeza y se casó con Juana de Seymour. Más tarde tuvo varias amantes que repudió o hizo morir; entre ellas, Catalina Howard, de la que era confidente la vizcondesa de Rochefort, la cual murió del mismo con ella, recibiendo así el castigo que merecía por los crímenes que había supuesto en Ana Bolena. Enrique VIII murió víctima de una obesidad prodigiosa.

Todas las damas que oyeron el relato de la delfina le dieron las gracias por haberlas instruido sobre tan interesante capítulo de la historia de la corte de Inglaterra, y muy especialmente madame Clèves, que aun le dirigió varias preguntas sobre la reina Isabel.

La delfina encargó le hicieran unas miniaturas de todas las bellezas de la corte para enviárselas a su madre. El día en que le fue entregada la de madame de Clèves, la delfina se trasladó por la tarde a su casa. El duque de Nemours no faltó tampoco, pues no dejaba pasar ninguna ocasión de ver a madame de Clèves sin dar a entender que la buscaba. Tan bella apareció aquel día la princesa, que se hubiera enamorado de ella, de no estarlo, y aunque no osaba poner en ella su mirada mientras la peinaban, temía que alguien observara el placer que sólo con verla experimentaba.

La delfina solicitó de monsieur de Clèves un pequeño retrato que tenía de su mujer, para verlo después del que acababan de hacerle.

Todos los circunstantes expusieron su opinión sobre uno y otro, y madame de Clèves ordenó al pintor que corrigiera algunos detalles del peinado que lucía en el primitivo retrato. El pinto obedecióla al punto y, sacando el retrato del estuche en que estaba encerrado, lo corrigió en un momento, dejándolo después sobre la mesa.

Hacía mucho tiempo que el duque de Nemours deseaba tener un retrato de madame de Clèves, por lo que, apenas vio el que había sacado monsieur de Clèves, no pudo resistir a la tentación de arrebatárselo a un marido que él creía tiernamente amado. De todas maneras, pensaba para sus adentros, entre tantas personas como allí había, no iban a sospechar de él antes que de otro.

Hallábase la delfina sentada en un canapé y hablando en voz queda a madame de Clèves, que permanecía de pie ante ella. Madame de Clèves divisó, a través de una de las cortinas a medio correr, a monsieur de Nemours, que estaba de espaldas a la mesa, lo cual le permitió ver cómo, sin volver la cabeza, el duque se apoderaba con presteza de algo que debía haber sobre la mesa. No le costó ningún esfuerzo adivinar que ese algo era su retrato, y tanto la turbó el lance, que, comprendiendo que no la escuchaba, preguntóle la delfina qué era lo que miraba con tanta atención. El duque de Nemours volvióse al escuchar estas palabras y, al ver clavados en él los ojos de madame de Clèves, que seguían todavía mirándole fijamente, temió que hubiese visto lo que acababa de hacer.

Madame de Clèves se hallaba en un mar de confusiones: la prudencia le dictaba que reclamase su retrato, pero el pedirlo en público equivaldría a informar a todos de lo que el príncipe sentía por ella, y solicitarlo en privado representaba casi una obligación de hablar de su amor; finalmente, juzgó preferible dejar el retrato en su poder, con lo cual le prestaría un favor sin que ni él mismo se enterara de ello.

El duque de Nemours, que comprendía lo embarazoso de su situación y los motivos que la ocasionaban, se aproximó a ella, diciéndole en voz baja:

-Si visteis lo que me he atrevido a hacer, sólo os suplico, señora, que finjáis ignorarlo, y con ello me daré por hartamente satisfecho.

Y dicho esto retiróse sin esperar respuesta.

La delfina, seguida de sus damas, se despidió poco después con el propósito de dar un paseo, y monsieur de Nemours marchó directamente a su casa por no poder expresar en público la inmensa alegría que le proporcionaba el retrato de madame de Clèves del que era poseedor. En aquel momento sentía todo lo que de agradable puede hacer sentir la pasión amorosa, porque amaba a la dama más encantadora de la corte y se hacía amar de ella aún contra su voluntad. Infundíale esta seguridad el que en



todos sus gestos y ademanes entreveíase esa especie de turbación y perplejidad que causa el amor en la inocencia de la primer juventud.

Aquella noche buscóse el retrato con el mayor interés, y al encontrarse el estuche que lo contenía no se creyó que pudo ser robado, sino que se había extraviado a causa de algún lamentable descuido. Monsieur de Clèves mostrábase afligido por esta pérdida, y después de haber buscado mucho e inútilmente, dijo a su mujer, aunque empleando un tono que daba a entender que no lo pensaba así, que ella debía de tener algún amante oculto al que había concedido el retrato, ya que otro que no fuera tal no se hubiera contentando por poseer la pintura sin el estuche que la encerraba.

Estas palabras, dichas en son de broma, hicieron profunda impresión en el espíritu de madame de Clèves, que acabó por sentir hondos remordimientos y reflexionar sobre la fuerte inclinación que la arrastraba hacia el duque de Nemours. Desde aquel momento comprendió que no era dueña de sus palabras ni de sus gestos y pensó en el regreso de Lignerolles; perdió toda esperanza en lo referente a la reina de Inglaterra y desechó cualquier sospecha que pudiera recaer sobre la delfina; en fin, no encontraba alrededor nada que la pudiera defender contra las asechanzas amorosas de que era objeto, y a su juicio la única seguridad consistía en alejarse de la corte y renunciar a sus placeres e intranquilidades; pero, como ella por sí sola no podría alejarse, encontrábase en una situación apurada en extremo y pronto a caer en lo que le parecía la mayor de las desgracias: dejar adivinar al duque de Nemours que realmente estaba enamorada de él. Recordaba cuanto su madre había dicho al morir, los consejos que le había dado para que antes de lanzarse en una aventura galante adoptase cualquier resolución, por heroica y difícil que fuese ponerla en práctica. Lo que monsieur de Clèves le había confesado respecto a la sinceridad, hablando de madame de Tournon, despertaba en su memoria, y entonces creíase en el deber de comunicarle todo lo que le ocurría con el duque de Nemours. Este pensamiento fue su obsesión durante largo tiempo, hasta que un día quedó asombrada de haber concebido semejante idea; y, ya cerca de la locura, cayó en la incertidumbre de no saber qué partido tomar.

La paz estaba ya firmada. La reina Isabel, aunque con mucha repugnancia, había accedido a obedecer el mandato del rey, su padre. El duque de Alba había sido designado embajador extraordinario para anunciar a la reina Isabel la próxima llegada de su majestad católica. Y esperábase al duque de Saboya, que se disponía a casarse con la hermana del rey. Ambas bodas debían celebrarse al mismo tiempo.

El rey no tenía otra preocupación que hacer célebre la boda de su hermana por medio de diversiones públicas en las que se patentizaran el buen gusto y la magnificencia de la corte. Se escogió lo mejor entre los espectáculos de bailes y comedias; pero esas diversiones parecieronle al rey

demasiado particulares, por cuanto él deseaba algo más impresionante y deslumbrador.

Con este fin, proyectó un torneo en el que pudieran tomar parte los extranjeros y del que fuera espectador el pueblo en masa.

Todos los príncipes y caballeros jóvenes aprobaron con suma complacencia el proyecto de rey, particularmente los duques de Ferrara, de Guisa y de Nemours, que sobrepasaban a todos en este género de ejercicios. El rey los escogió para que, con él, fuesen los cuatro mantenedores del torneo.

En todas las plazas públicas del reino se anunció que el 15 de junio, en la villa de París, entrarían en liza Su Majestad Cristianísima y los príncipes Alfonso de Este, duque de Ferrara, Francisco de Lorena, duque de Guisa, y Jacobo de Saboya, duque de Nemours, contra todos los que aceptaran combate. El primero sería a caballo y cruzaríanse cuatro lanzas y una para las damas; el segundo combate sería a espalda entre uno y uno, o dos a dos, a voluntad de los jueces de campo; el tercer combate se desarrollaría a pie, y durante el mismo aplicaríanse tres golpes de pica y seis estocadas. Los mantenedores proporcionarían lanzas, espadas y picas, y sólo quedarían exceptuados lo que durante el ejercicio perdiesen el caballo; habría cuatro jueces de campo para dar las órdenes oportunas, y aquellos de los justadores que quedasen mejor recibirían un premio cuyo valor sería señalado por los jueces; todos los asaltantes, tanto franceses como extranjeros, quedaban obligados a tomar partido por uno de los escudos expuestos en el graderío al comenzar la liza, o por varios, a su libre elección; aquí encontrarían un oficial de armas que los recibiría para inscribirlos según su rango y los escudos por los que se dispusieran a luchar; los combatientes tendrían que hacerse llevar su escudo y sus armas por un escudero, con objeto de exponerlos en las gradas levantadas al efecto, tres días antes de comenzar el torneo; y en la lucha no podría tomar parte quien no fuera autorizado por los mantenedores.

Seguidamente preparóse para la lucha un campo próximo a la Bastilla, el cual, comenzando en el castillo de Tournelles, atravesaba la calle de San Antonio para acabar en las caballerizas reales. A ambos lados habría graderías y anfiteatros, con palcos cubiertos, que formarían una especie de galería de mucho efecto y visualidad, y que, además podrían contener a un número extraordinario de personas.

Todos los príncipes y caballeros no se ocupaban y a de otra cosa que de ordenar todo lo necesario para presentarse con la mayor esplendidez posible y para añadir a sus cifras o a sus divisas algo galante que tuviera relación con las damas de sus sueños.

Pocos días ante de la llegada del duque de Alba, el rey jugó un partido de pelota con el duque de Nemours, con el caballero de Guisa y el vidamo de Chartres. Las reinas, con todas sus damas, entre ellas madame de Clèves,

fueron a verlos a jugar, y ya terminado el partido, al salir del juego de pelota, Châtelart se aproximó a la delfina para comunicarle que el azar acababa de poner en sus manos una carta amorosa que le había caído del bolsillo al duque de Nemours.

La delfina, siempre dispuesta a penetrar en los secretos del duque, rogóle, que se la entregase. Una vez la carta en su poder, siguió tras la reina, su suegra, que iba con el rey a ver los trabajos de la pista. Después de estar allí algún tiempo, quiso el rey que le llevaran los caballos que acababa de adquirir y, aunque todavía no estaban adiestrados, pretendió que los caballeros presentes los montasen. El rey y el duque de Nemours montaron sobre los más indómitos, y ambos caballos estuvieron a punto de chocar con violencia. El duque de Nemours, por el temor de lastimar al rey, frenó con tanta fuerza, que el animal, al retroceder bruscamente, fue a chocar contra un pilar del picadero, cayendo el jinete por efecto de la sacudida. Todos corrieron hacia él, creyéndole herido de alguna gravedad. Madame de Clèves le creyó más grave que los demás; y, así, el interés que ella demostraba le infundió un recelo y una turbación imposible de ocultar.

Cuando llegó junto a él, en compañía de las reinas, era tal la palidez de su rostro, que otro hombre menos interesado que el duque de Guisa hubiera podido adivinar lo que le pasaba; él pudo notarlo con mayor facilidad, porque más atención puso en observarla que en informarse del estado del duque.

El golpe que éste había recibido bastó para que cayera en tan gran desvanecimiento, que durante algún tiempo su cabeza descansó desmayada sobre el brazo de uno de los que se habían apresurado a socorrerle. Al abrir los ojos, su primera mirada fue para madame de Clèves, en cuya cara leyó toda la piedad que sentía por él, y en el momento de mirarla quiso demostrarle cuánto se lo agradecía. Seguidamente dio las gracias a las reinas por la bondad que le testimoniaban, al par que exponía sus excusas por el espectáculo que acababa de ofrecer ante ellas. El rey le ordenó que se retirara a descansar.

Madame de Clèves una vez repuesta del susto, pensó en las muestras de sentimiento que acababa de dar. El caballero de Guisa no la dejó en mucho tiempo con la esperanza de hablarle a solas. Finalmente, le ofreció su brazo para acompañarla hasta fuera de la pista.

-Soy mas digno de compasión que el duque de Nemours, señora –le dijo; perdonadme si faltó al profundo respeto que siempre os he guardado y os hago presente el vivo dolor que siento por lo que he visto hace un momento; es la primera vez que tengo el suficiente valor para hablaros, y será la última. La muerte, si no un eterno alejamiento, me arrancará de un lugar de donde me es imposible vivir, porque acabo de perder el triste consuelo de creer que todos los que se atrevían a poner sus miradas en vos eran tan desventurados como yo.

Madame de Clèves sólo respondió por medio de muy pocas y mal hilvanadas palabras, como si no hubiera comprendido el significado de las que había pronunciado el duque de Guisa. En otro tiempo hubiérase sentido ofendida de haberle hablado del afecto que sentía por ella, pero en ese momento toda su aflicción provenía sólo de que aquel hombre hubiera advertido la simpatía que ella profesaba al duque de Nemours.

El caballero de Guisa quedó tan convencido y tan penetrado de su dolor, que en ese mismo día resolvió no esperar a que madame de Clèves pudiera amarle algún día; pero para poder abandonar esta esperanza, cuya realización consideraba muy difícil y gloriosa, le era preciso poner el pensamiento en otra cuya grandeza pudiera eclipsarla. Y acarició con el mayor entusiasmo la idea de la toma de Rhodas, propósito que acariciara ya en otro tiempo; y cuando la muerte le arrebató del mundo en la flor de su juventud y en el tiempo en que gozaba de una reputación sólo comparable a la de los más grandes príncipes de su siglo, el único dolor que le producía perder la vida fue el de no haber podido llevar a término tan heroica acción, que él llegó a creer infalible por el cuidado que había puesto en todos los detalles de su organización.

Madame de Clèves, al salir de la pista, marchó al palacio de la reina con el espíritu preocupado por lo que acababa de ocurrir. Poco después presentábase el duque de Nemours, magníficamente vestido y ajeno al accidente que poco antes le había sobrevenido; hasta parecía más alegre que de costumbre. La satisfacción derivada de lo que había creído adivinar, aumentaba todavía más el encanto de su persona.

Todos quedaron sorprendidos al verle entrar, y no hubo nadie que no se apresurara a preguntarle por su estado, excepto madame de Clèves, que, como insensible, permanecía de pie junto a la chimenea, sin atreverse a mirarle siquiera. El rey abandonó el gabinete en que estaba y, al verle, le llamó para hablarle de su aventura. Al pasar, el duque de Nemours dijo por lo bajo a madame de Clèves:

-hoy he recibido, señora, un testimonio de piedad; pero no sólo soy digno de eso.

Madame de Clèves quedó muy convencida de que el príncipe se había dado cuenta del interés que había demostrado por él; y si alguna duda le cupiera de ello, la desvanecían las palabras dichas al pasar. La afligía en gran manera no haber podido ocultar sus sentimientos y haberlos dado a entender al duque de Guisa. También le molestaba que el duque de Nemours los conociera, pero este último dolor no era tan hondo, e incluso no estaba exento de dulzura.

La delfina, impaciente por conocer el contenido de la carta que le había entregado Châtelart, se aproximó a madame de Clèves y le dijo:

-Leed esta carta; está dirigida al duque de Nemours y, según todas las apariencias, es de esa mujer por la que él ha olvidado a las demás; si no la

podéis leer ahora, os la guardáis y venís esta noche a mi casa para devolvérmela y decirme si conocéis la letra.

La delfina se separó de madame de Clèves después de estas palabras, dejándola tan confusa y asombrada, que durante un buen rato no pudo moverse de su sitio. La impaciencia y la turbación no le permitían continuar un momento más en casa de la reina, por lo que se marchó a la suya sin fijarse en que no era la hora en que acostumbraba retirarse. Con mano temblorosa sostenía la carta, y sus pensamientos eran tan confusos, que apenas veía nada claro; y en el pecho sentía cierto dolor imposible de resistir, dolor que no conocía por no haberlo experimentado nunca. Apenas llegada a su gabinete, rasgó el sobre y leyó lo siguiente:

Os he amado demasiado para dejaros creer que el cambio de que me acusáis sea debido a inconstancia; quiero deciros que la causa de ella ha sido vuestra infidelidad. Os sorprende que os hable de vuestra infidelidad; me la habíais ocultado tan cuidadosamente, y con tanto cuidado procuré haceros ignorar que yo la conocía, que os sobra razón al asombraros de que no la ignore. A mí misma me sorprende que haya podido ocultaros esto tanto tiempo. Jamás dolor alguno fue tan hondo como el mío; creí que vos sentíais por mí una pasión violenta, yo no os ocultaba la que sentía por vos y durante este tiempo os lo di a entender claramente; he sabido después que vos me engañabais, que amabais a otra, y, según todas las apariencias, me habéis sacrificado por esta nueva querida. Lo supe el día de las carreras de cintas, y a eso se debe que yo no asistiera a ellas. Me fingí enferma por ocultar mi rabia, pero lo estuve, en efecto, al no poder soportar mi cuerpo una agitación tan violenta. Cuando ya estaba mejor, continué simulando una enfermedad para no veros ni escribiros. Quería disponer de tiempo para resolver lo que debía hacer; y, después de adoptarlas, abandoné veinte veces las mismas resoluciones. Finalmente, os encontré indigno de conocer la intensidad de mi dolor y decidí no exponeros la menor queja. Buscaba humillar vuestro orgullo haciéndoos ver que mi pasión se debilitaba gradualmente. Con eso creía poder disminuir el sacrificio que de ella hacíais y desposeeros del placer que os hubiera proporcionado conocer lo mucho que os amaba, a fin de que vos pareciérais más digno de estimación. Resolví enviaros unas cartas frías que reflejaran indiferencia por vos, para infundir en el ánimo de la que pudiese leerlas la seguridad de que se había extinguido mi amor. Deseaba que ella no tuviera la satisfacción de saber que yo conocía su triunfo sobre mí, y no aumentar ese triunfo con mi desesperación y mis reproches. Imaginaba que no os castigaría bastante rompiendo con vos y que sólo os proporcionaría una leve contrariedad cesando de amaros, dado que vos ya no me amabais. Necesitaba que vos no me amaseis para experimentar el mal de no ser amada, mal que con tanta crueldad se ha cebado en mí. Creí que si algo podía reanimar los sentimientos que vos habéis tenido conmigo, era demostraros que los míos habían cambiado respecto vos, pero fingiendo ocultáoslo, como si me faltaran las fuerzas para haceros esta confesión. Esta resolución era definitiva, pero ¡cuánto me costaba ponerla en práctica! Cada vez que os volvía a ver, me parecía más difícil. Yo estuve cien veces próxima a estallar en reconvenciones y llanto, mas el estado de mi salud servíame muy bien para disfrazar mis agitaciones y mi congoja. Después, sosteníame el placer de disimular ante vos como vos disimulabais ante mí; con todo, costábame un gran esfuerzo deciros o escribiros que os amaba, daros a entender demasiado pronto lo que yo deseaba comunicaros: que mis pensamientos habían cambiado. Vos os considerasteis lastimado, os lamentasteis; traté de daros una seguridad, pero esto de una manera tan

forzada, que todavía os convenció más de mi desamor; en fin, hice todo lo que tenía intención de hacer. Las veleidades de vuestro corazón os hicieron volver hacia a mí a medida que yo me alejaba de vos. He saboreado todo el placer que es capaz de dar la venganza y me ha parecido que vos me amabais como nunca, mientras que yo no podía ya amaros. He tenido motivos para creer que vos habíais abandonado por completo a la que hizo que me abandonaseis. Tengo razones para estar persuadida de que jamás le hablasteis de mí; pero vuestro retorno y vuestra discreción no han podido reparar la ligereza que cometisteis. Habéis repartido vuestro corazón entre otra mujer y yo, me habéis engañado. Eso basta para quitarme el gusto de saberme amada por vos, como creía merecerlo, y para afirmarme en la resolución que he tomado de no veros ya nunca, y de la cual os mostráis tan sorprendido.

Madame de Clèves leyó y relejó esta carta sin saber lo que leía; sólo comprendía que el duque de Nemours no la amaba como ella había soñado y que, amando a otras, las engañaba como a ella.

¡Qué descubrimiento para una mujer de su temperamento, que sentía una pasión tan violenta de la que acababa de dar muestras a un hombre que consideraba indigno y maltrataba a otro por el amor a él! Pocas veces había sentido una pena tan penetrante y tan viva. Se le antojaba que lo que hacía amargo su dolor era lo sucedido aquél día, y que si el duque de Nemours no hubiese tenido fundamento para creer que ella le amaba, le tendría sin cuidado que él amase a otra mujer; pero se equivocaba, pues su mal, que le resultaba insoportable, no era más que la aparición de los celos, con toda la corte de horrores de que puedan estar acompañados. La carta le dejó ver que el duque de Nemours tenía una ventura amorosa que databa de bastante tiempo. Parecíale que la mujer que había escrito aquella carta no estaba desprovista de habilidad y mérito, por lo que le resultaba digna de ser amada; adivinaba en ella un valor que a ella le faltaba y envidiábale la fortaleza de que había hecho gala al ocultar sus sentimientos al duque de Nemours. El final de la carta dejábale entrever que esa persona se creía amada y pensaba que la discreción que el príncipe había demostrado, y que tanto debió impresionarla, tal vez obedeciera al efecto de la pasión que él sentía por esa otra persona a la que él temía no resultar agradable; en fin, sólo se le ocurría todo lo que podía aumentar su pena y desesperación. ¡Cuántas veces volvió sobre sus pasos y cuántas reflexiones hizo sobre los consejos que le diera su madre! ¡Cómo se arrepentía de no haberse decidido a dejar de actuar en sociedad, a pesar de monsieur de Clèves, y de no haber seguido el impulso de su pensamiento, confesándole la pasión que se había desarrollado en su alma por el duque de Nemours! Consideraba que hubiera procedido mucho mejor descubriéndola a su marido, cuya bondad le era conocida y que habría tenido interés en que permaneciera oculta, antes que darla a entender a un hombre indigno que la engañaba, que la sacrificaba tal vez y que pensaría enamorarla movido de un sentimiento de orgullo y vanidad.

Para ella, todos los males que pudieran sobrevenirle y todos los extremos a que pudiese llegar serían más soportables que el hecho de haberle dejado

adivinar al duque que le amaba y haber sabido que él amaba a otra. Lo que la consolaba era pensar que después de ese descubrimiento no tenía nada que temer de sí misma y que la curaría de la inclinación que la arrastraba hacia el duque.

A madame de Clèves se le olvidó completamente la orden de la delfina de que fuese por la noche a verla. Como se encontraba mal, fingióse enferma y se metió en el lecho; y al regresar su marido de la cámara del rey encontróse con que le dijeron que su esposa dormía ya; pero ella estaba muy lejos de la tranquilidad que conduce al sueño. Pasó la noche sin hacer otra cosa que atormentarse con la lectura de la carta, que no dejaba de la mano.

Pero madame de Clèves no era la única persona a la que aquella carta quitaba el sueño. El vidamo de Chartres, que era quien la había perdido, y no el duque de Nemours, estaba en la mayor inquietud. Había pasado toda la noche en casa del duque de Guisa, que había obsequiado con una cena al duque de Ferrara, su cuñado, y a toda la juventud de la corte. La casualidad hizo que durante la cena se hablase de cartas de amor. El vidamo de Chartres afirmó que él llevaba una que reputaba como la mejor de cuantas se habían escrito. Se le invitó a leerla y él se negó. El duque de Nemours sostuvo que la carta no existía y que sólo la vanidad le había incitado a inventarla. El vidamo le respondió que él llevaba su discreción al límite y que por nada del mundo enseñaría la carta; no obstante, leería algún párrafo para demostrar a todos que pocos hombres podían recibir cartas como aquélla. Al mismo tiempo buscaba la carta en sus bolsillos, pero fue inútil: no apareció por ningún lado. Esto motivó que se le dirigieran algunas pullas, que cesaron al ver que su inquietud iba en aumento. El vidamo de Chartres se retiró mucho antes que los otros invitados y marchó a su casa, con la mayor impaciencia, para ver si se había dejado allí la carta que faltaba en su bolsillo.

Buscábala todavía febrilmente, cuando su primer ayuda de cámara fue a decirle que la vizcondesa de Uzès se creía en el caso de avisarle que había caído del bolsillo una carta amorosa mientras se hallaba en el juego de la pelota; que se le había referido gran parte del contenido de la carta; que la reina había demostrado mucho interés por conocerla y había enviado a pedírsela a uno de los nobles de servicio, pero que éste contestó que la carta se la había entregado el propio Châtelart en persona.

El primer ayuda de cámara aún dijo al vidamo de Chartres otras muchas cosas que acabaron por sumirle en la mayor turbación.

Poco después fue en busca de un gentilhombre gran amigo de Châtelart y, sin tener en cuenta lo extraordinario de la hora, le obligó a levantarse e ir por la carta, advirtiéndole que no dijera nada sobre quién le enviaba a buscarla ni quién la había perdido. Châtelart, convencido de que la carta pertenecía al duque de Nemours y de que este príncipe estaba enamorado

de la delfina, no tuvo la menor duda respecto a quién podía reclamarla a tales horas, por lo que limitóse a responder, no sin alguna malicia, que la carta la había entregado a la delfina.

El gentilhomme comunicó esta respuesta al vidamo de Chartres, lo que hizo aumentar las inquietudes que le dominaban ya anteriormente. Y después de estar largo tiempo irresoluto sobre lo que procedía hacer, pensó que el duque de Nemours era lo único que podía ayudarle a salir del laberinto en que se encontraba.

Llegó a su casa cuando el alba comenzaba a despuntar. El príncipe hallábase en el más tranquilo de los sueños, ya que cuanto había visto en madame Clèves sólo le había dado ideas placenteras. Lo primero que hizo fue mostrarse muy sorprendido de ser despertado por el vidamo de Chartres, a quien preguntó si quería vengarse de lo que le había dicho durante la cena, viendo ahora a turbar su reposo. El vidamo le reveló con la mirada la gravedad de lo que le llevaba allí.

-Vengo a confiaros el asunto más importante de mi vida –le dijo-. Sé muy bien que vos no me estáis obligado, pero tengo necesidad absoluta de que me prestéis vuestro apoyo. También sé que hubiera perdido mucho de vuestra estimación de haber tenido que deciros lo que os voy a decir sin que la necesidad me lo exigiera. He perdido la carta de la que hablé anoche y me es indispensable que nadie sepa que está dirigida a mí. Esa carta ha sido leída por muchas de las personas que se hallaban ayer en el juego de pelota, donde se me extravió, y como vos estabais también, quiero pedir os el favor de que digáis que está dirigida a vos.

-Sin duda, si me hacéis respecto de madame semejante proposición –observó monsieur de Nemours sonriendo- es porque creéis que no tengo ninguna amante e imagináis que no me puede costar un disgusto recibir cartas parecidas a ésa.

-Yo os ruego –añadió el vidamo- que me escuchéis seriamente; si vos tenéis una querida, lo que no dudo, aunque no sepa quién es ella, no os será difícil justificaros. Para eso os daría yo medios infalibles, y, aun cuando no consiguierais justificaros, no pasaría todo de un leve disgusto. En cuanto a mí, os confieso que esta aventura puede deshorrar a una mujer que me ha amado apasionadamente y es una de las damas más dignas de estimación; por otra parte, me granjearía un odio implacable que me costaría la fortuna, y puede que algo más también.

-No puedo comprenderos del todo –respondió el duque de Nemours-, pero me permitís adivinar que los rumores que han circulado respecto al interés que una gran princesa os demostraba no eran completamente falsos.

-No lo eran –interrumpió el vidamo-, y ojalá hubiera querido Dios que lo fuesen, pues no me vería ahora en la difícil situación en que me encuentro; pero es preciso que os cuente todo lo que ha pasado para poder exponeros lo mucho que justifica mi temor. Desde que estoy en la corte, la reina me



ha tratado siempre con infinita distinción y agrado, y he tenido motivos para creer que en eso sólo había una gran bondad de su parte; no había en eso nada de particular, y mi reconocimiento hacia la reina no pasaba de los límites del respeto. Si estaba yo enamorado, era de madame de Thémines; viéndola, es muy fácil comprender lo mucho que se la puede amar, y más estando enamorada de mí como lo estaba. Hace dos años, hallándose la corte de Fontainebleau, sostuve con la reina dos o tres conversaciones a horas en que no había casi nadie, y me pareció que, además de serle una persona agradable, le interesaba mucho cuanto le decía. Un día me habló de la confianza que inspiran las personas, diciéndole yo que no había nadie que me mereciera una confianza absoluta, y que, de tenerla con alguien, llegaría a arrepentirme seguramente, por lo que había preferido no decir a nadie muchas cosas que sabía. Me contestó la reina que ella me estimaba mucho, que no había encontrado en Francia a nadie que supiera guardar un secreto, y esto es lo que más la enojaba, por haberle evitado el placer de confiarse a alguien, y que para las personas de su rango era una cosa necesaria en la vida contar con un confidente. En los días siguientes reanudó varias veces la misma conversación, y hasta me confió algunas cosas muy particulares que estaban sucediendo. Por último, parecióme que lo que la reina deseaba era arrancarme mis secretos para confiarme luego los suyos. Este pensamiento me aproximó más a ella, quedé muy reconocido a la distinción que me dispensaba y le hice la corte con mucha más asiduidad que había acostumbrado hasta entonces. Una tarde en que el rey y todas sus damas se habían ido a pasear a caballo por el bosque, adonde ella no había querido ir por encontrarse indispuesta, me quedé en su compañía. Descendió a la orilla del estanque y prescindió de sus escuderos para marchar con más libertad. Después de haber dado algunas vueltas por allí, se aproximó para rogarme que la siguiera:

“-Quiero hablaros –me dijo- y, por lo que voy a deciros, comprenderéis que soy una verdadera amiga vuestra.

“Detúvose al decir estas palabras y, mirándome fijamente, añadió:

“-Estáis enamorado, y por no fiaros de nadie creéis que vuestro amor no es conocido; pero lo es, y no sólo de las personas interesadas. Se os observa, se sabe en qué sitios acostumbráis a reuniros con vuestra querida, y yo sé que existe quien desea sorprenderos. No sé quien es, ni os lo pregunto; sólo quiero preveniros de las desgracias que os pueden sobrevenir.

“Ya veis el lazo que me tendía la reina y cuán difícil era no caer en él. Quería saber si yo estaba enamorado; y, no preguntándome de quien podía estarlo y dejándome ver que su intención no era otra que la de hacerme un favor, ocultábame si sólo hablaba por curiosidad o por satisfacer un deseo.

“No obstante, contra todo género de apariencias, yo había entrevisto la verdad. Estaba enamorado de madame de Thémine, mas, aunque ella me

amaba, no había tenido la dicha de encontrar sitios particulares donde verla, por temor de ser sorprendidos, y así me fue fácil comprender que no era de ella de quien la reina me quería hablar. También sostenía relaciones galantes con otra mujer menos bella y menos severa que madame de Thémines, y no era imposible que se supiera el lugar donde yo acostumbraba verla; pero, como ésta no me interesaba gran cosa, me sería fácil ponerme a cubierto de toda clase de peligros dejando de reunirme con ella. Por todo eso tomé la decisión de no confesar nada a la reina y asegurarle, por el contrario, que desde mucho tiempo antes había dejado de pretender a las damas cuyo amor me era posible alcanzar, porque encontrábalas indignas de merecer un hombre honesto y porque ninguna contaba con los suficientes encantos para ligarme a ella.

“-Vos no me respondéis con sinceridad –replicó la reina-; lo que yo conozco es todo lo contrario de lo que me decís. La manera que tengo de hablaros os debe obligar a no ocultarme nada. Quiero que vos seáis uno de mis amigos; lo que no quiero es, al concederos este título, continuar ignorando vuestras preferencias. Ved si queréis comprar mi amistad al precio de vuestros secretos; os concedo dos días para que lo penséis; pero pensad bien en este tiempo lo que tengáis que decirme, pues si más tarde supiera que me habíais engañado, no os lo perdonaría en todos los días de mi vida.

“Y, sin esperar respuesta, me volvió la espalda y desapareció. Juzgad la impresión que haría en mi espíritu cuanto acababa de decirme la reina. Los dos días que me había concedido para pensar lo que debía decirle, no me parecieron un tiempo muy largo para determinarme. Estaba convencido de que ella quería saber si estaba enamorado y deseaba que no lo estuviese. Yo estudiaba las consecuencias que podría tener la determinación que iba a adoptar. Mi vanidad mostrábase hartamente halagada ante la perspectiva de establecer relaciones con una reina, y más con una reina de tantos atractivos. Por otra parte, yo amaba a madame de Thémines y, aunque incurría en una especie de infidelidad a causa de la otra mujer de que os he hablado, no podía decidirme a romper con ella. Adivinaba también el peligro a que me expondría engañar a la reina y lo difícil que era hacerlo. No obstante, no podía rechazar lo que la fortuna me deparaba, y así me dispuse a aprovecharme de todo lo que me mala conducta pudiese proporcionarme. Corté mis relaciones con esa mujer cuyo trato podía descubrirme y decidí ocultar las que venía sosteniendo con madame de Thémines.

“Transcurridos los dos días que me había concedido la reina y cuando entraba en la cámara regia donde se hallaban las damas reunidas formando círculo, díjome en voz alta y con un tono de severidad que me sorprendió:

“-¿Habéis pensado en el asunto que os encargué y hallado la verdad?

“-Sí, señora –le respondí-; ha resultado ser la que dije a vuestra majestad.

“-Venid esta noche a la hora en que yo debo escribir –me replicó- y acabaré de daros mis instrucciones.

“Hice una profunda reverencia y me retiré sin añadir una sola palabra. A la hora convenida me presenté en palacio. Encontré a la reina en la galería, donde se hallaba con su secretario y algunas de sus damas. Apenas me vio vino hacia mi y me condujo al otro extremo de la galería.

“-Es extraño –me dijo- que, después de haber pensado tanto, no tengáis nada que decirme. ¿No merece mi conducta para con vos que me habléis sinceramente?

“-Precisamente porque quiero hablaros con sinceridad –le respondí-, no tengo nada que deciros. Juro a vuestra majestad, guardados todos los respetos debidos, que yo no tengo nada que ver con ninguna dama de la corte.

“-Así lo quiero creer –añadió la reina- porque así lo deseo; y lo deseo porque ansío que vos viváis enteramente ligado a mí, y no estaría satisfecha de vuestra amistad si supiera que estáis enamorado. No nos podemos fiar de los que lo están; no podemos poseer nunca sus secretos, pues viven demasiado distraídos y solicitados, y hacen de su amante una obsesión poderosa que no concuerda bien con la manera como yo deseo que viváis entregado a mi. Recordad siempre que vos me habéis asegurado que no tenéis ningún compromiso, y por eso os he escogido para daros toda mi confianza. Sabed que yo quiero la vuestra por entero; que no tengáis otros amigos y amigas que los que me plazcan y que abandonéis todo aquello que no sea de mi gusto. No os haré perder nada de lo cual dependa vuestra fortuna; yo velaré por ella con mayor interés que vos mismo lo podríais hacer, y en cuanto yo haga por vos me tendré por bien recompensada con tal que os encuentre siempre como espero. Os escojo a vos para confiaros todas mis penas y para que me ayudéis a sobrellevarlas. Ya podréis ver que no son pocas ni despreciables. Según las apariencias, no me causan mucha pena las relaciones del rey con la duquesa de Valentinois, pero eso me es insoportable. Ella gobierna al rey; ella le engaña; ella me desprecia, y todos mis servidores hacen su santa voluntad. La reina, mi hijastra, orgullosa de su hermosura y del apoyo de sus tíos, no cree tener ningún deber en cuanto a mí. El condestable de Montmorency es dueño del rey y del reino; me odia y me ha dado muchas muestras de su odio, que no puedo olvidar. El mariscal de Saint-André es un joven y audaz favorito que no me trata a mí mejor que a los demás. Los detalles de mis desdichas os han de causar piedad. Hasta el presente no me he fiado de nadie, mas ahora me entrego a vos; haced, pues, que, además de no tener que arrepentirme, seáis mi consuelo.

“Los ojos de la reina enrojecieron al acabar estas palabras, y tan verdaderamente me impresionaron las bondades que me testimoniaban, que pensé en arrojarme a sus pies. Desde aquel día ha depositado en mí toda su

confianza; nada ha hecho sin que antes me consultara y nada ha enfriado las relaciones de amistad que nos unen.

### TERCERA PARTE

-No obstante las muchas preocupaciones que me proporcionaban mis nuevas relaciones con la reina, yo no podía vencer la inclinación que sentía por madame de Thémynes. Como me pareciera que ella dejaba de amarme, en lugar de ser prudente, sirviéndome del cambio que creía observar en ella para curarme de su pasión, notaba que mi amor iba en aumento, y tan atrevida llegó a ser mi conducta, que hubo un momento en que creí que la reina tenía ya noticias de mi devoción por la citada dama. Los celos son algo natural en las personas de su país, y tal vez sienta por mí esta princesa un cariño algo más arraigado de lo que ella pueda creer. Resumiendo: los rumores que corrían relacionados con mi enamoramiento le dieron tan grandes inquietudes y disgustos, que yo me creía cien veces perdido para ella. A fuerza de precauciones, de sumisión y de falsos juramentos, pude convencerla de la verdad de mis sentimientos; pero yo no hubiera podido sostener el engaño mucho tiempo si el cambio que se operó en madame de Thémynes no me hubiera desprendido de ella, aún contra mi voluntad. Ella se encargó de hacerme ver que ya no me amaba, y tan persuadido quedé, que renuncié a atormentarla nuevamente, dejándola tranquila. Algún tiempo después me escribía esa carta que voy buscando. Por ella he podido saber que madame de Thémynes conocía las relaciones que yo sostuve con esa otra dama de que os he hablado y que era la causa del cambio de su actitud. Como entonces ya no había nada que me importase, la reina estaba bastante contenta de mí; pero como el cariño que yo siento por ella no es de tal naturaleza que me impide amar a otra, ya que al cabo sólo soy amante suyo por su voluntad, me he enamorado ahora de madame de Martigues, por la que ya sentía el mismo afecto cuando era Ville-Montais, soltera y al servicio de la reina delfina. Tenía motivos para creer que no me odiaba; incluso la discreción con que yo le recordé mi antiguo amor, cuyas razones no le son del todo conocidas, le ha sido simpática. La reina no tiene ninguna sospecha sobre esto, pero tiene otra que no es menos enojosa. Como madame de Martigues está siempre en casa de la delfina, yo voy allí con mucha más frecuencia que de costumbre. La reina imagina que es de esa princesa de la que yo me he enamorado. El rango de la reina delfina, igual al suyo, así como su belleza y su juventud, muchos mayores que las de ella, le infunden unos celos que llegan hasta el furor, y un odio que no puede ya disimular. El cardenal de Lorena, que desde hace tiempo aspira, según creo, a congraciarse con la reina, y que no ve con buenos ojos que yo ocupe el sitio que él quisiera para sí, con el pretexto de reconciliarla con la delfina, interviene en las diferencias que las separan. No dudo de que él ha penetrado en los verdaderos motivos del mal humor de la reina, y abrigó el

temor de que me rinde toda clase de malos oficios, sin dejarle ver que su deseo es hacerme todo el daño posible. Este es el verdadero estado de las cosas a la hora en que os hablo. Imaginad el efecto que puede hacer la carta que he perdido y que para mi desgracia guardé en el bolsillo con el propósito de devolverla a madame de Thémynes. Si la reina viera esta carta, sabría que yo la he engañado y que, casi al mismo tiempo que le era infiel con madame de Thémynes, engañaba también a ésta con otra mujer; juzgad la idea que esto le puede dar de mí y si ella podría fiarse jamás de mis palabras. Si no viera esta carta, ¿qué le diría entonces? Sabe que la carta está en manos de la delfina y a estas horas debe de creer que Châtelart ha reconocido la letra de la reina y que la carta es de ella; también creerá que la persona que motiva los celos no es otra que ella misma; en fin, nada hay en que ella no deje de pensar ni nada que yo deje de temer de sus ideas. Añadid a eso que yo estoy vivamente enamorado de madame de Martigues; que seguramente la delfina le enseñará esta carta, que ella creerá recientemente escrita, y por todo esto yo quedaré mal con la mujer que más quiero en el mundo y con aquella que de la cual debo esperar los mayores males. Ya veis si tengo motivos para rogaros que digáis que es vuestra la carta y pediros que procuréis arrancarla de las manos de la delfina.

-Comprendo –dijo el duque de Nemours- que no es posible verse en un apuro tan grande como el que os encontráis, y que, os lo confieso, habéis merecido. Se me ha acusado de no ser un amante fiel y haber tenido varias aventuras galantes a la vez; pero vos me aventajáis de tal manera, que ni me atrevería a pensar las cosas que vos habéis realizado. ¿Podíais pretender el amor de madame de Thémynes mientras os comprometías con la reina? Ella es italiana y reina, y, por lo tanto, mal pensada, celosa y llena de orgullo; cuando vuestra buena suerte, antes que vuestra buena conducta, os ha privado de las relaciones que sosteníais, habéis emprendido otras nuevas, sin imaginar que en medio de la corte no podíais amar a madame de Martigues sin que la reina lo supiera. No podíais adoptar bastantes precauciones para evitaros la vergüenza de haber dado los primeros pasos. Ella siente por vos una pasión violenta. Vuestra discreción no os ha dejado decirlo, ni la mía preguntároslo; pero, en fin, ella os ama, desconfía, y la verdad está en contra vuestra.

-¿Es que debéis colmarme de reprimendas –interrumpió el vidamo- sin que vuestra experiencia se muestre indulgente con mis faltas? Convengo en que soy responsable, pero procurad, os lo suplico, sacarme del abismo en que he caído. Lo que falta es que veáis a la reina delfina apenas se levante para pedirle esa carta como si fueseis vos el que la hubiese perdido.

-Ya os he dicho –le interrumpió el duque de Nemours- que la proposición que formuláis es un poco extraordinaria, y que mi interés particular me ofrece muchas dificultades; además, si han visto caer la carta de vuestro bolsillo, es un poco difícil convencer a la gente de que cayó del mío.

-Creo haberos dicho –respondió el vidamo- que fue de vuestro bolsillo de donde cayó la carta.

-¿Cómo? –replicó vivamente el duque de Nemours, viendo en ese momento las malas consecuencias que esto le podría reportar, de enterarse madame de Clèves- ¿Se ha dicho a la reina delfina que me ha caído a mí esa carta?

-Sí, así se lo han dicho –contestó el vidamo-, y quienes han cometido ese error son unos cuantos gentilhombres que se hallaban en una de las dependencias del juego de pelota donde dejamos nuestras casacas, que tanto vuestros criados como los míos fueron a buscar; en ese momento es cuando debió de caer la carta, que los gentileshombres recogieron y leyeron en voz alta. Unos creían que era vuestra y otros que era mí. Châtelart, que la recogió y a quien acabo de pedírsela, me ha dicho que él se la entregó a la delfina como si la carta fuese vuestra; y los que han hablado a la reina han dicho, para mi desgracia, que esa carta me pertenecía a mí. Por lo que antecede, comprenderéis lo fácil que os será hacer lo que os pido, sacándome del apuro en que me encuentro.

El duque de Nemours había profesado siempre mucha estimación al vidamo de Chartres, y contribuía a hacerle más querido su lazo de parentesco con madame de Clèves. Sin embargo, no podía aventurarse a que ella, por casualidad, oyese hablar de la carta. Y como permaneciese como ensimismado, el vidamo, no dudando de los motivos de su preocupación, le dijo:

-Me figuro que lo que teméis es alguna cuestión con vuestra amante, y hasta creería que ella es la reina delfina, si los pocos celos que os inspira monsieur d’Anville no me demostraran que es infundado mi pensamiento; pero, sea como sea, no es justo que sacrificuéis por mí vuestra tranquilidad, y para ello quiero proporcionaros el medio de hacer ver, a la que vos amáis, que la carta es mía y no vuestra: toma este billete de madame d’Amboise, gran amiga de madame de Thémynes, a la que ella ha confiado todo lo que se relaciona conmigo. En este billete me pide la carta de su amiga, que yo he perdido. Mi nombre está escrito en este billete; y, viendo la letra de dentro, no queda ninguna duda de que es la misma que la de la carta. Os confío este billete y consiento en que lo enseñéis a vuestra querida para justificaros. Me interesa que no perdáis un momento y os ruego vayáis a ver a la delfina esta misma mañana.

El duque de Nemours lo aseguró así al vidamo de Chartres y guardóse el billete de madame d’Amboise; no obstante, su decisión no era la de ver a la reina delfina, por estar convencido de que había algo más urgente que hacer. No dudaba de que ella habría hablado ya de la carta a madame de Clèves, resultándole intolerable el hecho de que una mujer que él amaba tan exaltadamente pudiera creer que tenía algo que ver con otra.

A la hora en que creía poder encontrarla despierta, llegó a su casa e hizo pasarle el recado de que no solicitaría el honor de verla a horas tan intempestivas si no fuera por la importancia del asunto que le llevaba allí. Madame de Clèves se hallaba todavía en el lecho, con el espíritu exasperado y agitada por los tristes pensamientos que había tenido durante la noche. Su sorpresa no tuvo límites cuando le dijeron que el duque de Nemours quería verla. La desesperación en que se encontraba contribuyó a que le respondiera que se hallaba indispuesta y, por lo tanto, no podía recibirle. El duque no se mostró ofendido por semejante negativa. Un rasgo de frialdad en un momento en que podía estar dominada por los celos, no era un mal augurio.

Seguidamente se trasladó a las habitaciones de monsieur de Clèves, a quien le dijo que venía de las de su mujer, habiéndole contrariado no haber podido verla, porque tenía que hablarle de un asunto importante para el vidamo de Chartres. En pocas palabras le expuso las consecuencias que podría tener el asunto, y monsieur de Clèves no esperó más para conducirle acto seguido a la cámara de su mujer. De no haber sido por la penumbra que allí reinaba, no hubiera podido disimular el asombro y la turbación al ver entrar a monsieur de Nemours acompañado de su marido.

Monsieur de Clèves le manifestó que se trataba de una carta de la cual había necesidad para salvar los intereses del vidamo, que tratara con monsieur de Nemours sobre lo que procedía hacer y que él se iba sin pérdida de tiempo a ver al rey, que le había enviado a llamar.

El duque de Nemours quedó solo con madame de Clèves, como deseaba.

-Vengo a preguntaros, señora –le dijo-, si la delfina os habló ayer de una carta que Châtelart le entregó.

-Algo me ha dicho –respondió madame de Clèves-, pero yo no veo qué haya en esa carta que pueda interesar a mi tío, y os aseguro que no hay en ella ninguna alusión a su persona.

-Verdaderamente –replicó monsieur de Nemours-, no se le nombra; no obstante, la carta está dirigida a él y le interesa mucho que vos, señora, la rescatéis de las manos de la delfina.

-No acierto a comprender –dijo madame de Clèves- por qué os interesa que no sea vista esa carta, ni por qué hay que pedirla en su nombre.

-Si me prestáis un poco de atención –dijo entonces monsieur de Nemours-, os diré la verdad en dos palabras y sabréis cosas muy importantes de vuestro tío, las cuales nunca hubiese referido a monsieur de Clèves si no me hubiera sido necesario recurrir a él para tener el honor de veros.

-Creo que todo lo que queréis decirme resultará inútil –respondió madame de Clèves con aire desabrido-, y valdría más que fueseis a ver a la delfina y, sin valeros de intermediarios, le expusieseis el interés que para vos tiene esa carta, y más habiéndole dicho que os pertenece.

La aspereza con que le hablaba madame de Clèves proporcionábale el placer más grande que hubiera podido desear, y hacíale retrasar la impaciencia por justificarse.

-Yo ignoro, señora –respondió-, lo que hayan podido decir a la reina delfina; pero os aseguro que personalmente no tengo el menor interés por esa carta, que está dirigida al vidamo.

-Lo creo –le contestó madame de Clèves-; pero a la reina delfina le han manifestado lo contrario, y no le parecería verosímil que las cartas del vidamo caigan de vuestros bolsillos; por eso, a no ser que tengáis alguna razón para ocultarle la verdad, os ruego que hagáis confesión de todo a la reina delfina.

-No tengo por qué confesarle nada; la carta no está dirigida a mí, y si hay alguna a quien yo quiera convencer de lo contrario, repito, no es precisamente a la reina delfina; pero, como en último término se trata del buen nombre del vidamo, considero preciso informaros de cosas que son dignas de vuestra curiosidad.

Madame de Clèves demostró con su silencio que estaba dispuesta a escucharle, y monsieur de Nemours le contó lo más sucintamente posible todo lo que un momento antes le había dicho el vidamo.

Aunque tratábase de cosas propias para sorprender a cualquiera y merecedores de ser escuchadas con atención, madame de Clèves las oyó con una frialdad tan grande, que, al parecer, considerábalas como poco ciertas o indiferentes.

Su espíritu se mantuvo en esa actitud hasta el momento en que monsieur de Nemours hizo referencia al billete de madame d'Amboise, que estaba dirigido al vidamo y constituía la prueba de cuanto acababa de decir. Como madame de Clèves sabía que esta dama era amiga de madame de Thémines, vio una apariencia de verdad en lo que le decía monsieur de Nemours, esto es, que la carta no era para él. Esta idea la arrancó súbitamente de la frialdad que había observado hasta aquel momento.

Monsieur de Nemours, después de haber leído el billete que justificaba sus palabras, se lo entregó para que comprobase la igualdad de la letra con la de la carta. Madame de Clèves no pudo menos de tomarlo y ver la dirección, que, efectivamente, era la del vidamo, leyéndolo por entero para juzgar si la letra de la carta que se le pedía era la misma del billete. Monsieur de Nemours añadió todo lo que aún creía preciso para persuadirla, y como siempre se convence a alguien de una verdad agradable, logró convencer a madame de Clèves de que no había tenido ninguna intervención en los motivos origen de aquella carta.

Madame de Clèves comenzó entonces a razonar respecto a los apuros y peligros que corría el vidamo, a censurar su mala conducta y buscar los medios de favorecerle. Tras exponer su asombro por los procedimientos que ponía en práctica la reina, confesó a monsieur de Nemours que la carta



estaba en su poder, y una vez supo que él era inocente, su espíritu, abierto y tranquilo, entró de lleno en lo que momentos antes parecía desdeñar. Ambos convinieron en que era de absoluta necesidad no entregar la carta a la reina delfina con objeto de impedir que la mostrase a madame de Martigues, quien conocía la letra de madame de Thèmines y, por el interés que tomaba en todo lo referente al vidamo, hubiera adivinado fácilmente que la carta estaba dirigida a él. También convinieron en que no había que confiar a la delfina nada que hiciera alusión a la reina, su suegra. Madame de Clèves, por tratarse de asuntos de su tío, prometió a monsieur de Nemours guardar el secreto de cuanto le había referido.

El príncipe no sólo le hablaba ya de los intereses del vidamo, y la libertad que disfrutaba para poderle hablar a sus anchas infundíale cierto atrevimiento que vino a cortar una orden de la reina delfina par que madame de Clèves se trasladara en seguida a su palacio. Monsieur de Nemours se vio obligado a retirarse, dirigiéndose en busca del vidamo para decirle que al separarse de él había pensado ir en busca de madame de Clèves, que al fin y al cabo era su sobrina, juzgando conveniente verla antes que a la delfina. Y no le faltaron razones para que el vidamo aprobara cuanto él había hecho y expresarle la esperanza de un buen éxito.

Mientras tanto madame de Clèves se vestía a toda prisa para trasladarse al palacio de la delfina. Apenas apareció en su cámara, la llamó a su lado para decirle en voz baja:

-Os espero desde hace dos horas y creed que nunca he pretendido saber la verdad con tanta impaciencia como esta mañana. La reina ha oído hablar de la carta que os entregué ayer; cree que es el vidamo de Chartres el que la ha perdido. Vos sabéis que ella ha tomado con interés este asunto; ha hecho buscar esa carta y, al serle pedida a Châtelart, ha contestado éste que me la entregó a mí; hoy han venido a pedírmela con el pretexto de que era una carta muy bonita que inspiraba mucha curiosidad a la reina. No me he atrevido a decir que la teníais vos por el temor de que la reina creyera que yo os la había entregado por favorecer al vidamo, vuestro tío, y por existir entre él y yo una estrecha inteligencia. Ya sé que la tenía recelosa que el vidamo me viese con tanta frecuencia. Por todo ello he tenido que decir que la carta estaba en los bolsillos del traje que llevé ayer, y que los que tenían la llave habían salido. Dadme, pues, prontamente la carta con el fin de enviársela después que yo la lea para ver si mes es posible conocer la letra.

Madame de Clèves se encontró, al oírla, en un apuro mayor de lo que podía esperar.

-No sé, señora, cómo lo podréis hacer –repondióle-, por cuanto monsieur de Clèves, a quien yo la di a leer, la entregó esta mañana al duque de Nemours, quién había venido a rogarme que os la pidiera a vos. Monsieur de Clèves ha cometido la imprudencia de decirle que él la tenía y ha tenido la debilidad de ceder a los ruegos de monsieur de Nemours.

-Me colocáis en la situación más difícil en que jamás me pueda ver – interrumpió la delfina-, y obrasteis mal al entregar la carta a vuestro marido, ya que, siendo yo quien os la pasó, no debisteis entregarla a nadie sin mi autorización. ¿Qué puedo contestar ahora a la reina, y qué pensará ella? Sin duda, que la carta me atañe y que existe algo entre el vidamo y yo. Nunca llegará a convencerse de que esa carta obra en poder de monsieur de Nemours.

-Me apena mucho – respondió madame de Clèves –el disgusto que os he proporcionado y del que me doy exacta cuenta, pero la falta es de mosieur de Clèves y no mía.

-Es vuestra y sólo vuestra –le replicó la delfina-, por haberle dado la carta, y vos sois la única mujer que hace a su marido confidente de las cosas que sabe.

-La falta es mía, señora –contestó madame de Clèves-, pero pensad en repararla en vez de examinarla.

-¿No os acordáis de lo que, poco más o menos, decía esa carta? –le preguntó la delfina.

-Sí, señora; lo recuerdo bien por haberla leído más de una vez.

-Siendo así –observó la delfina-, lo mejor es que la hagáis escribir en seguida por una mano desconocida, y se la enviaré a la reina; ella no la mostrará a los que la han visto ya, y, aunque lo hiciera, yo sostendría siempre que es la misma que me entregó Châtelart, y seguramente no se atrevería a contradecirme.

Madame de Clèves mostróse conforme con esta proposición, ofreciendo buscar al duque de Nemours con el fin de que le enseñara la carta para copiarla al pie de la letra e imitando ésta todo lo posible, con lo que esperaba engañar a la reina de un modo infalible.

Al llegar a su casa dio cuenta a su marido de los apuros de la delfina, rogándole que llamase a monsieur de Nemours, el cual no tardó en presentarse.

Madame de Clèves le expuso cuanto acababa de decir a su marido y le pidió la carta, pero él no se la podía entregar por habérsela devuelto al vidamo de Chartres, quien había tenido tal alegría al encontrarla y verse fuera del peligro en que se hallara, que la envió al instante a la amiga de madame de Thémynes. Madame de Clèves se encontró ante un nuevo obstáculo, y, después de haber sido consultados los reunidos, decidieron hacer de memoria la carta. Seguidamente se encerraron en un despacho para trabajar mejor, dándose orden de que no entrara nadie. Aquel aire misterioso y confidencial no ofrecía poco encanto para monsieur de Nemours y aun para la misma madame de Clèves. La presencia de su marido y la defensa de los intereses del vidamo de Chartres, daban a ésta cierta seguridad que, de cierto modo, la preservaba de sus escrúpulos. Le causaba placer hablar con monsieur de Nemours y sentía una alegría pura y

sin mezcla, como jamás experimentara; esta alegría hacía la más desenvuelta, y monsieur de Nemours mostrábase feliz al ver el júbilo que se desbordaba de su espíritu, lo que no había visto nunca en ella y ahora redoblaba su amor. Como él no había gozado nunca de un momento tan delicioso, su vivacidad fue en aumento, y cuando madame de Clèves quiso comenzar la redacción de la carta, el duque, en vez de ayudarla seriamente, no hizo otra cosa que interrumpirla con bromas muy ingeniosas y divertidas. Madame de Clèves participaba también de ese espíritu de jocosidad, de manera que ya hacía largo rato que estaban allí encerrados y habían ido dos veces de parte de la delfina, para decir a madame de Clèves que finalizase pronto, cuando aún no habían llegado a la mitad de la carta.

Monsieur de Nemours quería prolongar un tiempo que le resultaba tan agradable y olvidaba hasta los intereses de su amigo. Madame de Clèves, a la que tampoco enojaba aquella escena, olvidaba también los de su tío.

En fin, habían pasado cuatro horas cuando la carta estuvo terminada, y tan mal estaba y parecíase tan poco la letra a la que deseaba imitar, que, salvo que la reina no tuviese el menor interés por conocer la verdad, forzosamente había de descubrirla; así que no se la pudo engañar. Aunque se intentó convencerla de que la carta estaba dirigida al duque de Nemours, la reina no sólo quedó persuadida de que pertenecía al vidamo de Chartres, sino, además, de que en el asunto tomaba parte la delfina y los dos estaban en connivencia. Este pensamiento aumentó de tal modo el odio que sentía contra la delfina, que no sólo no la perdonó jamás, sino que la persiguió hasta el extremo de hacerla salir de Francia.

En cuanto al vidamo de Chartres, perdió toda la simpatía que pudo haberle tenido la reina; y, ya sea porque el cardenal de Lorena se había apoderado de su ánimo o porque la aventura de esta carta le mostró los engaños de que el vidamo de Chartres le había hecho víctima, lo cierto es que no pudo reconciliarse con la delfina. Sus relaciones quedaron interrumpidas definitivamente al surgir la conjuración, de la que fue alma madame d'Amboise.

Después de enviar la carta a la delfina, marcháronse juntos monsieur de Clèves y monsieur de Nemours. Madame de Clèves se quedó sola y, apenas perdió la alegría que le daba la presencia del ser amado, sintióse como si saliera de un sueño, viendo con asombro la prodigiosa diferencia que de la noche anterior hasta entonces se había operado en su ánimo; recordaba la aspereza de trato y la frialdad que había manifestado a monsieur de Nemours cuando creía que la carta de madame de Thémines era para él y qué calma y dulzura habían sucedido a su disgusto al convencerse de que en la carta no tenía él la menor intervención. Cuando pensaba que el día precedente se había reprochado como un crimen las demostraciones de sentimiento que sólo la compasión pudo inspirarle, y que por su irritabilidad había dado muestras de celos que constituían una prueba

cierta de su pasión, no se reconocía la misma; cuando pensaba en monsieur de Nemours veía con buenos ojos que ella conociera su amor, y que también ella, a pesar de este conocimiento, no le trataba mal hallándose ante su marido, sino que, al contrario, habíale tratado más cariñosamente que nunca; que por su culpa ella había tenido que enviarle a buscar y que acababan de pasar toda una tarde reunidos, juzgaba haberse puesto de acuerdo con monsieur de Nemours para engañar a su marido, que era el que menos lo merecía de todos los maridos del mundo, y eso hacía sentirse avergonzada e indigna de la estimación del hombre que la amaba. Pero lo que le resultaba más insoportable era el recuerdo de lo sufrido durante la pasada noche y los acerbos dolores causados por la equivocada idea de que monsieur de Nemours amaba a otra mujer.

Hasta aquel punto no había conocido las angustias mortales de la desconfianza y los celos; sólo había pensado en vencer el amor de monsieur de Nemours y aún no había comenzado a temer que él pudiese amar a otra. Y, aunque se hubiesen extinguido las sospechas que le había infundido la carta, no dejaba de pensar en las consecuencias de un engaño ni de sentir una desconfianza y unos celos que jamás hasta entonces sintiera. La sorprendía que no se le hubiese ocurrido antes cuán increíble era que un hombre como monsieur de Nemours, que siempre había demostrado tanta ligereza en su trato con las mujeres, fuese capaz de sentir un afecto sincero y durable. Consideraba casi imposible sentirse satisfecha de su pasión; pero, aun cuando lo estuviera –se preguntaba–, ¿qué debía hacer? Sufriarla en silencio? ¿Corresponder a su amor? ¿Dejarse arrastrar por una galantería? ¿Faltar a la fidelidad que debía a su marido? ¿Faltar al respeto que se debía a sí misma? ¿Exponerse, en fin, a los crueles remordimientos y los dolores que proporciona el amor? “Me siento vencida y dominada por una inclinación que me atrae a pesar de mi resistencia; todas mis resoluciones son inútiles; pienso hoy lo mismo que ayer y, sin embargo, haga todo lo contrario de lo que ayer resolví. Es preciso sustraerme a la presencia de monsieur de Nemours, que me marche al campo, por extraño que parezca mi viaje; y si mi marido se empeña en oponerse o en querer desentrañar los motivos que tengo para ello, tal vez cometa un daño para los dos al comunicárselos.” Aferrada a esta resolución, permaneció durante toda la tarde en su casa, sin ir a enterarse de las consecuencias que para la delfina había tenido la falsa carta del vidamo.

Al regresar monsieur de Clèves aquella noche, le habló de marcharse a la campiña para combatir el mal que sentía con el cambio de aires. Monsieur de Clèves, quien, a juzgar por el aspecto físico de su mujer, no creía que su mal fuese de importancia, recibió con burlas la proposición del viaje, respondiéndole que olvidaba las nupcias de las princesas y el torneo que se iba a celebrar, haciéndole presente que a última hora no dispondría de bastante tiempo para prepararse y poder presentarse con la magnificencia

que las otras damas de la corte. Las razones de su marido no la hicieron variar de propósito por lo que le rogó accediese a que, mientras él acompañaba al rey a Compiègne, la dejase marchar a Coulommiers, una hermosa posesión que estaban construyendo a una jornada de París.

Monsieur de Clèves consintió, y ella partió dispuesta a retardar su regreso. El rey marchó a Compiègne, donde debía permanecer muy pocos días.

A monsieur de Nemours le causaba el más vivo dolor no haber podido ver a madame de Clèves después de aquella tarde que pasó tan agradablemente a su lado y que de tal modo había acrecentado sus esperanzas. La impaciencia que sentía por verla no le daba punto de reposo, y por eso, al regresar el rey a París, resolvió trasladarse a casa de su hermana la duquesa de Mercoeur, que vivía en la campiña, muy cerca de Coulommiers.

Monsieur de Nemours invitó al vidamo de Chartres a que le acompañara en esa excursión, y al aceptar el otro vio el cielo abierto, porque yendo con él podría fácilmente ver a madame de Clèves, a cuya casa iría con el vidamo.

La duquesa de Mercoeur los recibió con grandes muestras de alegría y desde el momento de su llegada sólo pensó en hacerles grata su estancia allí y proporcionarles todos los placeres que la campiña brinda al viajero. Yendo a cazar ciervos, monsieur de Nemours se extravió en el bosque y, al procurar orientarse sobre el camino que debía seguir para su regreso, supo que estaba próximo a Coulommiers. Al oír este nombre, no se detuvo ante ninguna reflexión y, sin saber siquiera cuál era su deseo, marchó a galope hacia el punto que le habían indicado. En pleno bosque se dejaba llevar por caminos bien cuidados que creyó debían conducirle al castillo. Al finalizar estas sendas encontróse ante un pabellón cuya parte baja estaba formada por un gran salón con dos dependencias contiguas, una de las cuales daba a un jardín de flores apenas separado del bosque por empalizadas, y la otra a una de las grandes avenidas del parque. Entró en el pabellón y hubiéras dedicado a contemplar las bellezas que ofrecía su decorado, de no haber visto venir por la avenida del parque a monsieur y madame de Clèves, acompañados de buen número de criados. Como no esperaba encontrarse con monsieur de Clèves, a quien había dejado con el rey, su primer movimiento fue ocultarse y penetró en la dependencia que daba al jardín de flores con el propósito de ganar la puerta que conducía al bosque; pero, viendo que monsieur de Clèves y su mujer se sentaban a la sombra del pabellón y que los criados esperaban en el parque y no podían llegar a él sin pasar ante los señores, no pudo sustraerse al placer de admirar a la princesa ni resistir a la curiosidad de escuchar la conversación que sostenía con su marido, que era quien más celos le infundía entre todos sus rivales.

Y desde su escondite oyó que monsieur de Clèves decía a su mujer:

-Pero ¿por qué no queréis regresar a Paris? ¿Quién os puede retener en la campiña? Desde hace algún tiempo demostráis una afición a hallaros sola que me asombra y aflige, porque eso nos separa. Os encuentro más triste que de costumbre y temo que abriguéis algún motivo de disgusto.

-No tengo ningún motivo de tristeza –respondió ella, no sin cierto embarazo-, pero me aturdo tanto en la corte y hay siempre tanta gente en nuestra casas, que es imposible que el cuerpo y el espíritu dejen de fatigarse y no ansíen un poco de reposo.

-El reposo –respondió el marido –no es lo más indicado para una mujer de vuestra edad. Dadas nuestras condiciones de vida, no puede proporcionaros ninguna fatiga nuestra casa ni la corte, y antes que eso creeré que lo que pasa es que no estáis satisfecha de mi.

-Cometeríais una injusticia monstruosa si abrigarais semejante pensamiento –contestó ella con un temblor más pronunciado en la voz-, pero os suplico que me dejéis permanecer aquí. Me causaría mucha alegría poder acompañaros, con tal que procurarais vivir solo, aislado de ese número infinito de personas que no os abandonan casi nunca.

-¡Ah! –exclamó monsieur de Clèves-. Ese tono y esas palabras me demuestran, señora, que no os faltan motivos para desear la soledad y, como no los conozco, os invito a que me los comunicuéis.

Durante un buen rato le suplicó sin conseguir arrancarle una palabra; y ella, tras excusarse de un modo que no hizo más que aumentar la curiosidad de su marido, cayó en un profundo silencio, con la mirada fija en el suelo. De súbito, díjole clavando en él la mirada:

-No me obliguéis a confesaros una cosa que no he tenido bastante fuerza para comunicárosla, aunque lo he intentado varias veces. Pensad solamente que la prudencia no quiere que una mujer de mi edad y dueña de sus actos esté expuesta a los peligros de la corte.

-¡Qué es lo que me hacéis sospechar! –gritó monsieur de Clèves-. No os lo diré, por miedo a ofenderos.

Madame de Clèves guardó el más impenetrable silencio y su mutismo contribuyó a confirmar lo que su marido sospechaba.

-Nada me contestáis –añadió-, y eso es decirme que no me equivoco.

-Pues bien, esposo mío –respondió entonces, arrojándose a sus pies-, voy a haceros una confesión que jamás se hizo a ningún marido; pero la inocencia de mi conducta y la pureza de mis intenciones me dan derecho a ello. Es cierto que tengo motivos para alejarme de la corte y que quiero evitar los peligros que allí corren las damas de mi edad. Jamás he dado pruebas de debilidad ni temo darlas si vos me dejáis en libertad para retirarme de la corte, donde podría continuar si contase con el apoyo de madame de Chartres y sus buenos consejos. Por desagradable que sea la determinación que tomo, la adopto con alegría, porque me permitirá conservarme digna de vos. Os pido mil perdones si en cuanto digo hay algo

que os disguste; pero, al menos, tened por cierto que nunca os he de disgustar por mis acciones, y que para hacer lo que hago es necesario profesar al marido el mayor respeto y cariño que se le pueda tener. Aconsejadme, tened piedad de mí y amadme, si es que podéis amarme todavía.

Monsieur de Clèves permaneció durante toda esta relación con la cabeza apoyada entre las manos, fuera de sí y sin atreverse a interrumpir a su mujer. Al escuchar estas palabras y verla arrodillada a sus pies, con los ojos arrasados en lágrimas y admirablemente hermosa, se inclinó hacia ella par levantarla, diciéndole mientras la abrazaba:

-Sois vos la que ha de compadecerme; digno de ello soy. Perdonadme si en los primeros momentos de una aflicción tan honda como la mía no he respondido como merecéis por vuestra conducta. Me parecíais más digna de cariño y admiración que todas las mujeres del mundo, pero al mismo tiempo considerábame como el hombre más desgraciado que jamás haya existido. Desde el momento que os conocí, me inspirasteis el amor más exaltado, amor que subsiste todavía y que no han podido extinguir vuestros desdenes ni vuestra posesión; yo no he podido inspiraros nunca el menor cariño, y ya veo que lo que teméis es sentirlo por otro. ¿Y quién es, esposa mía, el feliz mortal que os infunde ese temor? ¿Desde cuándo os ha impresionado? ¿Qué ha hecho para seros grato? ¿Qué camino ha seguido para llegar a vuestro corazón? Yo me consolaba en cierto modo pensando que el no haberle impresionado se debía a que vuestro corazón era incapaz de serlo. Pero ahora ha conseguido otro hombre lo que yo no pude, y siento a la vez los celos de un marido y los de un amante; pero, conocido vuestro proceder, no es posible sentirlos como marido. Ha sido demasiado noble vuestra conducta para que no me dé una seguridad completa; hasta como amante me consolaría. La confianza y la sinceridad que me habéis demostrado tienen un precio incomparable para mí; vos me queréis lo bastante para esperar que no abuse de la confesión que me habéis hecho. Tenéis toda la razón imaginable, amada mía, y, además de no prevalerme por lo que me habéis dicho, no os amaré menos que antes. Me habéis hecho desgraciado con la mayor prueba de fidelidad que jamás haya dado una mujer a su marido; pero acabad y decidme quién es el que ha querido apartaros de vuestros deberes.

-Os suplico que no me pidáis eso –le respondió ella-; estoy resuelta a no decíroslo, ni la prudencia me aconseja que os confiese ese nombre.

-No temáis nada –observó monsieur de Clèves-; conozco al mundo lo suficiente para no ignorar que la consideración al marido no impide que se esté enamorado de su mujer. Se debe odiar a los que lo están, y no condolerse por serlo. Os pido una vez más que me digáis lo que quiero saber.

-Es inútil –replicó ella-; callaré lo que no os debo decir. Si os he hecho esta confesión, comprended que no ha sido por debilidad, pues hace falta más valor para decir la verdad que para ocultarla.

Monsieur de Nemours no perdía una sílaba de esta conversación, y cuanto había dicho madame de Clèves no le proporcionaba menos celos que a su marido. Estaba tan locamente enamorado de ella, que creía que todo el mundo debía estarlo también. En realidad, eran varios sus rivales; peor él se los imaginaba más numerosos y su espíritu obstinábese en buscar al que madame de Clèves podía aludir con sus palabras. Diferentes veces había tenido ocasión para pensar que no le era desagradable, pero este juicio se fundaba sobre cosas que ahora le parecían tan superficiales, que no creía posible haberle sugerido una pasión que, por los extraordinarios remedios que exigía, debía ser muy violenta. Quedóse tan trastornado, que apenas se daba cuenta de lo que ante sus ojos se desarrollaba; y lo que no podía perdonar a monsieur de Clèves era no haber insistido bastante para arrancar a su mujer el nombre que ella se había negado a decir.

Sin embargo, monsieur de Clèves hacía todo lo posible por averiguarlo, y tanto insistió, que ella no pudo menos de atajarle, diciéndole:

-Me parece que debéis estar contento de mi sinceridad; no me preguntéis más si no queréis darme motivos para que me arrepienta de lo que acabo de hacer; contentaos con saber que ninguna de mis acciones ha reflejado mis sentimientos, y que nada me han dicho que pudiera ofenderme.

-¡Ah! –exclamó de repente monsieur de Clèves -. Yo no puedo creerlo. Recuerdo el mal rato que pasasteis la noche en que se perdió vuestro retrato. Vos fuiste, vos, la que dio aquel retrato que tanto estimaba y tan legítimamente me pertenecía; no habéis podido ocultarme vuestros sentimientos; estáis enamorada, y eso se sabe; la virtud os ha salvado hasta aquí.

-Pero ¿es posible –gritó la princesa- que podáis pensar que no os he dicho la verdad al haceros una confesión a la que nada me obligaba? Creed en mis palabras; he pagado muy cara la confianza que os pido. Creedme; os juro que yo no he dado mi retrato. Verdaderamente, vi cómo lo cogían; pero no quise decir nada por no arriesgarme a tener que oír cosas que no se habían atrevido a decirme.

-¿Cómo os habían hecho comprender que os amaban –preguntó monsieur de Clèves- y qué muestras de pasión os han dado?

-Evitadme el dolor le replicó ella- de tener que recordar detalles que me avergüenzan sólo por haberlos adivinado.

-Tenéis razón –añadió él-; soy injusto y os autorizo para que os neguéis a responder siempre que os pregunte algo semejante; pero no os ofendáis si alguna vez lo hago.

En ese momento varios de los criados que habían permanecido por allí se acercaron para advertir a monsieur de Clèves que acababa de llegar un



gentilhombre para ordenarle, de parte del rey, que se encontrase aquella noche en París. Monsieur de Clèves se vio obligado a marchar sin poder decir a su mujer nada más que la esperaba al día siguiente y que podía estar convencida de que, por acongojado que él estuviese, no dejaría de sentir por ella una ternura y una estimación que la debían tener satisfecha.

Cuando partió el príncipe y se quedó sola, ella reflexionó sobre cuanto acababa de suceder, tan impresionada, que apenas podía imaginar que aquello fuese verdad. Consideraba que se había enajenado el corazón y el cariño de su marido, y despeñado en un abismo del que ya no le era posible salir. Preguntábase si en realidad había hecho una cosa tan aventurada, y dábase cuenta de que se había lanzado al peligro sin el menor deseo de afrontarlo. La singularidad de semejante confesión, de la que no conocía ejemplo, revelábase la magnitud del riesgo que corría.

Pero cuando pensaba que ese remedio, por violento que le pareciera, era el único que la podía defender contra monsieur de Nemours, juzgaba que no debía arrepentirse de lo hecho y que no era muy aventurada su decisión. Durante toda la noche la asaltaron la incertidumbre, la turbación y el temor; pero, al fin, volvió la calma a su espíritu. Entonces experimentó cierto dulzura por el testimonio de fidelidad que había dado a un marido, quien tanto lo merecía por el cariño que le profesaba, como habíale demostrado en la manera de recibir su confesión.

Mientras tanto, monsieur de Nemours había salido del sitio desde donde escuchó una conversación que le hería tan a lo vivo, adentrándose en el bosque. Lo que madame de Clèves dijo de su retrato le devolvió la vida, porque le demostraba que no le aborrecía. En un principio se entregó al júbilo que le proporcionaba tal pensamiento; pero su alegría se desvaneció al pensar que, lo mismo que le permitía creer que madame de Clèves abrigaba por él cierta simpatía, debíale convencer también de que no recibiría jamás la menor prueba de estimación por parte de una mujer que no dudaba en recurrir a un remedio tan extraordinario para evitar la presencia de un hombre. Sin embargo, sentía mucho haber motivado tan extremados propósitos y le enorgullecía haberse hecho amar de una mujer tan distinta a todas las de su sexo; finalmente, considerábase feliz y desgraciado al mismo tiempo. La noche le sorprendió en medio del bosque y, pasó muchos afanes antes de acertar con la senda que tenía que conducirle a casa de su hermana. Llegó al despuntar la aurora y se encontró en una situación hartamente apurada al tener que explicar la causa de su retraso. Se excusó como pudo, y el mismo día regresaba a París en compañía del vidamo.

Monsieur de Nemours era tan esclavo de su pasión y estaba tan sorprendido por lo que había escuchado, que incurrió en la imprudencia de hablar en términos generales de sus sentimientos particulares y contar sus propias aventuras sin más variantes que las de los nombres. Como una

sombra que sigue al cuerpo, acabó por hablar del amor, exagerando el placer de saberse amado de una persona tan digna de serlo. A continuación habló de los extraños efectos de esa pasión, y, por último, no pudiendo encerrar en sí mismo su asombro por la acción de madame de Clèves, refirióla al vidamo, aunque sin nombrar la persona ni decirle que él tuviese parte alguna; pero se la contó con tanto calor y tanta admiración, que al vidamo le fue fácil sospechar que la historia interesaba al príncipe de un modo directo. Insistió mucho para que se la confesara, diciéndole que hacía mucho tiempo que adivinaba en él una pasión violenta y que era injusto desconfiar de un hombre que le había confesado el mayor secreto de su vida.

Amaba demasiado monsieur de Nemours para comunicar a alguien su amor; hasta al mismo vidamo, que era quien más confianza le inspiraba entre los cortesanos, se lo había ocultado siempre. Así que le respondió que tal aventura se la había referido un amigo, quien le había rogado que guardase el secreto, lo que él no pudo sino prometer. El vidamo le aseguró entonces que no diría nada a nadie; no obstante, monsieur de Nemours se arrepintió de haberle dicho tanto.

Monsieur de Clèves, como dejamos narrado, había ido en busca del rey con el corazón atravesado por un dolor mortal. Jamás marido alguno había sentido una pasión tan desatada por su mujer ni la había amado tanto. Lo sabido poco antes no le arrancaba su cariño, si bien era distinto al que hasta entonces sintiera. Lo que más le turbaba era el ansia de saber quién había sabido interesar a su esposa. Pronto se le ocurrió pensar en monsieur de Nemours como el hombre más sugestivo de la corte, y en el caballero de Guisa y el mariscal de Saint-André, de los que sabía que se habían propuesto enamorar a su mujer, a la cual seguían dispensando las mayores atenciones; de manera que conveniéndose de que debía ser uno de estos tres. Cuando llegó al Louvre, el rey le condujo a su gabinete para anunciarle que le había escogido como acompañante a la princesa en su viaje a España, por creer que nadie como él cumpliría ese cometido y que ninguna dama honraría a Francia como madame de Clèves.

Monsieur de Clèves recibió como debía el honor de esta designación, que se le presentaba como lo único que alejaría a su mujer de la corte sin que revelase un cambio en su conducta; sin embargo, la fecha del viaje estaba aún bastante lejos para constituir una solución para sus apuros. Al momento escribió a su mujer para comunicarle lo que el rey le había dicho, rogándole al mismo tiempo que regresara inmediatamente a París.

Regresó, como la ordenaba el marido, y al verse sintieron dominados por una tristeza extraordinaria.

Monsieur de Clèves le habló como el hombre más honrado del mundo, mostrándose digno del proceder de su esposa.

-Vuestra conducta –le dijo- no me inspira ninguna inquietud; tenéis más fuerza de voluntad y sois más virtuosa de lo que os imagináis; no es el miedo al porvenir lo que me aflige, sino saber que ha penetrado en vuestro corazón un sentimiento que yo no logré infundiros.

-No sé qué contestaros –dijo ella-; sólo sé que al hablaros me muero de vergüenza; evitadme, os lo suplico, estas conversaciones tan crueles; trazad mi línea de conducta; haced que no vea a nadie; esto es todo lo que os pido. No me juzguéis mal porque no os quiera hablar de una cosa que me hace tan poco digna de vos y que yo considero indigna de mí.

-Tenéis razón –replicó él-; abuso de vuestra bondad y vuestra confianza; pero compadecedme al menos por el estado a que me habéis reducido y tened presente que, además de lo que me habéis dicho, ocultáis un nombre que me obsesiona hasta no dejarme vivir. No os exijo que satisfagáis mi curiosidad, pero tampoco puedo dejar de deciros que los únicos a quienes hago capaces de inspirarme celos son el mariscal de Saint-André, el duque de Nemours y el caballero de Guisa.

-A eso nada he de responder –le contestó ella sonrojándose-, y no os he de dar el menor pretexto para que con mis respuestas podáis afirmar o desechar tales sospechas; pero si intentarais descubrirlas observándome, me colocaríais en una situación tan embarazosa, que no podría disimularla ante los ojos del mundo. En el nombre del cielo, permitid que, fingiéndome enferma, no vea a nadie.

-No, esposa mía; bien pronto se descubriría el engaño; además, yo tengo plena confianza en vos; ése es el camino que el corazón y la razón me aconseja seguir. Dada vuestra disposición de ánimo, sólo dejándoos en completa libertad es como os sujetaré a los límites más estrechos que pudiera prescribiros.

Monsieur de Clèves no se equivocaba; la confianza que demostraba a su mujer la fortalecía mucho más contra monsieur de Nemours y le hacía tomar resoluciones más austeras que las que ninguna imposición hubiera conseguido. Así que ella volvió a presentarse en el Louvre y en el palacio de la delfina como de ordinario, pero evitando siempre la presencia y las miradas del duque de Nemours de tan rigurosa manera, que no tardó éste en abandonar la satisfacción que antes le proporcionaba creerse amado de tan admirable mujer. Ninguna de sus acciones le convencían de lo contrario. Ni sabía si en realidad había sido todo un sueño: tan poco verosímil juzgaba lo pasado. El único detalle que le aseguraba no haberse equivocado era la extrema tristeza que madame de Clèves revelaba, por muchos esfuerzos que hiciera para disimularla; y tal vez las miradas y palabras obsequiosas y corteses no contribuyeran tanto a aumentar el amor de monsieur de Nemours como su nueva y prudente conducta.

Una noche en que los señores de Clèves se hallaban en el palacio de la reina, alguien de los allí congregados anunció que corría el rumor de que el

rey pensaba nombrar a otro grande la corte para que acompañase también a la princesa en su viaje a España. Monsieur de Clèves fijó la mirada en su mujer al decirle que tal vez fueran el mariscal de Saint-André o el caballero de Guisa, comprobando que ni tales nombres ni semejante proposición la conmovían en absoluto, que le era indiferente que alguno de éstos pudiese hacer un viaje con ella. Esto le hizo creer que ninguno de los dos era la causa de las intranquilidades de su mujer. Deseoso de aclarar sus sospechas, penetró en el gabinete de la reina, donde se hallaba el rey. Después de algún tiempo volvió al lado de su mujer y le dijo en voz baja que era el duque de Nemours el que iría con ellos a España.

El nombre de monsieur de Nemours y el temor de verse expuesta a verle a cada momento durante su largo viaje y en presencia de su marido, causaron a madame de Clèves tal turbación, que no le fue posible dominarse; y, como si a ello quisiera atribuir otras razones, contestó:

-El nombramiento de ese príncipe es muy desagradable para vos. Todos los honores serán para él, y por eso me parece que deberíais conseguir que fuese otro el elegido.

-No es el miedo a perder la gloria del viaje –le replicó él- lo que os obliga a pedir que monsieur de Nemours no venga con nosotros. La pena que refleja vuestro rostro proviene de otra cosa. Esa pena me dice lo que yo hubiera sabido de otra mujer por la alegría que hubiese recibido. Pero no temáis nada; lo que os he dicho no es la verdad; es un recurso que he empleado para convencerme de algo que tenía por demasiado cierto.

Dichas estas palabras, abandonó la estancia por no aumentar con su presencia el disgusto que tenía su mujer.

En aquel instante se presentó monsieur de Nemours, quien al punto se dio perfecta cuenta del estado en que se hallaba madame de Clèves. Aproximóse a ella y en voz baja le dijo que, por respeto, no se atrevía a preguntarle qué la tenía más meditabunda que de costumbre. La voz de monsieur de Nemours la arrancó de su ensimismamiento, y mirándole sin haber comprendido lo que acababa de decirle, dominada por sus propios pensamientos y por el temor de que su marido la sorprendiera con él, le dijo:

-¡Por Dios, dejadme tranquila!

-No hago más, señora –le respondió-, que respetar vuestra tranquilidad. ¿De qué podéis quejaros? No me atrevo a hablaros ni a miraros siquiera; cuando me acerco a vos, lo hago temblando. ¿Cómo he podido merecer lo que me habéis dicho? ¿Y por qué me dais a entender que yo tengo alguna parte de culpa en vuestro sufrimiento?

A madame de Clèves le disgustó haber dado pie par que monsieur de Nemours se explicara con mayor claridad que hasta entonces. Sin contestar una sola palabra, volvióle la espalda y regresó a su casa con el espíritu más turbado que nunca. Su marido advirtió en seguida que volvía más agitada,

comprendiendo que no deseaba oírle hablar de lo que había sucedido entre ambos. Ella se encerró en su gabinete, donde al poco penetró él.

-No huyáis de mí –le dijo-; nada he de decir que pueda molestaros. Os pido perdón por la sorpresa que he podido causaros hace un momento; bastante castigo representa haberme enterado de todo. Entre todos los hombres, era monsieur de Nemours el que más temor me infundía. Ya veo el peligro que corréis. Tened la suficiente fuerza de voluntad para resistir el mal, por vuestra propia estimación y, a ser posible, por mi amor. No os lo pido como marido, sino como hombre que cifra en vos su felicidad y que os profesa una pasión más tierna y honrada que la que pueda sentir el preferido de vuestro corazón.

Monsieur de Clèves se hallaba tan conmovido, que apenas pudo acabar estas palabras. Su mujer quedó tan impresionada, que, deshaciéndose en lágrimas, se abrazó a él con una ternura y un dolor tales, que no parecía menos afectada que su marido. Durante algún tiempo estuvieron sin decirse nada, y al separarse les faltó valor hasta para pronunciar las obligadas palabras de despedida.

Los preparativos para la boda de la princesa habían acabado. El duque de Alba llegó para asistir a sus esponsales, siendo recibido con toda la magnificencia y las brillantes ceremonias que le correspondían en ocasión semejante. Precedían al rey el príncipe de Condé, los cardenales de Lorena y de Guisa, los duques de Lorena, de Ferrara, de Aumale, de Bouillon, de Guisa y de Nemours, a los que acompañaban algunos gentileshombres y gran número de pajes vestidos de librea. El mismo rey esperaba al duque de Alba en la primera puerta del Louvre, con los doscientos gentilhombres a su servicio, presididos por el condestable. Cuando el duque estuvo cerca, quiso abrazar al rey por las rodillas, pero el rey lo impidió y le hizo marchar a su lado hasta llegar a las habitaciones de la reina y de la princesa, a la que el duque de Alba hizo un magnífico presente por parte de su señor. Seguidamente se trasladó a la residencia de la princesa Margarita, hermana del rey, para ofrecerle sus respetos en nombre del duque de Saboya, para cuya llegada faltaban sólo unos días. Después se celebraron grandes fiestas en el Louvre para presentar todas las bellezas de la corte al duque de Alba y al príncipe de Orange, que le acompañaba.

Madame de Clèves no se atrevió a faltar por no contradecir a su marido, que se lo ordenó de un modo terminante; pero lo que más la decidió a asistir fue la ausencia de monsieur de Nemours, que había ido a recibir al duque de Saboya, y una vez llegado este príncipe quedó obligado a permanecer constantemente a su lado para ayudarle en todos los preparativos concernientes a su boda. Esto hizo que madame de Clèves no le encontrara con la acostumbrada frecuencia, lo que no dejaba de proporcionarle algún descanso.

El vidamo de Chartres no había olvidado la conversación sostenida con monsieur de Nemours, y en su espíritu guardaba la convicción de que la aventura que le había referido era algo que le había ocurrido a él. Habíale observado con tanta atención, que seguramente hubiera descubierto la verdad si la llegada del duque de Alba y del duque de Saboya no hubiesen introducido en las costumbres cortesanas un cambio que hizo imposible toda averiguación. El ansia de aclarar el misterio o, mejor dicho, la natural inclinación que se siente de referirlo todo a la persona que se ama, hizo que contase a madame de Martigues la extraordinaria acción de la dama que había confesado a su marido el amor que sentía por otro hombre, asegurándole que era monsieur de Nemours quien había sabido inspirar esta pasión tan violenta y rogándole que se dedicara con él a observar todos los detalles de la vida de este príncipe. Madame de Martigues se interesó en seguida por lo que le decía el vidamo; pero lo que aumentaba su interés por penetrar en el secreto de esta aventura era la curiosidad que la delfina había demostrado siempre en todo lo relacionado con monsieur de Nemours.

Pocos días antes de la fecha indicada para la ceremonia del matrimonio, la reina delfina dio una cena en honor del rey, su suegro, y de la duquesa de Valentinois. Madame de Clèves, que se había detenido en su tocado, llegó al Louvre más tarde que de costumbre. A su llegada encontró un gentilhomme que iba en su busca de parte de la delfina, la cual la esperaba en su cámara con mucha impaciencia.

-Creo –le dijo, bromeando, al saludarla- que no debo agradeceros esta impaciencia, porque sin duda, señora, obedece a alguna otra causa ajena al deseo de verme.

-Tenéis razón –replicó la delfina-; no obstante, me la debéis agradecer, porque quiero comunicaros una aventura que seguramente os gustará conocer.

Madame de Clèves se aposentó al pie de donde se hallaba tendida la delfina, de espalda a la luz, afortunadamente para ella.

-Ya recordaréis –comenzó diciendo la delfina- el interés que teníamos por descubrir el motivo del cambio de carácter que observamos en el duque de Nemours. Pues bien, ya creo saberlo, y esto es una cosa que os sorprenderá. Está perdidamente enamorado y es correspondido por una de las más hermosas damas de la corte.

Tales palabras, que madame de Clèves no podía atribuirse por creer que todos ignoraban que ella amase al príncipe, le causaron un dolor que es fácil imaginar.

-Nada veo en eso –respondió –que deba sorprender, tratándose de un hombre de la edad y las condiciones de monsieur de Nemours.

-Es que no es precisamente esto lo sorprendente –observó la delfina-, sino saber que esa dama no ha dado a monsieur de Nemours ninguna muestra de su cariño y que el miedo a no poder dominar su pasión ha hecho

que se lo confesar a su marido con el fin de que la sacara de la corte. Es el propio monsieur de Nemours quien ha referido esto que os digo.

Si madame de Clèves pudo experimentar al principio alguna contrariedad por creer que no tenía ninguna intervención en esta aventura, las últimas palabras de la delfina la arrastraron a la desesperación, al tener la certeza de la mucha parte que tomaba en ella. Quedó con la cabeza apoyada sobre el canapé, sin poder contestar, y gracias a que la delfina continuó hablando como si pesara las palabras que decía, no se dio cuenta del efecto que causaba. Al reponerse un poco de su emoción, atajó a la delfina, diciéndole:

-Esta historia no me parece muy real, y quisiera, señora, saber quién os la ha contado.

-Ha sido madame de Martigues –respondió la delfina-, que se la ha oído al vidamo de Chartres. Ya sabéis que está enamorado de ella, y sólo como un secreto le ha revelado esto que él sabía por el mismo monsieur de Nemours, si bien era cierto que no le había dicho el nombre de la dama ni confesado que fuese él el ser amado; pero el vidamo de Chartres no abriga ninguna duda sobre eso.

Cuando la reina delfina pronunció estas palabras, se oyeron los pasos de alguien que se aproximaba. Madame de Clèves estaba sentada de manera que no podía ver al que se acercaba, pero lo adivinó al exclamar la delfina con aire de alegría y sorpresa:

-Es él, y voy a preguntarle de quién se trata.

Madame de Clèves comprendió que era el duque de Nemours el que acababa de llegar. Sin volver la cabeza, aproximóse precipitadamente hacia la delfina para rogarle en voz baja que se abstuviera de hablar sobre la aventura que él había confiado al vidamo de Chartres, porque tal vez pudiera enzarzarlos en alguna cuestión. La delfina contestóle riendo que era demasiado prudente, y volvióse hacia el duque, ya ataviado para la fiesta de aquella noche, y el cual, hablando con la gracia que constituía su mayor encanto, dijo:

-Creo, señora, que no es una temeridad suponer que hablabais de mí y que deseáis preguntarme alguna cosa, a lo que se opone madame de Clèves.

-Es verdad –respondió la delfina-, pero no quisiera complacerla en esta ocasión, como siempre he hecho. Quiero saber de vos si es cierta una historia que me han contado y si no sois el enamorado y amado de una dama de la corte que, habiéndoos ocultado su pasión, ha terminado por confesarla a su marido.

La turbación y perplejidad de madame de Clèves pasaban de todo lo imaginable, y seguramente hubiera encontrado agradable la muerte de sobrevenirle en aquel instante; pero la situación de monsieur de Nemours aún era más embarazosa si cabe. Las palabras de la delfina, que le daban motivos para creer que resultaba un hombre odioso, en presencia de madame de Clèves, única dama de la corte que le merecía a ella absoluta

confianza, a la que había correspondido siempre la bella princesa, provocaron en el duque tan gran confusión y extraños pensamientos, que le fue imposible dominar la expresión de su rostro. La difícil situación en que por su falta había puesto a madame de Clèves, así como la convicción de haberle dado motivos para que le odiara, causábanle tal dolor, que no le permitía contestar.

La delfina, viendo a qué punto llegaba su turbación, exclamó dirigiéndose a madame de Clèves:

-Miradle, miradle y juzgad si no es él el protagonista de esta historia.

Monsieur de Nemour pudo reaccionar de su primera turbación y dándose perfecta cuenta de la importancia que para él tenía salir de un paso tan peligroso, logró, con un supremo esfuerzo, devolver la serenidad a su espíritu y a su rostro.

-Os confieso –le contestó- que no puede haberme sorprendido y afligido más la infidelidad de que me ha hecho objeto el vidamo de Chartres al referir la aventura de uno de mis amigos que yo le había confiado. Yo podría vengarme de él –añadió sonriendo con un aire tranquilo que casi la convencieron de que sus sospechas eran infundadas-, pues me ha comunicado secretos de extraordinaria importancia; pero lo que ignoro, señora, es por qué me hacéis el honor de mezclarme en esta aventura; el vidamo no puede decir que he intervenido en ella, porque yo le he asegurado lo contrario. Me puede convenir la condición de hombre amoroso, pero ni vos ni nadie puede concederme la de hombre amado.

Al príncipe le causó cierto placer decir a la delfina algo que tuviera relación con lo que en otro tiempo le manifestara, a fin de arrancar de su espíritu los pensamientos que aún pudiera abrigar.

Ella comprendió la intención de lo que decía, pero, sin hacer hincapié en ello, prosiguió gozándose en evidenciarle la dificultad en que se hallaba.

-Si he podido turbarme, señora –le respondió él-, ha sido por mi amigo, al pensar en los justos reproches que hubiera podido hacerme de haber referido yo algo que le es máspreciado que la propia vida. Sólo me lo ha dicho a medias y sin confiarme el nombre de la persona que ama; únicamente sé que es el hombre más enamorado del mundo y el más digno de lástima.

-¿Le consideráis digno de lástima porque es amado? –replicó la delfina.

-Tal vez lo sea –respondió él-; pero ¿cómo es posible creer que una mujer que sienta una verdadera pasión la pueda descubrir a su marido? Sin duda una mujer así no sabe lo que es el amor, y lo que haya podido sentir por el hombre que tanto cariño le demostrara no pasaría seguramente de un leve reconocimiento. Mi amigo no puede envanecerse de tener alguna esperanza; pero, por desgraciado que sea, considérase dichoso sólo con haber impresionado a su amor, y no se cambiaría por el amante más feliz del mundo.



-Vuestro amigo siente una pasión bien fácil de satisfacer –dijo la delfina-, y ya comienzo a creer que lo que deseáis es no hablar de vos. No importa – siguió diciendo- que yo disienta de la opinión de madame de Clèves, que sostiene que esa aventura no puede haber ocurrido.

-Efectivamente, creo que no es cierta- repuso madame de Clèves, que hasta entonces había guardado silencio-; y, aun suponiendo que haya podido ocurrir, ¿por qué medios se hubiera podido averiguar? No cabe suponer que una dama capaz de cosa tan extraordinaria tenga después la debilidad de hacerla pública; tampoco es posible creer que lo dijera el marido, a no ser que fuese un marido indigno de la conducta que se había observado con él.

Monsieur de Nemours se apresuró a aceptar la posibilidad que lo dijera el marido, convencido como estaba de que era éste el rival más temible que tenía que vencer.

-Los celos –añadió- y la curiosidad por averiguar algo más de lo que se le ha dicho, bien pueden contribuir a la imprudencia de un marido.

Madame de Clèves se hallaba en el último extremo de su fuerza y su valor, y, no pudiendo soportar aquella conversación, iba a decir que se encontraba indispuesta, cuando vino a salvarla la presencia de la duquesa de Valentinois, quien anunció a la delfina que el rey estaba a punto de llegar. La delfina pasó a su gabinete para terminar su tocado y monsieur de Nemours salió al paso de madame de Clèves al notar que iba a seguirla.

-Señora, daría mi vida –le dijo- por hablaros un momento; pero, de todas las cosas importantes que yo pudiera deciros nada me lo parece tanto como aseguraros que, si algo he dicho que pueda interesar a la delfina, lo he hecho por razones que no tienen ninguna relación con ella.

Madame de Clèves fingió no comprender lo que le decía monsieur de Nemours y separóse de él sin mirarle para ir hacia el rey, que acababa de entrar. Como la enojaba la mucha concurrencia de invitados que habíase congregado allí, se enredó adrede entre sus vestidos y dio un traspie, sirviéndole eso de pretexto para salir de un sitio donde no quería permanecer. Y, fingiendo un fuerte dolor que le impedía sostenerse se retiró a su casa.

Cuando monsieur de Clèves llegó al Louvre, sorprendióse mucho al no encontrar a su mujer. Al enterarse del accidente que había sufrido, marchó en su busca para conocer su estado. La encontró acostada, y ella misma le anunció que lo ocurrido carecía de importancia. Hallábase ya un buen rato a su lado, cuando se sorprendió al ver su extremada tristeza.

-¿Qué tenéis? –le preguntó-. Me parece que sentís otro dolor más acerbo que el que motiva vuestras lamentaciones.

Me aqueja la mayor aflicción de mi vida –le respondió-. ¿Qué habéis hecho de la confianza extraordinaria, o, mejor dicho, de la loca confianza que puse en vos? ¿No merecía que guardaseis el secreto? Y, aun cuando no

lo mereciera, ¿no os aconsejaba guardarlo vuestro interés? ¿Puede justificar vuestro deseo de conocer un nombre que no debo descubrirlos el confiaros a otra persona aun a riesgo de revelar lo todo? Tal vez haya sido esa curiosidad la que os ha llevado a cometer tan grave imprudencia, cuyos resultados pueden ser harto crueles. Esa aventura es del conocimiento público y hace un momento me la han referido sin saber que era yo la que tomó parte principal en su desarrollo.

-¿Qué es lo que decís? –exclamó fuera de sí-. ¿Me acusáis de haber dicho lo que pasó entre nosotros al anunciarme que se ha sabido aquel lance? No hay nadie que pueda acusarme de ello; aquí no cabe creer otra cosa que la de haberos aplicado vos misma lo que se decía de otros.

-¡Ah! –exclamó ella-. Pero ¿es posible que se haya registrado en el mundo un caso semejante al mío? No hay, no puede existir otra mujer capaz de hacer lo que yo he hecho con vos. No se puede atribuir su invento al azar; jamás se hubiera podido imaginar cosa parecida, y tal idea no ha podido apoderarse de otro espíritu que el mío. La delfina acababa de referirme toda esa aventura; ella la ha sabido por el vidamo de Chartres, a quien se la narró monsieur de Nemours.

-¡Monsieur de Nemours! –profirió monsieur de Clèves con un ademán que revelaba su disgusto y desesperación-. ¡Cómo! ¿Pero monsieur de Nemours sabe que le amáis y que yo lo sé?

-Siempre nombráis a monsieur de Nemours antes que a otro –replicó ella-; ya os anuncié que nada os diría que alimentase tales sospechas. Ignoro si monsieur de Nemours sabe la parte que yo he tomado en esta aventura y la que vos le habéis concedido; pero, al referirla al vidamo de Chartres, le dije que a él se la había contado uno de sus amigos, el cual no le dio a conocer los nombres de los protagonistas. Ese amigo de monsieur de Nemours ha de ser necesariamente uno vuestro a quien vos debisteis exponerle algo, tal vez para que os aconsejara.

-¿Es que hay algún amigo a quien pueda hacerle tal confianza y de quien esperásemos el descubrimiento de nuestras sospechas a cambio de enterarle de cosas que quisiéramos ocultar a nosotros mismos? –preguntó monsieur de Clèves-. Pensad más pronto en alguien al que vos hayáis podido hablar, porque antes que por mí ese secreto ha debido conocerse por alguna indiscreción vuestra. Tal vez porque, no habiendo podido resistir la indecisión es que vivíais, debisteis de buscar algún confidente con el cual desahogaros y que después os ha traicionado.

-No queráis desesperarme –gritó ella- y no cometáis la crueldad de acusarme de una falta que sólo vos habéis cometido. ¿Es que podéis sospechar de mí? ¿Acaso porque fui capaz de hablaros me creéis capaz de hablar a otro?

La confesión que madame de Clèves había hecho a su marido constituía un testimonio tan irrevocable de sinceridad y anulaba de un modo tan

definitivo la suposición de haberse confiado a un extraño, que monsieur de Clèves no sabía qué pensar. Por otra parte, él estaba convencido de no haber dicho nada a nadie, y también de que no era cosa que pudiera saberse por adivinación; sin embargo, se sabía, y necesariamente por uno de los dos; pero lo que le proporcionaba mayor disgusto era saber que el secreto estaba en poder de alguien y que, a juzgar por las apariencias, no tardaría en ser divulgado.

Madame de Clèves pensaba casi las mismas cosas; tenía igualmente por imposible que su marido hubiese hablado. Lo que dijo monsieur de Nemours respecto a la curiosidad que a veces lleva a un marido a cometer serias imprudencias, le parecía tan apropiado al estado de su marido, que no podía aceptar que la casualidad lo hubiese descubierto todo; y esta posibilidad determinábala a creer que monsieur de Clèves había abusado de la confianza que puso en él.

Andaban tan preocupados tanto el uno como el otro, que estuvieron sin hablarse durante algún tiempo, no abandonando este silencio sino para volverse a decir las mismas cosas de siempre y para quedar con el corazón y el espíritu más distanciados y alterados que antes.

Es fácil imaginar en qué estado pasaron la noche. Monsieur de Clèves había agotado toda su energía en afirmar que era muy desgraciado al ver que su adorada esposa amaba a otro. No le quedaba valor para seguir lamentándose, ni esperaba encontrarlo en un asunto que perjudicaba su reputación y quebrantaba su honor. No sabía qué pensar de su mujer, ni acertaba en la conducta que debía hacerle seguir, ni en cómo debía conducirse él mismo, y en su azoramiento sólo hallaba precipicios y abismos. Al fin, tras honda agitación y prolongada incertidumbre, viendo que estaba próximo su viaje a España, decidió sustraerse a todo lo que pudiera aumentar las sospechas o el conocimiento de su desventurada situación. Al cabo fue en busca de madame de Clèves para decirle que ya no se trataba de descubrir quién de los dos había faltado al secreto, sino de hacer ver que la historia que se había contado era una fábula en la que ella no tenía la menor parte; que de ella dependería persuadir a monsieur de Nemours y a los demás; que sólo le correspondía tratar a este hombre con la severidad y la indiferencia que debía dispensarle por haberse atrevido a testimoniarle su amor; que, procediendo así, sería fácil acabar con la opinión de que ella sentíase inclinada hacia él; que no tenía por qué afligirse de cuanto se hubiera podido pensar, porque, en el caso de que después demostrara alguna debilidad, todos sus esfuerzos quedarían fácilmente anulados; y que, sobre todo, precisaba que se presentara en el Louvre y asistiera a todas las reuniones, como de ordinario.

Después de estas advertencias dejó a su mujer sin esperar respuesta. Madame de Clèves encontró muy razonable cuanto acababa de decirle su marido, y la misma cólera que sentía contra monsieur de Nemours hacía

creer que le sería fácil ejecutar todo lo indicado, aunque no dejaba de comprender que le sería difícil asistir a la muchas ceremonias que tenían que celebrarse con motivo de las bodas reales y presentarse con una cara tranquila y un espíritu libre de preocupaciones; no obstante, como era la designada para llevar la cola de la delfina, para lo que había sido preferida entre todas las princesas, no había medio de renunciar a tal honor sin provocar muchas murmuraciones y dar pie a que se quisiera averiguar las razones. Resolvióse, pues, a hacer un esfuerzo sobre sí misma, y lo que restaba del día lo dedicó a los preparativos y a librarse a fuerza de suspiros del sentimiento que la embargaba.

Encerrada en su gabinete, aprovechó las horas de soledad para lamentarse de lo que más dolor le causaba: tener motivos de queja contra monsieur de Nemours y no encontrar el medio de justificarle ante sus ojos. No podía dudar de que fue él quien refirió la aventura al vidamo de Chartres; él mismo habíalo confesado; como tampoco podía dudar, por la manera como había hablado, de que no supiera que la aventura se refería a ella. ¿Cómo excusar tan gran imprudencia? ¿Y qué había sido de la extremada discreción del príncipe, que tanto le impresionaba? “Ha sido discreto –se decía mentalmente- mientras se creyó desgraciado; pero ha bastado una esperanza de felicidad, aún incierta, para que su discreción desapareciese. Al creerse amado, quiso que los otros lo supieran. Ha dicho todo lo que podía decir; yo jamás he divulgado que es él a quien yo amaba: sólo sospecharlo ha bastado para que hiciera públicas sus sospechas. De haber tenido la certeza, no hubiera procedido de modo muy distinto. Yo estaba en un error al suponerle capaz de ocultar algo que pudiera satisfacer su orgullo. Y por ese hombre, que yo veía tan diferente del resto de los hombres, me encuentro como las otras mujeres, siendo tan distinta a las demás. He perdido el amor de un hombre que debía hacer mi felicidad y no tardaré en ser considerada como una mujer víctima de una loca y violenta pasión. No ignoro quién es el que ha sabido inspirármela. ¡Y pensar que por evitar estas desventuras he arriesgado mi felicidad y hasta mi vida!”

Estas tristes reflexiones eran acompañadas de un torrente de lágrimas, y, a pesar de su profundo dolor, no dejaba de comprender que hubiera podido soportarlo de haberle satisfecho la conducta de monsieur de Nemours.

No era más tranquilo el estado en que se hallaba este príncipe. La imprudencia que había cometido al hablar al vidamo de Chartres y las crueles consecuencias de semejante imprudencia dábanle un disgusto mortal. Le abrumaba el recuerdo de la turbación y tristeza en que había visto a madame de Clèves. Hallábase inconsolable por haberle hablado de tal aventura en términos que, siendo galantes, parecieronle groseros y poco corteses en tal momento, por haber dado a entender a madame de Clèves que no desconocía la violenta pasión que por él abrigaba. Todo lo que podía desear era sostener una conversación con ella. Conversación que, por

otra parte, más debía temer que desear. “¿Qué podría decirle? –se preguntaba-. ¿Insistir sobre lo que tantas veces le he indicado? ¿Me atrevería a decirle que me ama cuando no me he atrevido a comunicarle que la amo? ¿Comenzaría a hablarle abiertamente de mi pasión con el fin de presentarme como un hombre alentado por la esperanza? ¿Puedo pensar en acercarme a ella y exponerla al disgusto de sostener mi mirada? ¿Cómo podía justificarme? No tengo excusa; soy indigno de que me mire madame de Clèves y espero que no vuelva a mirarme en su vida”.

“Con mi falta le he proporcionado mejores armas para luchar contra mí que las que buscaba, y que tal vez hubiera buscado inútilmente. Por mi imprudencia he perdido la felicidad y la gloria de ser amado por la más gentil y admirable mujer. Me consolaría pensar que he perdido esta felicidad sin proporcionarle el menor sufrimiento, sin haberle dado un dolor mortal, y siento más en este momento el daño que le he causado, que todo lo que yo pueda sufrir”.

Monsieur de Nemours estuvo atormentándose largo tiempo con estos pensamientos. Le asaltaba a cada momento la necesidad de hablarle, y, no encontrando medio de conseguirlo, se decidió a escribirle; pero, al coger la pluma, pensó que, después de la falta que había cometido y dado su estado de ánimo, lo mejor que podía hacer era testimoniarle un profundo respeto por su aflicción y su silencio, haciéndole ver que no se atrevía ni a presentarse ante ella, y esperar a que el tiempo, el azar y la simpatía que ella le profesaba pudieran colocarle en una situación más favorable. También resolvió no exponer ninguna queja al vidamo de Chartres por lo infiel que le había sido, por miedo a afirmar sus sospechas.

Los esponsales de la princesa, señalados para el otro día, y la boda, que debía celebrarse al siguiente, ocupaban de tal modo la atención de la corte, que madame de Clèves y monsieur de Nemours pudieron ocultar su tristeza sin el menor contratiempo. La delfina apenas aludió, en sus entrevistas con madame de Clèves, a la conversación que habían sostenido con monsieur de Nemours, y su marido afectaba haber olvidado lo ocurrido, por lo que ella no experimentó los sinsabores que había temido.

Los esponsales celebráronse en el Louvre, y después del festín y del baile toda la familia real fue a dormir al palacio del obispo, como era costumbre. A la mañana siguiente el duque de Alba, que siempre había vestido con harta sencillez, se presentó ostentando un rico traje bordado en oro en el que se combinaban el color de fuego, el negro y el amarillo, cuajado de pedrería. Sobre su cabeza lucía una corona. El príncipe de Orange también se había ataviado de un modo espléndido. Todos los españoles que formaban la embajada, seguidos de sus servidores, recogieron al duque de Alba en el palacio de Villeroy, donde se alojaba, y marcharon, formando filas de a cuatro, hacia el obispado. Apenas llegados allí, formóse la comitiva con arreglo al orden establecido para trasladarse a la iglesia. El

rey acompañaba a la princesa, que lucía sobre sus sienes una corona real, llevándole la cola las jóvenes duquesas de Montpensier y de Longueville; la reina seguía a continuación, pero sin corona. Después marchaban la delfina, la hermana del rey, la princesa de Lorena y la reina de Navarra, cuyos mantos eran sostenidos por hermosas princesas. Las reinas y las princesas habían vestido a sus hijas con suma magnificencia y con los mismos colores que ellas, de manera que se conocía de quién eran hijas por el color de sus trajes. La comitiva se instaló en una especie de tribuna levantada en el interior del templo y las dos bodas se verificaron acto seguido sin el menor incidente.

La comitiva regresó después al obispado, donde tenía que celebrarse la comida de honor.

Eran las cinco cuando todos marcharon al palacio, donde tenía que verificarse un espléndido festín al que estaban invitados las cortes soberanas y el Ayuntamiento. El rey, las reinas, los príncipes y las princesas comieron alrededor de una gran mesa de mármol instalada en el centro de la gran sala de palacio, sentándose el duque de Alba al lado de la nueva reina de España.

Más allá de la mesa de mármol y a la izquierda del rey estaba la mesa destinada a los embajadores, príncipes de la Iglesia y altas dignidades, y en el lado opuesto la mesa señalada para los parlamentarios.

El duque de Guisa, vestido con un traje recamado en oro, estaba a las órdenes inmediatas del rey; el príncipe de Condé era su panetero y el duque de Nemours su escanciadore.

Terminado el banquete fueron retiradas las mesas y comenzó el baile, que sólo se interrumpía para entregarse todos a otras diversiones, reanudándose después. Mediaba la noche cuando el rey y las personas reales regresaron al Louvre. Por triste que estuviera madame de Clèves, no dejó de parecer a todo el mundo, y particularmente al duque de Nemours, de una belleza incomparable. No obstante presentársele algunas ocasiones, evitó dirigirle la palabra, aunque dio muestras de tal tristeza y tan respetuoso temor de aproximarse a ella, que madame de Clèves creyó que no debía considerarle muy culpable, por más que no le hubiera dicho ninguna palabra para justificarse. Durante los días siguientes observó la misma conducta, sin dejar de producir el mismo efecto en el corazón de madame de Clèves.

Llegó el día del torneo. Las reinas ocuparon los puestos que se les había destinado en las galerías y en las tribunas.

Los cuatros mantenedores aparecieron al final de la liza rodeados de tantos caballeros que ofrecían un espectáculo más maravilloso que se había visto en Francia.

El rey no ostentaba más colores que el blanco y el negro, que siempre llevaba a causa de la viudedad de la duquesa de Valentinois. El duque de

Ferrara y su séquito lucían el amarillo y el rojo; el caballero de Guisa, blanco y encarnado, sin que se supiera por qué hacía uso de estos colores; alguien dijo que eran los de una dama a la que amara de jovencita y a la que seguía amando, aunque sin atreverse a manifestárselo; el duque de Nemours ostentaba el amarillo y el negro, los motivos de lo cual indagáronse inútilmente. Madame de Clèves no tuvo que hacer mucho esfuerzo para adivinarlo, al recordar que una vez había dicho, estando él delante, que le gustaba el amarillo y que no podía emplearlo en su atavío a causa de ser rubia. El príncipe creyó discreto escoger estos colores porque, no empleándolos madame de Clèves, nadie podría sospechar que fuesen suyos.

Los cuatros mantenedores hacían gala de una gracia y destreza jamás vistas, y aunque el rey fuese el mejor jinete de su reino, no se sabía a quién conceder la ventaja. Monsieur de Nemours demostraba tales atractivos y ejercía tal sugestión en todos sus ademanes, que aun otras personas menos interesadas que madame de Clèves se hubiesen inclinado por él. Tan pronto como le vio aparecer, sintióse dominada de una emoción extraordinaria, y al final de todas sus felices correrías apenas le fue posible disimular su satisfacción.

Anochece ya y todos se disponían a retirarse cuando, para desgracia del Estado, se le ocurrió al rey romper otra lanza.

Este deseo le llevó a ordenar al conde de Montgomery, acreditado entre los más expertos, que se pusiera en guardia. El conde suplicó al rey que le dispensara, alegando para ello las más convincentes razones; pero el rey, montando el cólera, le apremió a obedecerle. La reina intervino para rogar al rey que se abstuviera de lidiar de nuevo, pues, por lo bien que había cumplido durante el torneo, no le faltaban motivos para sentirse satisfecho. A las súplicas de la reina para que volviera a su lado, contestó el rey que deseaba batirse todavía sólo por su amor. Y, sin atender sus insistentes ruegos, volvió al palenque.

La reina envió entonces al duque de Saboya para pedirle por segunda vez que volviera a su lado, pero fue inútil. El rey espoleó su caballo, cruzáronse las lanzas y, al romperse la del conde de Montgomery, fue a clavarse una de las astillas en un ojo del rey, que cayó sin sentido. Sus escuderos y monsieur de Montmorency, uno de sus mariscales de campo, corrieron hacia él. Al recogerle del suelo, sorprendiéronse al verle tan malherido; pero el rey quitó importancia al accidente, diciendo que perdonaba al conde de Montgomery.

Es fácil imaginar la confusión y el disgusto que causó este accidente en una jornada destinada a la fiesta. El rey fue transportado a su lecho y, al examinarle, los médicos convinieron en que la herida era de mucho cuidado. El condestable recordó entonces la predicción que se hizo al rey

de que moriría en un duelo, y no dudaba de que la predicción estaba a punto de cumplirse.

Al enterarse del accidente, el rey de España, que se hallaba en Bruselas, envió a su médico, que gozaba de gran reputación, y el cual al reconocerle, dio por perdida toda esperanza.

Una corte tan dividida por intereses opuestos no podía menos que sentirse hondamente agitada en vísperas de tan grave acontecimiento; sin embargo, todas las corrientes permanecían ocultas y lo único que parecía preocupar y extender la inquietud era la salud del rey. Tanto las reinas como príncipes y las princesas apenas salían de la antecámara.

Madame de Clèves no ignoraba que le correspondía encontrarse allí; pero, por no ver a monsieur de Nemours, temiendo no poder disimular ante su marido la turbación que la vista de aquel hombre le causaría, y comprendiendo que sólo la presencia de monsieur de Nemours le justificaría ante sus ojos y destruiría todas sus resoluciones, optó por fingirse enferma. La corte estaba demasiado preocupada para fijarse en su conducta y averiguar si su mal era falso o verdadero. Sólo su marido podía saber la verdad; pero no le molestaba que él la conociera. Así es que madame de Clèves permanecía en su casa ajena al gran cambio que se preparaba, sólo entregada a sus propios pensamientos. Todo el mundo se congregaba en el palacio real en busca de noticias, de las que ella se informaba por su marido, que la visitaba a determinadas horas. Dispensábale el mismo trato de siempre, exceptuando los momentos en que hallándose solos tuvieron que decirse algo más frío y ceremonioso. El no volvió a hablarle de lo pasado y ella no tuvo el valor necesario ni juzgó oportuno reanudar aquella conversación.

El duque de Nemours, que esperaba encontrar ocasiones de hablarle, quedó dolorosamente sorprendido al ver que no podría entrevistarse con madame de Clèves.

El rey se había agravado de tal modo, que una semana después del accidente se hallaba en trance desesperado. Cuando los médicos anunciaron que era inútil intentar nuevos remedios, el rey recibió la noticia de su próxima muerte con un valor extraordinario, tanto más admirable cuanto perdía la vida por un accidente tan desgraciado y en la flor de su edad, feliz, adorado por su pueblo y amado por una mujer a la que quería con locura. La víspera de su muerte hizo que se celebrara la boda de su hermana con el duque de Saboya, sin ceremonia alguna.

La duquesa de Valentinois estaba desesperada. La reina no le permitía ver al rey y, además, le envió recado para que le devolviera los sellos del rey y las joyas de la corona que ella guardaba. La duquesa preguntó si el rey había muerto ya, y al responderle que no, contestó:

-En mí no manda nadie todavía y nadie me puede obligar a devolver lo que la confianza del rey ha puesto en mis manos.



Apenas expiró el rey en el castillo de Tournelles, los duques de Ferrara, de Guisa y de Nemours condujeron al Louvre a la reina madre, al rey y a la reina su mujer. Monsieur de Nemours acompañaba a la reina madre. Cuando habían comenzado a andar, retrocedió ésta unos pasos para decir a su nuera que era ella la que debía ir delante, pero fácil era ver que había más aspereza que dulzura en semejante cumplido.

## **CUARTA PARTE**

El cardenal de Lorena se había hecho dueño absoluto del espíritu de la reina madre. El vidamo de Chartres perdió toda consideración por parte de la reina, y el amor que sentía por madame de Martigues y su ansia de libertad, hicieron que no experimentara por ello el menor disgusto. Durante los diez días que duró la enfermedad del rey, el cardenal de Lorena tuvo tiempo para trazar sus planes y hacer tomar a la reina las resoluciones que convenían a sus proyectos, entre ellas las de ordenar, apenas expiró el soberano, que el condestable permaneciera en el castillo de Tournelles, junto al rey difunto, para dirigir las ceremonias correspondientes. Esta obligación le alejaba de todo y le privaba de libertad para obrar.

Inmediatamente envió el condestable un propio al rey de Navarra exponiéndole la necesidad de que se presentara en la corte sin pérdida de tiempo con el fin de oponerse los dos al entronizamiento de los duques de Guisa, que laboraban con tal fin y no sin buen resultado.

La reina puso en manos del duque de Guisa el mando de los ejércitos y la hacienda en las del cardenal de Lorena. La duquesa de Valentinois fue expulsada de la corte y pronto aparecieron en ella el cardenal de Tournon, enemigo declarado del condestable, y el canciller Olivier, adversario irreconciliable de la duquesa de Valentinois. En la corte todo había cambiado de aspecto. El duque de Guisa adquirió el mismo derecho que los príncipes de sangre real para llevar el manto del rey en las fúnebres ceremonias; él y sus hermanos se hicieron los amos de la situación, no sólo por el ascendiente que el cardenal de Lorena ejercía sobre la reina, sino porque ésta esperaba deshacerse fácilmente de ellos en el caso de que llegaran a hacerle sombra, lo que no podría conseguir con el condestable, con contaba con el apoyo de los príncipes de sangre real.

Cuando hubieron acabado los funerales presentóse en el Louvre el condestable, que sólo mereció por parte del rey una acogida glacial. Al mostrarle sus deseos de hablarle privadamente, el rey llamó a los duques de Guisa y ante ellos le aconsejó que lo mejor era que se dedicara al descanso, por cuanto estaba concedido el mando de los ejércitos y designado el

director de la hacienda pública, prometiéndole que solicitaría sus consejos cuando tuviera necesidad de sus servicios.

La reina madre la dispensó un recibimiento más frío todavía y hasta llegó a hacerle cargos por haberle dicho al difunto rey que sus hijos no se le parecían en nada.

El rey de Navarra no obtuvo una acogida más favorable al llegar a la corte. El príncipe de Condé, más puntilloso que su hermano, habló recio y fuerte; pero sus lamentaciones fueron inútiles, y no tardó en ser alejado de la corte con el pretexto de enviarle a Flandes para que fuera uno de los firmantes de la ratificación de la paz. Al rey de Navarra se le enseñó una carta apócrifa del rey de España en la que se le acusaba de haber intentado algunas empresas para apoderarse de sus plazas; se le hizo temer por sus tierras, y, finalmente, se le hizo marchar a la región de Béarn, con el encargo de conducir a la princesa Isabel, obligándosele, no obstante, a emprender el viaje antes que ella.

De este modo, no quedó nadie en la corte que pudiera oponerse al poder de la casa de Guisa.

Por enojoso que resultase a monsieur de Clèves el hecho de impedirle acompañar a la princesa Isabel, no encontró fundada ninguna queja por la grandeza de aquel por el que se le había preferido; pero sus lamentaciones obedecían menos al disgusto que le proporcionaba haber sido privado de tan alto honor, que al deseo de alejar a su mujer de la corte sin que, al parecer, fuera esto cosa de su voluntad.

Pocos días después de la muerte del rey resolvióse que la corte se trasladase a Reims para asistir a la consagración del nuevo rey. Apenas se habló de este viaje, madame de Clèves, que continuaba recluida en su casa fingiéndose enferma, rogó a su marido que accediera a que ella no acompañase a la corte, para poder marchar a Coulommiers en busca de aire puro y reponer su salud. Le contestó él que no quería averiguar si era por motivos de salud el rehuir tal viaje; pero que, de todas maneras, consentía que no lo realizara. En verdad, no tuvo que hacer el menor esfuerzo para consentir una cosa que tenía ya resuelta; pues, por muy favorable que fuese su opinión respecto a la virtud de su mujer, parecía un acto prudente no exponerla por más tiempo a las miradas de un hombre al que amaba.

Monsieur de Nemours no tardó en enterarse de que madame de Clèves no seguiría a la corte, y como no podía resolverse a partir sin antes verla, esperó la víspera de la marcha para visitarla lo más tarde que las buenas formas permitieran, con el fin de encontrarla sola a ser posible. La fortuna favoreció sus propósitos. Al llegar a la puerta encontróse con madame de Nevers y madame de Martigues que salían y que le anunciaron haber dejado sola a la princesa. La turbación y el temblor que sentía al subir sólo podían ser comparados con los que madame de Clèves experimentó al comunicarle un criado que monsieur de Nemours deseaba verla. El temor

de que sólo le hablase de su pasión, el miedo a responderle de un modo hartamente favorable, la inquietud que tal entrevista podría proporcionarle a su marido, la pena de tener que darle después cuenta de la misma o de ocultársela, fueron reflexiones que conturbaron su espíritu de tal manera, que no vaciló en evitar lo que tal vez deseaba más, resolviendo enviar a una de sus doncellas para decir a monsieur de Nemours, que esperaba en la antecámara, que habíase sentido repentinamente aquejada de su dolencia y le disgustaba mucho tener que renunciar al honor de recibirle.

¡Qué dolor para el príncipe no poder ver a madame de Clèves por resistirse ella a que la viese! Marchaba al día siguiente y no era posible esperar nada de la casualidad. Desde que habló con ella en casa de la delfina, no había logrado volver a verla, y eso le daba pie para creer que la falta cometida al confiar sus secretos al vidamo de Chartres bastaba para destruir todas sus esperanzas.

Monsieur de Nemours salió de aquella casa con el alma transida de pena.

Tan pronto como madame de Clèves se rehízo de la sorpresa que le había causado el anuncio de la visita del príncipe, extinguiéronse todos los temores que la impulsaron a no recibirle; hasta se acusaba de haber cometido un yerro, y, de haber estado a tiempo, aún hubiera hecho llamarle.

Las duquesas de Nevers y de Martigues marcharon desde allí a la residencia de la reina delfina, donde se encontraba monsieur de Clèves. Preguntóles la delfina de dónde venían y respondieronle que de madame de Clèves, en cuya casa pasaron parte de la tarde con otras muchas damas de la corte allí congregadas y donde sólo había quedado, al marcharse ellas, monsieur de Nemours. Estas palabras, que ellas creían indiferentes, no lo eran para monsieur de Clèves, quien, aún sabiendo que monsieur de Nemours podía encontrar con frecuencia ocasiones de hablar con su mujer, no le era dable a soportar la idea de que él hubiese quedado solo con su esposa, a la que tal vez le hablara de su amor, lo que en tal momento le parecía una cosa tan nueva y tan intolerable, que los celos le asaeteaban el corazón con mayor violencia que nunca. Siéndole imposible permanecer por más tiempo en el palacio de la reina, se dispuso a regresar a su casa sin saber si lo que él deseaba era precisamente interrumpir aquella entrevista. Al hallarse próximo a su casa no dejaba de mirar a todas partes por si algún detalle le indicaba que monsieur de Nemours permanecía en ella todavía. Al saber que ya no estaba, experimentó mucho consuelo y le fue agradable pensar que la conversación no había sido larga. Imaginó entonces que pudiera ser injustificados los celos que le inspiraba monsieur de Nemours, y aunque poseía la certeza de ello, érale grato poder acariciar alguna duda; pero convencíanle tantas cosas de lo contrario, que no abrigó mucho tiempo la duda que deseaba tener.

Monsieur de Clèves fue directamente a la cámara de su esposa y, tras hablarle de cosas indiferentes, no pudo sustraerse a preguntarle qué había hecho y a quién había visto durante el día. Al darle cuenta de todo sin nombrarle a monsieur de Nemours, le preguntó, con vacilante voz, si no recordaba haber visto a nadie más, con el fin de darle ocasión para nombrar al príncipe y evitarle el dolor de tener que descubrirle sus sagacidades y disimulos; pero, como ella no le había visto, resistíase a pronunciar su nombre, por lo que monsieur de Clèves, con un tono de voz que revelaba su amargura, la interrogó, diciendo:

-¿Y a monsieur de Nemours? ¿Es que no le habéis visto, o es que le habéis olvidado?

-En efecto, no le he visto –respondió–; encontrándome indispuesta, he enviado a una de mis doncellas para excusarme.

-¿Os encontrabais mal para él cuando habíais recibido a todo el mundo? –replicóle monsieur de Clèves-. ¿Por qué no le tratáis como a cualquier otro? ¿Por qué temer su presencia? ¿Por qué demostrarle que no podéis resistir sus miradas? ¿Por qué darle a entender que os valéis del poder que su pasión os da sobre él? ¿Os atreverías a cerrarle las puertas si no supieseis que sabe distinguir entre vuestros rigores y la descortesía? Pero ¿Por qué habéis de tener con él esos rigores? A una persona como vos, todo le favorece, menos la indiferencia.

-no creo –contestó madame de Clèves- que, por mucho que sospechéis de monsieur de Nemours, podáis hacerme ningún cargo por no haberle recibido.

-Sin embargo, esposa mía, puedo hacéroslos y no sin fundamento. ¿Por qué negaros a recibirle, siendo así que no se ha atrevido a deciros nada en absoluto? Pero él debe de haberos hablado, ya que si sólo hubiese empleado el silencio para testimoniaros su pasión, no os hubiera impresionado tanto. Lo que pasa es que no me habéis dicho la verdad entera, que me ocultáis la mayor parte de lo sucedido; estáis arrepentida de haberme dicho tan poco y os falta valor para completar vuestra confesión. ¡Soy mucho más desdichado de lo que creí, soy el más desgraciado de los hombres! Sois mi mujer, os amo con toda mi alma y sé que amáis a otro; ese otro es el hombre más atrayente de la corte y os ve cada día, sin que ignore que le queréis. ¡Cómo he podido creer que os sobrepusierais a la pasión que sentís por él! Es preciso haber perdido la razón para creer en eso.

-No sé –repuso ella tristemente- si habéis cometido un error al juzgar favorablemente una acción tan extraordinaria como la mía, pero tampoco sé si yo me he equivocado al suponeros capaz de hacerme justicia.

-No lo dudéis –respondió monsieur de Clèves -: os habéis equivocado. Esperabais de mí cosas tan imposibles como las que yo esperaba de vos. ¿Cómo podíais esperar que yo conservase la razón? ¿Habíais olvidado que

os amaba con locura y que era vuestro marido? Uno de los dos ha llevado las cosas a tal extremo, que ya no pueden marchar unidas. Yo estoy en posesión de sentimientos violentos e inciertos que no puedo dominar. No me considero ya digno de vos ni me parecéis digna de mí. Os adoro y al mismo tiempo os aborrezco; os ofendo y os pido perdón; os admiro y me avergüenzo de admiraros. En resumen, en mí son imposibles la calma y la razón. No sé como he podido sobrevivir a la confesión de Coulommiers y más después del día en que la delfina os habló de vuestra aventura. No puedo adivinar por qué medio se ha sabido eso, no lo que habrá pasado entre vos y el duque de Nemours; vos no me lo explicaréis nunca, ni yo os pido que me lo expliquéis; sólo os digo que me habéis hecho el hombre más desgraciado del mundo.

Monsieur de Clèves salió de su casa una vez dichas estas palabras, y partió al día siguiente con la corte sin ir a verla; pero le escribió una carta llena de tristeza, sinceridad y dulzura, a la que ella contestó con otra tan impresionante y llena de seguridades respecto a su pasada conducta y sobre la que observaría en el porvenir, que, por estar fundadas esas seguridades en la verdad y reflejar sus íntimos sentimientos, no pudo menos de conmover el alma de monsieur de Clèves y hacerle recobrar parte de la tranquilidad perdida; además, como monsieur de Nemours figuraba como él en el cortejo del rey, sentíase tranquilo al saber que no se hallaba en el mismo punto que su mujer. Lo que le hacía vivir menos preocupado de monsieur de Nemours era el recordar la pasión que su esposa le testimoniaba cada vez que hablaba con ella, la honestidad de su conducta, el cariño que le demostraba y la fidelidad con que cumplía sus deberes, cosas todas que le llegaban al corazón; pero, por lo general, esto no le duraba mucho tiempo y de nuevo se le aparecía la figura de monsieur de Nemours con más relieve que anteriormente.

Durante los primeros días del viaje apenas madame de Clèves echó de menos la ausencia de monsieur de Nemours; después lo consideró como algo cruel. Desde que había comenzado a amarle fue raro el día que no le asaltara el temor o la esperanza de encontrarle, y ahora producíale cierto malestar el saber que no era posible que la casualidad les ofreciera ocasión para un encuentro.

Madame de Clèves marchó a Coulommiers, adonde hizo llevar unos cuadros de gran tamaño que había hecho copiar de otros originales con los que la duquesa de Valentinois decoraba su magnífica residencia de Anet. Todos los acontecimientos notables registrados durante el anterior reinado servían de motivos de estos cuadros. Entre otros hechos, figuraba el sitio de Metz, y en él se reproducían con asombroso parecido cuantos personajes se distinguieron en aquella acción militar, sin excluir a monsieur de Nemours, cuyo retrato fue tal vez lo que indujo a la bella princesa a encargar las copias de tales cuadros.

Madame de Martigues, que no había podido marchar con la corte, le prometió ir algunos días a Coulommiers. La rivalidad que existía entre ambas por gozar del favor de la reina no consiguió que se envidiaran una a la otra ni que dejaran de mantener relaciones cordiales; pero, aunque eran amigas, no llegaron nunca a confiarse sus secretos. Madame de Clèves no ignoraba que madame de Martigues adoraba al vidamo de Chartres, y esta última desconocía que madame de Clèves amaba a monsieur de Nemours y éste la quería también. Su condición de sobrina del vidamo de Chartres contribuía al mayor afecto que le profesaba madame de Martigues, y madame de Clèves la estimaba porque, como ella, sentía pasión por un hombre, que era el amigo íntimo de su adorado.

Madame de Martigues se presentó en Coulommiers, como había prometido a madame de Clèves, encontrándola entregada a una vida de aislamiento. La princesa había buscado el modo de vivir en medio de la mayor soledad, y pasábase las noches paseando por el jardín sin que la acompañara ninguna de las personas de su servicio. El lugar preferido por ella era el pabellón donde le habló a su marido; también pasaba muchos ratos en el gabinete que daba al jardín. Sus doncellas y criados esperaban en el otro gabinete o bajo el pabellón, con orden de no presentarse ante ella hasta que los llamase. Madame de Martigues no había estado nunca en Coulommiers y quedó sorprendida ante las bellezas que encerraba, particularmente del buen gusto del pabellón, que ofrecía un amable refugio. Allí pasaba las tardes con madame de Clèves. La libertad que gozaba, el encanto de la noche y el hallarse solas en uno de los más bellos rincones de la tierra, hacían que no acabasen nunca las conversaciones de las dos jóvenes y hermosas damas que habían logrado inspirar tan fuertes pasiones entre los galanes de la corte; y, aunque evitasen hacerse ninguna confidencia, no dejaban de experimentar un vivo placer al hablarse. Madame de Martigues hubiera abandonado con pena aquel lugar a no ser porque se trasladaba a otro sitio donde encontraría al vidamo. Partió para marchar a Chambord, donde se encontraba la corte por entonces.

La coronación habíase celebrado en Reims con asistencia del cardenal de Lorena, trasladándose después la corte al reconstruido castillo de Chambord para pasar el resto del verano. La reina demostró la mayor alegría al volver a ver a madame de Martigues y, tras ofrecerle diversas pruebas de estimación, le preguntó por madame de Clèves y por la vida que llevaba en su retiro campestre. Monsieur de Nemours y monsieur de Clèves encontrábase entonces con la reina. Madame de Martigues, que había encontrado admirable la residencia de Coulommiers, explicó todas las bellezas de aquel lugar, haciendo una descripción tan detallada del pabellón construido en pleno bosque y extendiéndose en consideraciones acerca del placer que madame de Clèves encontraba en pasearse sola durante buena parte de la noche.

Monsieur de Nemours, que conocía bastante aquel lugar para comprender lo que decía madame de Martigues, pensó que no era empresa difícil ver por allí a madame de Clèves sin ser descubierto por ella. Y, con el propósito de trazar mejor su plan, dirigió algunas preguntas a madame de Martigues. Monsieur de Clèves, que le había observado mientras hablaba con madame de Martigues, creyó adivinar en aquel momento todo lo que pasaba en su espíritu. Las preguntas que acababa de formular convencieronle más todavía, de modo que no tenía ya la menor duda de que lo que deseaba era ver a su mujer. Y no se equivocaba en sus sospechas.

Este deseo había arraigado de tal manera en el corazón de monsieur de Nemours, que, tras haber pasado la noche pensando en los medios de que se valdría para llevar su propósito a la práctica, solicitó a la mañana siguiente autorización del rey para marchar a París, con un pretexto que él había inventado.

Monsieur de Clèves no vaciló en juzgar la finalidad de este viaje y decidióse a conocer la verdadera conducta de su esposa, para no vivir en la cruel incertidumbre que le atormentaba. Su anhelo era partir al mismo tiempo que monsieur de Nemours y, ocultándose, descubrir por sí solo el resultado que el otro pudiera alcanzar; pero, temeroso de que su viaje pareciera extraordinario y monsieur de Nemours, al conocerlo, adoptase otras medidas, llamó a un gentilhomme que estaba a su servicio y en cuya fidelidad y astucia tenía ilimitada confianza. Primeramente le habló de la situación en que se hallaba y de la virtuosa conducta que siempre había observado madame de Clèves, y tras esto le invitó a partir en seguimiento de monsieur de Nemours para saber con toda certeza si iba a Coulommiers y si penetraba en el jardín aprovechando las sombras de la noche.

El gentilhomme, muy capaz de Cumplir al pie de la letra semejante comisión, la llevó a cabo con toda la exactitud imaginable, siguiendo los pasos de monsieur de Nemours hasta llegar a una aldea que se hallaba a media legua de Coulommiers, donde se detuvo el duque a esperar, seguramente, a que sobreviniera la noche. Y, no considerando prudente esperar también en el mismo punto, abandonó la aldea para guarecerse en un lugar del bosque que él creyó paso obligado para monsieur de Nemours. No se equivocó en nada de lo que había imaginado. Apenas llegó la noche, oyó los pasos de un hombre en el que, a pesar de la oscuridad que reinaba, reconoció a monsieur de Nemours. Este dio primero la vuelta al jardín por si notaba en él la presencia de alguien y para escoger el sitio por donde podría saltar con menos riesgo. Las tapias eran altas, y tras éstas aún había otras para impedir la entrada en el jardín, de manera que por allí resultaba difícil abrirse paso. Monsieur de Nemours lo consiguió al cabo, y una vez en el jardín no tardó mucho en descubrir a madame de Clèves. En el gabinete había mucha luz y todas las ventanas estaban abiertas, y

deslizándose por junto a las tapias se aproximó hacia aquel punto con la emoción que es fácil imaginar.

Al refugiarse tras una de las ventanas que servían de puerta para ver lo que hacía madame de Clèves, descubrió que se hallaba sola. Al contemplar su belleza, apenas pudo contener el impulso de su corazón. Como el calor apretaba, hallábase con la cabeza al descubierto y los cabellos medio recogidos. Estaba recostada sobre un canapé, ante una mesa en que había varios cestillos de flores adornados con cintas, de las que escogió algunas, viendo con sorpresa monsieur de Nemours que eran de los mismos colores del traje que él había lucido en el torneo. Con las cintas hizo dos lazos en una rica y valiosa caña de Indias que él había llevado mucho tiempo y regalado a su hermana, a la cual se la pidió madame de Clèves sin demostrar ningún interés y simulando ignorar que había pertenecido a monsieur de Nemours.

Después que hubo acabado su obra con la gracia y la dulzura que reflejaban en su cara los sentimientos que abrigaba su corazón, cogió una luz y se dirigió hacia el cuadro que representaba el sitio de Metz, en el que figuraba el duque de Nemours. Ya sentada, se puso a contemplar su retrato con mucha atención y en una actitud soñadora que sólo la pasión podía inspirarle.

No se puede expresar lo que monsieur de Nemours sentía en tal momento. Ver en medio de la noche, en el más poético rincón del mundo, a la mujer que adoraba; verla sin ella saberlo, entregada a cosas relacionadas con la pasión que le tenía y que ocultaba, es algo que jamás experimentara ni imaginara ningún otro amante.

Estaba el duque tan fuera de sí, que permanecía inmóvil en su contemplación, sin pensar que los momentos eran preciosos. Cuando se repuso de su honda emoción, decidió esperar a que saliera al jardín para hablarle, convencido de que allí lo podría hacer con más seguridad por estar alejada de sus doncellas; pero, observando que no parecía dispuesta a salir del gabinete, tomó la resolución de entrar. Mas, cuando se dispuso a hacerlo, ¡cuál no sería su turbación! ¡Qué temor a disgustarla! ¡Qué miedo a hacer cambiar la placidez de su rostro por la severidad y la cólera!

En sus reflexiones consideraba una locura, no el haber ido a verla sin ser visto, sino el presentarse ante ella; comprendió entonces lo que hasta tal momento había escapado a su comprensión. Sorprender en medio de la noche a una mujer a la que nunca había expresado su pasión, parecía un acto audaz y extravagante. Imaginaba que no debía pretender que la escuchase y que sería justa su cólera por el peligro a que la exponía y las consecuencias que pudiesen sobrevenir. Faltándole el valor, estuvo varias veces resuelto a marcharse sin ser visto; pero, alentado el deseo de hablarle y reanimado por la esperanza que le infundía todo lo que había visto, avanzó algunos pasos, mas tan turbado, que una de las cintas del traje se



enganchó en la ventana con tan mala suerte, que hizo ruido. Madame de Clèves volvió la cabeza y, sea porque estuviese sugestionada por el recuerdo del príncipe o por hallarse él en sitio donde había bastante luz para poder distinguirlo, el caso es que ella le reconoció; y, con paso firme y sin volverse hacia donde él se hallaba, entró en el salón donde esperaban los criados presa de tal excitación, que para disimular creyó conveniente decir que se encontraba mal, y también para entretener en torno suyo a sus servidores y dar tiempo a monsieur de Nemours para retirarse.

Al reflexionar sobre lo sucedido, creyó que se había equivocado, atribuyendo a un efecto de su imaginación el haber visto a monsieur de Nemours. Sabía que se encontraba en Chambord y no le suponía capaz de una empresa tan arriesgada. Varias veces le asaltó el deseo de volver al gabinete y salir al jardín por si encontraba a alguien. Tal vez deseaba tanto como temía encontrarse con monsieur de Nemours; pero, en fin, la razón y la prudencia vencieron sus otros sentimientos, y comprendió que era mejor continuar en la duda, que aventurarse a encontrarle. Tardó mucho en decidirse a salir de un lugar del que tal vez no estuviese lejos monsieur de Nemours, y amanecía casi cuando regresó al castillo.

Monsieur de Nemours permaneció en el jardín mientras la luz estuvo encendida, sin abandonar la esperanza de ver nuevamente a madame de Clèves, aun convencido de que, al reconocerle, salió del gabinete sólo por evitar su presencia. Al cerrar las puertas los criados, desechó toda esperanza y volvió tras sus pasos en busca del caballo que había dejado sujeto muy cerca del lugar donde esperaba el gentilhomme enviado por monsieur de Clèves. El mismo gentilhomme le siguió hasta la aldea de la cual saliera al anoecer. Monsieur de Nemours se resolvió a pasar allí el día con el fin de volver por la noche a Coulommiers para ver si madame de Clèves insistía en la crueldad de huir o evitaba exponerse a ser vista. Por muy agradablemente que le impresionara encontrarla tan ocupada en su recuerdo, le amargaba todavía más el natural impulso que descubrió en ella al huir.

Nunca había sentido el príncipe una exacerbación tan grande de su amor como entonces. Bajo unos sauces que crecían en la ribera de un riachuelo que discurría tras la casa donde se ocultaba, encontró amable refugio, alejándose todo lo posible para no ser visto ni oído por nadie. Allí se entregó a los transportes de su amor y hasta tuvo que derramar algunas lágrimas para desahogar la pena que le oprimía su corazón; pero esas lágrimas no sólo respondían a su estado aflictivo, sino también a su dulzura y a ese encanto que sólo se encuentra en el amor.

Mentalmente repasó todas las acciones de madame de Clèves desde que se hubo enamorado. ¡Qué rigor honesto y respetuoso le había dispensado siempre a pesar de amarle! “Porque ella me ama –se decía-; me ama, y de ello no me cabe ninguna duda. Los más firmes juramentos y los más

grandes favores no son demostraciones tan claras como las que yo he recibido; no obstante, me trata con la misma dureza que si me aborreciera. Ya he esperado demasiado para que pueda seguir con la esperanza; la encuentro siempre defendiéndose de mí y luchando contra ella con la misma obstinación. Si no fuese amado por ella, no pensaría en serle grato; pero le soy simpático, me ama y me lo oculta. ¿Qué puedo esperar ya ni qué cambio puede operarse en mi destino? ¡Ay! ¡Amarme la mujer más divina de la tierra y no sentir la plenitud amorosa que infunde la absoluta certeza de ser amado sino para sentir más hondo el dolor de ser rechazado! ¡Dadme a entender que me amáis, bella princesa! –exclamaba-. ¡Descubridme vuestros sentimientos! Con tal que me lo demostréis una sola vez en mi vida, consiento que después me hagáis blanco de todos los rigores con que me abrumáis. Miradme al menos con los mismos ojos con que os he visto esta noche contemplar mi retrato. ¿Cómo podéis mirarlo tan tiernamente y huir de mí de un modo tan rápido y cruel? ¿Por qué me tenéis miedo? ¿Por qué teméis mi amor? Me amáis, y es inútil que lo disimuléis; involuntariamente me lo habéis manifestado. Conozco mi felicidad; dejadme gozarla y no me hagáis desgraciado. Pero ¿es posible –se preguntaba- ser amado por madame de Clèves y sentirse desgraciado? ¡Qué hermosa estaba esta noche! ¿Cómo he podido resistir el impulso que me arrastraba a postrarme a sus pies? Si lo hubiese hecho, tal vez hubiera evitado su huida al testimoniarle mi respeto. ¿Me habrá reconocido? Sufro más de lo que debía, porque seguramente ha huido asustada ante la aparición de un hombre a hora tan extraordinaria”.

Durante todo el día estuvo dándole vueltas a estos pensamientos; esperaba la noche con impaciencia y al oscurecer emprendió de nuevo el camino de Coulommiers.

El gentilhomme de monsieur de Clèves, que se había disfrazado con objeto de no ser reconocido, le siguió hasta el mismo sitio que la noche anterior y le vio entrar en el jardín. Pronto comprendió que madame de Clèves había querido sustraerse a toda mirada indiscreta al ver que las puertas estaban cerradas, y por más que explorara el terreno, no le fue posible descubrir una sola luz.

Madame de Clèves, ante el temor de que monsieur de Nemours pudiera presentarse aquella noche, habíase encerrado en su habitación; no sabiendo si tendría siempre el mismo valor par huir, no deseaba exponerse a tener que hablarle de una manera poco en armonía con la conducta que hasta entonces había observado.

Aunque monsieur de Nemours no tenía ninguna esperanza de verla, no quiso salir en seguida de un lugar por donde tan frecuentemente paseaba ella. Y en el jardín pasó la noche entera, consolándose al pensar que veía los mismos objetos que diariamente atraían las miradas de su amada. Ya

estaba alto el sol cuando pensó en retirarse, y sólo el deseo de evitar que le descubrieran allí le hizo salir del jardín.

Como le era imposible marcharse sin ver a madame de Clèves, se dirigió en busca de la duquesa de Mercoeur, que continuaba en su posesión próxima a Coulommiers. La duquesa se mostró muy sorprendida al ver a su hermano. El inventó un pretexto para el viaje bastante verosímil para convencerla, y tras esto conducirse con la habilidad necesaria para obligarla a que ella misma partiera la iniciativa de visitar a madame de Clèves. Esta proposición tenía que ser puesta en práctica el mismo día, anunciando monsieur de Nemours a su hermana que de Coulommiers marcharía diligentemente a la corte. Le expuso este propósito con el fin de que fuese ella la que abandonara primero Coulommiers, creyendo que era ése el medio infalible para hablar a solas con madame de Clèves.

Al llegar encontráronla paseando por una de las avenidas que bordeaban el *parterre*. La presencia de monsieur de Nemours no dejó de causarle alguna turbación, y entonces ya no tuvo la menor duda de que fue él al que había visto dos noches antes. Esta certeza motivó en ella un movimiento de cólera por la osadía e imprudencia que veía en su empresa. El príncipe descubrió en su rostro una impresión de frialdad que le causó vivo dolor. La conversación discurrió sobre cosas indiferentes, y, no obstante monsieur de Nemours hizo gala de tanto ingenio, estuvo tan complaciente y demostró tanta admiración por madame de Clèves, que logró disipar en parte la frialdad con que le había acogido al principio.

Pasada la primera y desagradable impresión, monsieur de Nemours expuso cuán grande era la curiosidad que sentía por ver el pabellón del bosque, del que habló como del lugar más agradable del mundo, haciendo de él una descripción tan particular y detallada, que madame de Mercoeur le dijo que era necesario haberlo recorrido repetidas veces para conocer tan bien todas las bellezas de aquel sitio.

-No creo –añadió madame de Clèves- que monsieur de Nemours haya estado nunca en el pabellón, por el motivo de que es muy reciente.

-Pues no hace mucho que estuve en él –respondió el duque- y no sé si debo felicitar me por haber olvidado que me visteis.

Madame de Mercoeur, que contemplaba la bella perspectiva del jardín, no prestó atención a lo que su hermano decía.

Madame de Clèves, sonrojada y bajando los ojos por no verle, contestó:

-No recuerdo haberos visto, y, si estuviesteis en el pabellón, por motivo de que es muy reciente.

-Pues no hace mucho que estuve en él –respondió el duque- y no sé si debo felicitar me por haber olvidado que me visteis.

Madame de Mercoeur, que contemplaba la bella perspectiva del jardín, no prestó atención a lo que su hermano decía.

Madame de Clèves, sonrojada y bajando los ojos por no verle, contestó:

-No recuerdo haberos visto, y, si estuvisteis en el pabellón, fue sin saberlo yo.

-Verdaderamente –repuso él-; estuve en él sin que lo supierais, y allí he pasado los instantes más dulces y más amargos de mi vida.

Madame de Clèves comprendía muy bien las palabras de monsieur de Nemours, pero no le contestó, con la intención de evitar que la duquesa de Mercoeur visitase el pabellón y viera el retrato de su hermano; y tan hábilmente supo conducirse, que, como pasó mucho tiempo, fue madame de Mercoeur la que habló de regresar a su casa. Mas, al saber que monsieur de Nemours y su hermana no tenían que marcharse al mismo tiempo, se dio cuenta del peligro a que se exponía. Encontrábase, pues, en la misma embarazosa situación que en París, y decidió adoptar el mismo partido. El miedo a que esta visita contribuyera todavía más a confirmar las sospechas de su marido, no fue lo que menos la determinó. Y, decidida a impedir que monsieur de Nemours quedase a solas con ella, anunció a madame de Mercoeur que iba a acompañarla hasta el límite del bosque, para lo cual ordenó que la siguiese su carroza. El dolor del príncipe al ver que madame de Clèves mantenía su rigor, fue tan violento, que una palidez mortal cubrió súbitamente su rostro, hasta el punto de preguntarle su hermana si se encontraba indispuerto; pero él, sin que nadie lo notase, dispensó a madame de Clèves una mirada que la confirmó en que su único mal consistía en la desesperación que le dominaba. Le fue preciso dejarlas marchar sin atreverse a seguirlas, y como después de lo que había dicho érale imposible volver a visitarla con su hermana, regresó a París para trasladarse a Chambord.

El gentilhombre de monsieur de Clèves no le perdió de vista un solo instante, y como viera que se disponía a marchar al lado del rey, tomó puesto en la diligencia para llegar antes que él y dar cuenta del resultado de su viaje. Su señor le esperaba con el ansia que es de suponer, pues de lo que le dijera dependía su existencia.

Apenas le vio, le fue fácil adivinar por su aspecto que sólo nuevas desagradables tenía que comunicarle. Durante un buen rato, abrumado por sus tristes presentimientos, permaneció con la cabeza baja, sin pronunciar palabra; por fin le hizo un signo con la mano para que se retirara.

-Vete –le dijo- ya sé lo que tienes que decirme; me falta valor para escucharte.

-Nada he de decir –respondió el gentilhombre –que pueda daros una seguridad, aunque monsieur de Nemours ha penetrado dos noches en vuestro jardín y ha permanecido toda una tarde en Coulommiers acompañado de madame de Mercoeur.

-Basta, basta –exclamó monsieur de Clèves repitiéndole su además para que se retirara-; no deseo saber nada más.

El gentilhombre tuvo que dejar a su señor entregado a la desesperación.

Jamás se registró otra más violenta, y pocos hombres de tanto valor y corazón tan apasionado como monsieur de Clèves habrán sentido a la vez el dolor que causa la infidelidad de una amante y la vergüenza de ser engañado por su mujer.

Monsieur de Clèves no podía soportar su terrible pesadumbre. La fiebre se cebó en él aquella noche, y de un modo tan acentuado, que desde el primer momento se temió por su vida. Inmediatamente fue avisada madame de Clèves, que se apresuró a emprender el viaje. Al llegar hallábase su marido en un estado de mayor gravedad. Al presentarse ante él, la acogió con tal frialdad, que no pudo menos de sentirse extremadamente sorprendida y amargada. Hasta le pareció que recibía con disgusto la solicitud con que le cuidaba, pero pensó que eso podía obedecer a la misma enfermedad.

Arribado a Blois, donde a la sazón se encontraba la corte, monsieur de Nemours experimentó la mayor alegría al saber que la princesa estaba allí. Intentó verla yendo cada día a su hospedaje con el pretexto de informarse del estado de monsieur de Clèves, pero fue inútil. Madame de Clèves no se separaba un instante de su marido, cuya enfermedad le infundía la más profunda tristeza. Al duque de Nemours le afligía la desesperación de que ella daba muestras, lo que le permitía juzgar lo mucho que esta aflicción contribuiría a renovar el cariño por su esposo y cuán peligrosamente para él haría desviar ese cariño la pasión que pudiera sentir por su persona. Ese presentimiento le causó un dolor mortal durante algún tiempo, pero la extremada gravedad de monsieur de Clèves le dio nuevas esperanzas. Un fúnebre desenlace bien podría dejar a madame de Clèves en libertad para seguir los impulsos de su corazón; entreveía ya un porvenir venturoso, lleno de placeres duraderos. Y tanto le trastornaba ese pensamiento, que, por temor de tener que arrostrar la mayor desgracia de su vida en el caso de fallar sus esperanzas, creyó necesario alejar su espíritu de semejante preocupación.

Monsieur de Clèves casi estaba desahuciado por los médicos. Durante uno de los últimos días de su enfermedad, después de haber pasado una noche muy agitada, dijo que deseaba descansar.

Madame de Clèves se quedó con él en su habitación y, viendo que en vez de descansar sentía una mayor inquietud, se aproximó a su cabecera y, arrodillándose, comenzó a derramar abundante llanto. Monsieur de Clèves estaba resuelto a no confesarle el hondo resentimiento que le tenía, pero los cuidados con que le colmaba y su aflicción, que no dejaba algunas veces de parecerle sincera y otras pruebas de su fingimiento y perfidia, despertaban en él sentimientos tan opuestos y dolorosos, que no los pudo ocultar por más tiempo.

-Derramáis demasiadas lágrimas –dijo él- por una muerte que vos misma causáis y por la que no podéis sentir el dolor que os embarga. No estoy en

estado de hacer reproches –continuó con voz debilitada por la enfermedad y la congoja-, pero he de deciros que muero por el disgusto cruel que me habéis dado. ¿Podía tener otra consecuencia una acción tan extraordinaria como la que realizasteis al hablarme en Coulomiers? ¿Para qué descubrirme la pasión que sentíais por monsieur de Nemours, si no os sentíais bastante fuerte para resistirla? Os he amado hasta el instante en que he podido convencerme de que me engañabais; vergüenza me da decirlo. ¿Por qué no me dejasteis en esa sosegada ignorancia en que viven tantos maridos? Con ello, tal vez no hubiese sabido que amabais a monsieur de Nemours. Yo muero –añadió-, pero me hacéis la muerte agradable, porque, habiendo perdido la estimación y ternura que me inspirabais, la vida me daría horror. ¿Para qué la vida? ¿Para pasarla junto a una mujer a la que he amado tanto y me ha engañado indignamente, o para llegar a un rompimiento y a actos de violencia tan opuestos a mi carácter y a la pasión que me merecisteis? Mi amor iba más allá de lo que pudisteis suponer; os lo ocultaba en su mayor parte por no importunar o por no perder algo de vuestra estimación al emplear modos que no convenían a un marido; he de deciros, por último, que era digno de vuestro corazón, y os repito que muero sin pena, porque ya no puede ser mío ni lo puedo desear. Adiós, esposa mía, algún día lloraréis a un hombre que ha sentido por vos una pasión verdadera y legítima, y os asaltará el remordimiento que asalta a las personas razonables que faltan a sus promesas, y conoceréis la diferencia que existe entre ser amada como yo os he amado y serlo por gentes que al hablaros de amor sólo buscan satisfacer la vanidad y el orgullo de seducir. Mi muerte os dejará en libertad para que podáis hacer feliz al duque de Nemours sin necesidad de cometer un crimen. Nada importa lo que suceda después de mi muerte.

Madame de Clèves estaba tan lejos de imaginar que su marido tuviera sospechas contra ella, que le escuchó sin comprenderle y creyendo que en sus reproches sólo había quejas por su inclinación hacia monsieur de Nemours; pero, finalmente, saliendo de repente de su ceguera, exclamó:

-¡Yo, cometer yo un crimen! El mismo pensamiento me es desconocido. La virtud más rígida no puede inspirar otra conducta que la que yo he seguido; jamás he cometido acción alguna de la que no pudierais ser testigo.

-¿Lo hubierais deseado –replicó monsieur de Clèves, mirándola con rabia y menosprecio –en las noches que habéis pasado con monsieur de Nemours? ¡Ah! ¿Sabéis si me refiero a vos al hablar de una mujer que ha pasado algunas noches con un hombre que no es su esposo?

-No, de ningún modo –respondió ella con energía-; no podéis referiros a mí; jamás he pasado noches ni aun momentos con monsieur de Nemours. Nunca he estado a solas con él; nunca le he tolerado ni le he escuchado, y de ello da fe mi juramento...

-No digáis nada más –interrumpió él-; los falsos juramentos o una confesión me causarían seguramente el mismo dolor.

Madame de Clèves no pudo añadir ni una palabra; sus lágrimas y su desesperación la privaban de la facultad de hablar. Transcurrido un largo intervalo de tiempo, hizo un esfuerzo para decir:

-Miradme al menos; escuchadme: si aquí no hubiera más que un interés mío, soportaría vuestros reproches, pero se trata de vuestra vida. Escuchadme, por vuestro amor; es imposible que con tanta verdad no pueda convencerlos de mi inocencia.

-¡Quiera Dios que podáis convencerme! –gritó él-. ¿Qué hacía monsieur de Nemours en Coulommiers con su hermana? Y, las dos noches . Pero ¿qué habéis de decir? ¿No ha estado monsieur de Nemour las noches precedentes, ¿no las había pasado con vos en el jardín?

-Si es ése mi crimen –contestó ella-, no me costará ningún esfuerzo justificarme. No pido que me creáis a mí, pero sí a todos nuestros servidores. Preguntadles si estuve en el jardín la noche en que monsieur de Nemours llegó a Coulommiers y si la noche anterior no me retiré dos horas antes de lo que acostumbraba.

Seguidamente le contó cómo había creído ver a alguien en el jardín, confesándole que creyó reconocer en él a monsieur de Nemours.

Le hablaba con tanto aplomo, y es tan grande la fuerza persuasiva de la verdad, que monsieur de Clèves quedó casi convencido de su inocencia.

-No sé –le dijo- si debo creeros. Me siento tan cerca de la muerte, que no quiero saber nada que pueda hacerme desear la vida. Me habéis convencido demasiado tarde, pero me alivia mucho llevarme al otro mundo el convencimiento de que sois digna del amor que siempre os he tenido. Y pido que me deis el consuelo de tener la seguridad de que mi memoria vivirá en vos y de que, de haber dependido de vos, hubierais sentido por mí los sentimientos que sentís por otro...

Quiso continuar, pero la falta de aliento le quitó la palabra. Madame de Clèves hizo llamar a los médicos, que le encontraron casi exánime. Sin embargo, sobrevivió algunos días, admirando a todos la presencia de ánimo que demostró al morir.

Madame de Clèves cayó en un estado tan aflictivo, que le faltó muy poco par perder la razón. La reina fue a verla, adoptando las oportunas precauciones, y la condujo a un convento, sin que ella supiese adónde la llevaban. Sus cuñadas la trasladaron después a París, cuando aún no estaba en condiciones de sentir distintamente su dolor. Al recobrar plenamente sus facultades, comprendió los merecimientos del marido que había perdido y que sólo la pasión que había sentido por otro era la causa de su muerte. Esto le hizo sentir un horror inenarrable hacia sí misma y hacia el duque de Nemours.

El príncipe no se atrevió en un principio a demostrarle otros testimonios que los indicados en casos semejantes. Conocía bastante a madame de Clèves para saber que otras demostraciones más cariñosas le serían desagradables, y, por lo que vio desde el primer instante, dedujo que no debía variar la conducta en mucho tiempo.

Un caballero que estaba a sus órdenes le comunicó que el gentilhomme de monsieur de Clèves le había dicho, condoliéndose amargamente de la pérdida de su señor, que la causa de su muerte había sido el viaje realizado por monsieur de Nemours a Coulommiers.

El duque quedó muy sorprendido del relato; pero, tras reflexionar mucho, adivinó parte de la verdad al pensar en el odio que por él sentiría ahora madame de Clèves al saber que su marido había muerto en un acceso de celos. Creyó conveniente no hacerle recordar ni aun su nombre, y ésa fue la línea de conducta que se dispuso a seguir, a pesar del sufrimiento que esto le reportara.

Aprovechando uno de sus viajes a Paris, se dirigió a su palacio en busca de noticias. El portero le informó de que ella no recibía a nadie y de que tenía orden de no comunicar a la señora los nombres de las personas que preguntaran por su estado de salud. Tal vez órdenes tan concretas se debían sólo al deseo de evitar que el nombre del duque sonase en los oídos de la enferma.

Como monsieur de Nemours estaba tan locamente enamorado de madame de Clèves, no podía vivir sin verla alguna vez, por lo que decidió buscar los medios conducentes a conseguirlo, por costosos que fuesen, con objeto de salir de un estado que le parecía insoportable.

El dolor de la princesa pasaba de los límites que la razón permite. La vista de su marido moribundo y sin dejar de testimoniarse su ternura aun en la agonía, era algo que no podía borrar de su espíritu. Recordaba constantemente todo lo que le debía y consideraba como un crimen no haberle profesado la pasión a que se hizo merecedor, sin pensar que no era eso algo que dependiera de su voluntad. Su único consuelo consistía en prometer guardarle eterno recuerdo y en no hacer en toda su vida nada que no hubiese podido hacer dignamente en el caso de que él viviera.

Preocupábala en gran manera averiguar qué medios había empleado para saber que monsieur de Nemours había estado en Coulommiers; no creía que este príncipe hubiese referido el lance, y de tal modo habíase curado y alejado de la pasión que sintiera por él, que hasta le era indiferente que lo dijera o no. Sin embargo, causábale el más vivo dolor pensar que él era el culpable de la muerte de su marido y recordar el temor que monsieur de Clèves le había expuesto al morir: que se casara con monsieur de Nemours; pero toda la pena que pudieran proporcionarle estas ideas confundíase con la que le reportaba la pérdida de su marido, y por eso creía no tener otra.



Transcurridos algunos meses, salió de la profunda aflicción que la aquejaba para permanecer en un estado de tristeza y languidez. Madame de Martigues hizo un viaje a París, visitándola durante su breve estancia para prodigarle palabras de consuelo. También le habló de todo lo que pasaba en la corte, y, aunque la princesa de Clèves no parecía escucharla con interés, madame de Martigues no dejaba de hablarle, con el único propósito de distraerla.

Y le dio noticias del vidamo, del duque de Guisa y de cuantos se distinguían por la elevación de sus cargos o sus méritos.

-En cuanto a monsieur de Nemours –añadió-, no sé si otros asuntos han ocupado en su corazón el puesto de la galantería; lo cierto es que no manifiesta la alegría que acostumbraba; ha roto todo trato con las mujeres y hace frecuentes viajes a París, donde creo que se halla en la actualidad.

El nombre de monsieur de Nemours le causó una impresión que la hizo enrojecer, procurando cambiar de conversación sin que madame de Martigues advirtiese su turbación.

Al día siguiente, madame de Clèves, que buscaba motivos de ocupación que la distrajeran de sus tristezas, fue a vera un hombre que vivía muy cerca de su casa y se dedicaba a la confección de trabajos de sedería que llamaban la atención muy justamente; pensaba hacerle algunos encargos, y, después de haber visto los trabajos expuestos, creyendo que en una habitación que se hallaba cerrada había más, pidió que se le abriera aquella puerta. Respondióle el sedero que él no poseía la llave de la habitación, la cual ocupaba un caballero que acudía allí a diversas horas del día para dibujar los más hermosos edificios y los jardines que descubría desde la ventana.

-Es el hombre más apuesto del mundo –añadió- y no tiene aspecto de verse reducido a trabajar por su sustento. Cuando viene le veo siempre contemplando las casas y los jardines pero nunca trabajar.

Madame de Clèves le escuchó con suma atención. Lo que madame de Martigues le había dicho referente a los viajes de monsieur de Nemours a París relacionábalo en su imaginación con lo que hacía aquel hombre tan apuesto instalado cerca de su casa, y que no debía ser otro que monsieur de Nemours, deseoso de verla desde su observatorio. Eso la sumió en un mar de confusiones. Picada por la curiosidad se dirigió hacia otras ventanas de la casa, desde donde se dominaba todo su jardín y parte de su habitación. Al volver a su casa pudo ver la misma ventana a la que acostumbraba asomarse aquel hombre tan apuesto del que se le había hablado. La creencia de que se trataba de monsieur de Nemours hizo que se operara un cambio en su norma de vida y que perdiera la calma que había comenzado a disfrutar. Sentíase inquieta y agitada. Por fin, no pudiendo soportarse a sí misma, salió de su casa dispuesta a tomar el aire en un jardín de las afueras,

donde podría estar sola. Al llegar, creyó que no se había equivocado, y, no viendo a nadie, dedicó a pasear durante largo rato.

Al atravesar un pequeño bosque descubrió al final de la avenida, en el rincón más apartado del jardín, una plazoleta hacia la que dirigió sus pasos. Al hallarse cerca vio a un hombre recostado en uno de los bancos, que parecía entregado a obsesionantes ensueños y en el que reconoció a monsieur de Nemours. Esta vista detuvo sus pasos, pero los criados que la seguían hicieron con su charla que aquel hombre saliera de su abstracción. Sin fijarse en los que le habían arrancado de su sueño, marchó a otro sitio para evitar extrañas compañías; y, al volverles la espalda, hizo una reverencia inclinando mucho la cabeza, y eso le impidió ver a los que saludaba.

Si él hubiese sabido a quién acababa de dejar, ¡con qué rapidez hubiera vuelto sobre sus pasos! Pero, ignorándolo, prosiguió su caminata; y madame de Clèves le vio salir por una puerta tras la cual le esperaba su carroza.

¡Qué efecto produjo en el corazón de madame de Clèves la vista de aquel hombre! Dominada por la impresión recibida, tomó asiento en el mismo banco donde poco antes estaba monsieur de Nemours, permaneciendo allí como abrumada. El príncipe se le aparecía como lo más amable del mundo. Amarla desde largo tiempo con una pasión llena de respeto y fidelidad; despreciarlo todo por ella; respetar ahora su dolor; desear verla sin dejarse ver; olvidar la vida de la corte, de la que era uno de los mayores atractivos, para ver las paredes que la encerraban, y entregarse a sus ensoñaciones en el sitio más retirado de París, eran cosas dignas de merecer agradecimiento y propias de un hombre digno también de ser amado y por el cual sentía un afecto tan arraigado, que aun sin amarla él le hubiese amado ella, y más tratándose de un hombre de una condición social elevada y comprable a la suya.

Ningún deber, ni aun la misma virtud, se oponían a sus sentimientos; habían desaparecido todos los obstáculos y nada quedaba del pasado, excepto la pasión que sentía por ella monsieur de Nemours y la que abrigaba ella por él.

Todas sus ideas se renovaron con arreglo a este principio. La pena que le causara la muerte de monsieur de Clèves le había preocupado lo bastante para no dejarla pensar en esta solución, y sólo bastó la presencia de monsieur de Nemours para que tales ideas afluyeran a su espíritu; pero, por grande que fuera su disposición a aceptarlas y por mucho que se acordara del hombre a quien veía en condiciones de poder hacerle su marido y a quien amaba ya en vida de su esposo, no olvidaba que había sido la causa de la muerte de monsieur de Clèves. Por eso, y por el deseo que el expuso al morir, de que no contrajera matrimonio con su rival, consideraba como un atentado a la propia honestidad y a su virtud el simple hecho de acariciar

semejantes pensamientos. Casarse con monsieur de Nemours era para ella un crimen no menor que el que cometiera amándolo en vida de su marido.

La princesa de Clèves se entregó a estas reflexiones tan opuestas a su felicidad y que acentuaba todavía más al añadir algunos razonamientos que se relacionaban con su tranquilidad y con los males que preveía en el caso de entregar su mano al apuesto galán. Después de haber permanecido unas dos horas casi inmovilizada en el banco de paseo, regresó a su casa convencida de que sólo mirar al príncipe era una cosa completamente reñida con su deber.

Pero este convencimiento, efecto de su razón y su virtud, no llegaba a su corazón, que continuaba tan adherido al recuerdo de monsieur de Nemours, que no tardó en caer en un estado lastimoso que le robaba la tranquilidad. Aquella noche fue una de las más crueles de su vida. Al amanecer, su primer movimiento fue para dirigir su mirada hacia la ventana de enfrente; en ella estaba ya monsieur de Nemours. La misma sorpresa hizo que se retirara prontamente, y esa rapidez infundió al duque la seguridad de haber sido reconocido por ella ¡Cuánto lo había anhelado desde que su pasión le hizo encontrar el medio de poderla ver! Y cuando, pasado el día, desesperábase porque no lograba su anhelo, dirigíase indefectiblemente al mismo jardín donde ella le encontraría.

Ante su estado, tan desgraciado e incierto, pensó en intentar alguna nueva empresa para descubrir de una vez lo que le reservaba el destino.

“¿Qué debo esperar? –se preguntaba-. Hace mucho tiempo que me ama; es libre y ninguna dificultad de carácter moral puede oponer. ¿Por qué limitarme a verla sin ser visto y sin hablarle? ¿Es posible que el amor me haya desprovisto de tal modo de la razón y la audacia, y me haya hecho tan diferente a como fui en todas las otras pasiones de mi vida? He debido respetar el dolor de madame de Clèves, pero mi respeto se prolonga demasiado, y con ello doy ocasión para que se extinga el cariño que siento por mí”.

Tras estas reflexiones pensó en los medios de que podía valerse para verla. No adivinando nada que le obligase a ocultar su amor, se dispuso a hablar al vidamo de Chartres para exponerle el deseo de desposar a su sobrina.

El vidamo hallábase entonces en París, adonde habían regresado todos los cortesanos para ordenar sus trajes, arreglar los equipajes y acompañar al rey en el viaje que iba a emprender a España. Monsieur de Nemours visitó al vidamo y le hizo una confesión completa y detallada de todo lo que le había ocultado hasta entonces, reservándose sólo lo que sentía por él madame de Clèves, de lo que no quería mostrarse informado.

El vidamo le escuchó con verdadera complacencia, contestándole que, aun sin conocer sus sentimientos íntimos, había pensado repetidas veces, desde que ella enviudara, que nadie era más digno de casarse con su

sobrino. Monsieur de Nemours le rogó que le proporcionara los medios de poder entrevistarse con madame de Clèves y averiguara la disposición de su ánimo.

El vidamo le propuso ir los dos juntos a hacerle una visita, pero monsieur de Nemours se excusó creyendo que eso le extrañaría, por no haber anunciado aún que estaba en condiciones para recibir a sus relaciones. Por lo tanto, convinieron en que el vidamo la invitaría a su casa bajo cualquier pretexto y entonces se presentaría él, no sin penetrar por una escalera de servicio, con el fin de evitar que nadie le viera.

El proyecto se realizó en todas sus partes. Madame de Clèves visitó al vidamo, quien la condujo a un gran salón de los más retirados de la casa. Transcurrido algún tiempo, presentóse súbitamente monsieur de Nemours, como si la casualidad le hubiese llevado hasta allí.

Madame de Clèves quedó profundamente sorprendida al verle aparecer, pero intentó disimular su emoción.

El vidamo habló de cosas indiferentes y después, simulando una ocupación, abandonó la estancia, rogando a madame de Clèves que hiciera los honores de la casa durante el momento en que estaría ausente.

No puede expresarse lo que sintieron monsieur de Nemours y madame de Clèves al encontrarse solos y en ocasión de hablarse por primera vez, luego de la muerte del príncipe. Pasaron unos instantes sin que uno ni otro se atrevieran a romper el silencio; por fin, él se decidió a hablar.

-¿Perdonaréis a monsieur de Chartres, señora, haberme dado la ocasión de veros y hablaros, que tantas veces habéis evitado? –le preguntó.

-No debo perdonarle, porque ha olvidado mi actual estado y por el riesgo a que expone mi reputación.

Al terminar estas palabras quiso marcharse, pero monsieur de Nemours la retuvo:

-No temáis nada, señora; nadie sabe que estoy aquí ni cabe esperar la menor torpeza. Escuchadme, señora, escuchadme, si no por bondad, al menos por vuestro mismo amor y por libraros de las extravagancias a que me podría arrastrar indefectiblemente una pasión que no puedo dominar.

Madame de Clèves cedió por primera vez a su natural inclinación y respondió, contemplándole con los ojos llenos de dulzura y encanto:

-¿Qué esperáis de la complacencia que pedís? Tal vez os arrepintáis de haberla obtenido; yo me arrepentiré infaliblemente de habéroslo otorgado. Merecís más suerte que la que habéis tenido hasta aquí y la que podáis encontrar en el porvenir, al menos que no la busquéis en otra parte.

-¿Buscar yo la felicidad en otra parte? –exclamó-. Pero ¿acaso hay otra que ser amado por vos, señora? Aunque nunca os he hablado, no me es posible creer que ignoréis mi pasión y no la tengáis por la más verdadera y arraigada que se haya conocido y pueda conocerse. ¿A qué pruebas no ha

sido sometida, aunque ignoradas por vos? ¿Y a qué prueba no la habéis sujetado con vuestros rigores y desdenes?

-Ya que queréis que os hable y yo resuelva –respondió madame de Clèves sentándose de nuevo-, lo haré con una sinceridad que os parecerá impropia de las personas de mi sexo. No negaré que he visto los testimonios del amor que me profesáis, y, aunque lo negase, tal vez no me creyerais; os confieso, pues, que no solamente lo he visto, sino tal como pudieseis desear que los viera.

-Y, si los habéis visto, ¿cómo es posible no haberos sentido impresionada? ¿Cómo atreverme a preguntaros, si no han causado ninguna impresión en vuestro corazón?

-Eso lo debéis juzgar por mi conducta –le contestó ella-, pero lo que yo quisiera es saber lo que vos habéis pensado.

-hace falta una felicidad mayor que la que disfruto para que me atreva a decíroslo –respondióle -; además, mi destino tiene muy poca relación con lo que os dijera. Lo que yo deseaba ardientemente es que no confesaseis a monsieur de Clèves lo que a mí me ocultabais y le ocultaseis lo que me dabais a entender.

-¿Cómo pudisteis saber –le interrogó subiéndole el sonrojo a la cara –lo que revelé a mi marido?

-Por vos misma, señora –le respondió-; pero, para perdonarme el acto de audacia que cometí al escucharos; debéis fijaros en que no abusé del secreto que os oí, en que no aumentaron mis esperanzas ni tuve la osadía de hablaros de ello.

Monsieur de Nemours comenzó a relatarle cómo había logrado escuchar la conversación que mantuvo con monsieur de Clèves, pero ella no le dejó acabar.

-No prosigáis –le dijo-; ahora comprendo por qué estabais tan bien informado; ya me pareció que sabíais al detalle lo ocurrido al hablarme una noche la delfina, quien se enteró de aquella aventura por los mismos a que os confiasteis.

El duque contó entonces las circunstancias que le llevaron a hacer su confidencia a monsieur de Chartres.

-No os excuséis –replicó ella-; hace mucho tiempo que os perdoné sin que me hubieseis dicho la razón que os impulsaba a ello; pero, ya que supisteis por mí lo que anhelaba ocultaros toda mi vida, quiero deciros que me inspirasteis sentimientos que desconocía, antes de haberos visto y de los que tenía tan poca idea, que desde un principio sentí una sorpresa y turbación que no dejaron de ir en aumento. Esta confesión me causa ahora una vergüenza mucho menor porque la hago en un momento en que estoy exenta de toda responsabilidad y porque no habréis dejado de ver que mi conducta jamás ha obedecido a mis sentimientos.

-¿Cómo creer –dijo monsieur de Nemours arrojándose a sus plantas –que no muera a vuestros pies en un transporte de felicidad?

-No hago más –añadió ella sonriendo – que deciros lo que ya sabíais muy bien.

-¡Ah, señora –replicó-, qué diferencia entre saberlo gracias a la suerte y oírlo de vuestros labios, queriendo vos que yo lo sepa!

-Verdaderamente, quiero que lo sepáis, y me es grato decíroslo; y no sé si lo digo obedeciendo más a mi amor que al vuestro; lo que sé es que estas palabras no tendrán ninguna consecuencia ulterior, y que yo continuaré observando las austeras reglas que me imponen mis deberes.

-No debéis pensar así –le contestó monsieur de Nemours-; ningún deber os liga al pasado, gozáis de plena libertad, y, de atreverme, os diría que estáis obligada a proceder de manera que el deber os lleve algún día a legitimar los sentimientos con que me distinguís.

-Mi deber –replicó ella- me priva de poner el pensamiento en ningún hombre, y menos en vos, por razones que os son desconocidas.

-Tal vez no, señora –respondióle él-; pero esas razones no están bien fundadas. Me figuro que monsieur de Clèves me suponía más feliz de lo que era en realidad y creía que vos aprobabais los actos que la pasión me llevaba a realizar sin vuestro asentimiento.

-No hablemos de ello; sólo el recuerdo me tortura, me avergüenza y me es más doloroso por las consecuencias que todo aquello ha tenido. Es innegable que vos habéis sido la causa de la muerte de mi esposo; las sospechas que vuestra inconsiderada conducta despertaron en él le arrancaron la vida lo mismo que si vos se la hubieseis arrebatado con vuestras propias manos. Ved lo que debía hacer si juntos hubiésemos llegado a tales extremos y la misma desgracia os hubiese hecho la víctima. No desconozco que esto merecerá otro juicio a los ojos de la gente, pero para mí no hay en ella ninguna diferencia, pues sé que él ha muerto por vos y por causa mía.

-¡Ah! –exclamó él-, oponéis el fantasma del deber a mi felicidad. ¿Cómo un vano e infundado pensamiento os impide hacer feliz a un hombre al que no odiáis? Había pensado pasar la vida con vos; mi suerte me habría llevado a amar a la mujer más adorable del mundo; veía en ella todo lo que puede hacernos encantadora a una amante; me hubiera hecho querer, y en su conducta sólo hubiese encontrado todo lo que pueda desearse en una mujer; en resumen, señora, sois la única que puede reunir todas estas cosas en tan alto grado. Todos lo que se casan con mujeres que fueron de otros hombres tiemblan al hacerlo y sienten el temor de que hagan con ellos lo que hicieron con los otros; pero de vos nada se puede temer y sólo se encuentran motivos de admiración. ¿Haber concebido semejante felicidad sólo para ver cómo creáis los obstáculos? ¡Ay de mí! Olvidáis que me

habéis distinguido del resto de los hombres; mejor dicho, no me habéis distinguido nunca, os habéis equivocado, y eso me desespera.

-Vos no podéis sentir desesperación –le respondió ella-; las razones que me dicta el deber no me parecerían más fuertes sin esa distinción de que os he hecho objeto y de la cual dudáis, y que me ha hecho comprender los males que me esperaban de entregaros mi amor.

-Nada puedo responderos –objetó él- cuando me exponéis vuestros temores de arrostrar tantos males, pero os confieso que, después de todo, no esperaba oír una razón tan cruel como la que me habéis expuesto.

-Y tan poco ofensiva para vos –replicó madame de Clèves- que sólo el habéroslo dicho me causa mucha pena.

-¡Ay!- exclamó el príncipe - ¿Qué puede haber que me ofenda más que lo que acabáis de decirme?

-Quiero seguir hablándoos con la misma sinceridad que al principio -añadió la princesa- y con tal fin pasaré por alto todo el comedimiento y todas las reservas que debiera guardar en una primera conversación; os ruego, pues, que me escuchéis sin hacerme ninguna interrupción. Creo que la leve recompensa de no ocultaros mis sentimientos y de exponéroslos tal como son, se debe a la adhesión que me demostráis. Esta será la única vez de mi vida que me tomaré la libertad de expresar lo que siento; no obstante, no podría confesaros sin vergüenza que la certeza de que sigáis amándome me parecería una desgracia tan horrible que, aunque yo no tuviera razones nacidas de un deber ineludible, dudo pudiera resolverme a afrontar tal desventura. Sé que sois libre, que yo también lo soy y que las cosas se hallan en tal estado, que nadie se atrevería a censuraros, ni tampoco a mí, en el caso de que llegásemos a unirnos para siempre; pero ¿son los hombres capaces de conservar la pasión cuando los unen lazos eternos? ¿Puedo esperar un milagro en mi favor y debo exponerme a ver cómo llega un día en que se extinga ese amor en el que yo cifraba mi felicidad? Monsieur de Clèves era tal vez el único hombre capaz de conservar el amor en el matrimonio. Mi destino no ha querido que yo gozara semejante dicha; puede haber ocurrido que su pasión se extinguiera al no encontrarla en mí, y no sé si yo encontraría el medio de conservar la vuestra; hasta creo que vuestra constancia se ha sostenido ante el cúmulo de obstáculos que había que vencer; eso es lo que os ha animado a triunfar en vuestro empeño, y mis propias acciones o las cosas que os ha brindado el azar os han dado la esperanza necesaria para no renunciar a vuestra empresa.

-Señora –dijo entonces monsieur de Nemours-, no puedo guardar el silencio que me habéis impuesto; me hacéis blanco de una injusticia que no merezco y me demostráis cuán grande es la prevención que sentís contra mí.

-Reconozco –contestó ella- que pueda dejarme arrastrar por las pasiones, pero no me podrían cegar. No dejo de reconocer que habéis nacido con todas las disposiciones para la galantería y todas las cualidades necesarias para alcanzar felices resultados; habéis tenido varias aventuras amorosas y todavía tendréis algunas más; yo no os haría feliz; estoy segura de que os habría de ver enamorado de otras mujeres como lo estuvisteis de mí, lo que me causaría un dolor mortal y me lanzaría, sin duda, al infierno de los celos. Ya os he dicho demasiado para que no sepáis que me los hicisteis conocer y que sufrí penas terribles la noche en que la reina me dio la carta de madame de Thémines que se suponía dirigida a vos; de aquella primera experiencia me ha quedado la idea de que los celos son el mayor de todos los males. Sea por vanidad o por gusto, no hay mujer que no sueñe en atraeros así; son pocas las que no piensen en vos con placer, y hasta creo que no hay ninguna que no se sienta atraída hacia vos. Siempre os creería enamorado y amado, y no me equivocaría muchas veces; ante esa perspectiva, claro está que a mí no me quedaría que escoger otro partido que el del sufrimiento, y no sé si me atrevería a lamentarme. Se pueden hacer cargos a un amante, pero ¿se le hacen a un marido cuando no se le puede reprochar otra cosa que la de haber perdido el amor? Y, si yo llegase a experimentar esa desgracia, ¿cómo no ver a monsieur de Clèves acusándoos de su muerte, reprobándome por haberos amado y desposado y haciéndome comprender la diferencia entre su amor y el vuestro?. Es imposible no tomar en consideración razones de tanto peso; por lo tanto, es preciso que permanezca en el estado en que me encuentro y mantenga las resoluciones que no estoy dispuesta a abandonar jamás.

-¿Creéis poder conseguirlo? –exclamó monsieur de Nemours-. ¿No pensáis que esas resoluciones tienen enfrente la obstinación de un hombre que os adora y es dichoso porque tiene la seguridad de ser grato a vuestros ojos? Es más difícil de lo que imagináis resistir a lo que nos gusta y nos atrae con la fuerza del amor. Lo habéis conseguido hasta ahora gracias a vuestra austeridad sin ejemplo, pero esa virtud no se opone a nuestros sentimientos y espero que os rendiréis a ellos, aun a pesar vuestro.

-Ya sé lo difícil que es esta empresa que comienzo –respondió madame de Clèves-, y desconfío de mis fuerzas al sumirme en mis razonamientos; sería poco lo que yo creo deber a la memoria de mi esposo, si no estuviera sostenida por el interés de mi tranquilidad; pero, aunque desconfío de mí, creo que no venceré nunca mis escrúpulos ni rebasaré los límites que he trazado a la inclinación que siento por vos. Esto me hará desgraciada, y, por mucho que me cueste, he de procurar sustraerme a vuestras miradas. Os suplico, pues, con todo el imperio que pueda ejercer sobre vos, que no busquéis ninguna ocasión de verme. Actualmente considero como algo reprochable las cosas que antes me eran permitidas y hasta las buenas formas me prohíben todo trato con vos.



Al oír esto, monsieur de Nemours se arrojó a sus pies dominado por la mayor agitación, pretendiendo con sus palabras y lágrimas demostrarle el más tierno afecto que corazón humano pudiera sentir.

Por cierto que no era insensible el que madame de Clèves encerraba en su pecho, y esto hizo que se conmoviera y sus ojos aparecieran nublados por el llanto.

-¿Por qué he de acusaros –le dijo- de la muerte de monsieur de Clèves? ¿Por qué no he comenzado a conoceros al recobrar mi libertad, o por qué no os conocí antes de dar mi juramento a otro hombre? ¿Por qué nos habrá separado el destino por medio de un obstáculo tan invencible?

-No hay ningún obstáculo –repuso él – y sólo vos os oponéis a mi felicidad; sólo vos os imponéis una ley que rechazan la virtud y la razón.

-Ciertamente –contestó ella-, sacrificio demasiado a un deber que sólo subsiste en mi imaginación; esperad que el tiempo rectifique mis propósitos. Está muy reciente el fallecimiento de mi marido y es todavía demasiado vivo el fúnebre recuerdo para dejarme ver las cosas con claridad. Podéis envaneceros de haber logrado el amor de una mujer que no hubiera amado nunca si no os hubiese conocido; creedme, el afecto que os profeso será eterno y subsistirá siempre, cualquiera que sea la conducta que observé en lo futuro. Adiós; me humilla pensar que yo haya sostenido esta conversación. Dad cuenta de todo a mi tío; os lo ruego.

Dichas estas palabras, salió de la estancia sin que monsieur de Nemours pudiera retenerla. En el salón contiguo encontróse con el vidamo, quien al verla tan agitada no se atrevió a decirle nada, limitándose a acompañarla hasta su carroza. Inmediatamente fue en busca de monsieur de Nemours, a quien encontró tan lleno de alegría, de tristeza, de asombro y de admiración, al par que de todos los encontrados sentimientos que infunde una pasión, la cual al mismo tiempo que temor nos da esperanza, que le creyó sin uso de la razón.

El vidamo esperó largo tiempo a que le explicara lo sucedido durante la entrevista. Por fin pudo hacerlo monsieur de Nemours, y el mismo monsieur de Chartres, aun sin estar enamorado, no sintió al oírle menos admiración por la virtud, el talento y el mérito de madame de Clèves que su mismo amigo.

A continuación examinaron lo que el destino pudiera reservarle, y, por muy grandes que fuesen sus temores, creyó con el vidamo que era totalmente imposible que madame de Clèves pudiera permanecer fiel a sus determinaciones, y ambos convinieron en que, no obstante esa seguridad, lo mejor era cumplir sus deseos para evitar que, en el caso de que la gente se enterara del amor que sentía por ella, hiciera ésta declaraciones y contrajera compromisos ante la sociedad, que procuraría mantener con todas sus consecuencias, por miedo a que se creyera que este amor existió ya en vida de su marido.

Monsieur de Nemours se decidió a seguir al rey. Tratábase de un viaje que él no podía dejar de hacer, y resolvió marcharse sin intentar ver de nuevo a madame de Clève desde la ventana que daba a su jardín, como otras veces. Antes de marchar rogó al vidamo que le hablase de su parte. ¿Qué no le diría para que después se lo dijese a ella? ¿Qué número infinito de razones no expondría para persuadirla de que debía abandonar sus escrúpulos?

Faltaba una noche para que monsieur de Nemours pudiera dejarla en completo reposo, aunque madame de Clèves estaba muy lejos de encontrarlo. Era algo tan inesperado haber salido del laberinto en que se encontraba, algo tan nuevo el sufrimiento que la aquejaba por vez primera en su vida a causa de haber oído que la amaban y haber dicho ella que también amaba, que no se reconocía. Asombrábase de lo que había hecho, arrepentíase de ello y al instante sentía que el corazón se le inundaba de alegría; sus sentimientos eran confusos y apasionados. Reflexionando sobre las razones, nacidas del deber, que se oponían a su felicidad, vio con dolor que eran tan firmes, que le apenaba habérselas comunicado a monsieur de Nemours.

Aunque el pensamiento de un nuevo matrimonio llenó su mente al verle un día desde su jardín, no sacó la misma impresión de la entrevista que había tenido con él, y no faltaban momentos en que la atormentaba sólo el pensar que pudiera ser desgraciada casándose otra vez.

Hubiera querido comprender lo infundado de sus escrúpulos respecto al pasado y de sus temores en cuanto al porvenir. La razón y el deber le demostraban en otros momentos cosas muy opuestas que la llevaban rápidamente a la conclusión de que no debía casarse ni volver a ver a monsieur de Nemours, pero era difícil establecer una resolución tan violenta en un corazón tan afectado como el suyo y entregado de nuevo a los encantos del amor. Finalmente pensó, para procurarse alguna calma, que aún no era preciso adoptar ninguna resolución. Las buenas costumbres le concedían todavía mucho tiempo para determinarse, pero estaba firmemente decidida a no sostener ninguna relación con monsieur de Nemours.

Al visitarla, le dio cuenta el vidamo de todo lo que le había indicado el príncipe, con una fidelidad y un afán digno de loa, pero no logró hacer variar su línea de conducta ni la que le había trazado al duque de Nemours.

Madame de Clèves le contestó que se hallaba dispuesta a permanecer siempre en el mismo estado y, aunque no desconocía lo difícil de su empeño, esperaba que no le faltarían fuerzas para salir vencedora. Hasta tal punto mostrábase convencida de que era la causante de la muerte de su marido y persuadida de que faltaría a sus deberes casándose con monsieur de Nemours, que el vidamo no quiso insistir, temeroso de enajenarse su estimación.

Al hablar con el príncipe, no quiso decirle lo que él pensaba, dándole toda la esperanza que la razón debe dar a un hombre que es amado.

Al día siguiente partieron juntos para ir en busca del rey. El vidamo, a ruegos de monsieur de Nemours, escribió a madame de Clèves para hablarle de este príncipe, y en una segunda carta, que siguió bien pronto a la primera, ya se atrevió el duque a escribir algunas líneas; pero madame de Clèves, que no quería apartarse de las reglas que se impuso y por miedo a las incidencias que pudieran suscitarse, contestó al vidamo que se negaría a recibir su correspondencia si continuaba hablándole de monsieur de Nemours, y decíalo de tal modo, que el mismo príncipe rogó al vidamo que no volviera a nombrarle.

La corte había ido a acompañar a la reina de España hasta Poitou. Durante su ausencia, madame de Clèves observó una vida solitaria, y a medida que se alejaba a monsieur de Nemours y de todo lo que pudiera evocarle, recordaba más a monsieur de Clèves, encontrando un gran consuelo en el hecho de conservar su memoria. Las razones que tenía para no contraer matrimonio con monsieur de Nemours parecíanle muy arraigadas por parte de sus deberes, e incommovibles si se atenía a su necesidad de reposo. El fin del amor de este príncipe y los males que reportaban los celos, cosas que creía infalibles en el matrimonio, presentaban a sus ojos todos los males a que podía exponerse; pero también comprendía que era imposible resistir la presencia del hombre más sugestivo del mundo, al que amaba y del que era amada, y más al tener que resistirle por una cosa que no estaba reñida con la virtud ni la honestidad.

A su juicio, sólo la ausencia y el alejamiento podían sostenerla en sus propósitos, y eso no sólo porque la afirmarían en su resolución, sino también porque le evitarían ver a monsieur de Nemours. Y proyectó un largo viaje para vivir en el mayor aislamiento posible todo el tiempo que durase el luto. Sus extensas posesiones en los Pirineos parecieronle el sitio más indicado, y hacia allí marchó días antes de regresar la corte. Al partir escribió al vidamo para que no procurase averiguar su paradero, pues no quería que éste le escribiera.

Este viaje causó en monsieur de Nemours la misma impresión que le hubiera causado la muerte de su amante. Pensar que no vería a madame de Clèves en una larga temporada hacía experimentarle vivos dolores, agravados por haberse creído próximo a verla y a recibir el testimonio de su pasión. Su tristeza fue en aumento en los siguientes días.

Madame de Clèves, cuyo espíritu se había quebrantado al choque de los más encontrados sentimientos y víctima de la más violenta agitación, cayó gravemente enferme poco después de llegar a sus posesiones pirenaicas. Al llegar la noticia a la corte, monsieur de Nemours se mostró inconsolable; su dolor no conocía límites. El vidamo, aunque con pena, tuvo que prohibirle varias veces que hiciera pública la pasión que le devoraba, y él se esforzó

mucho para guardar el secreto de su amor y partir en busca de noticias. El parentesco y el cariño que el vidamo le demostró siempre fueron un pretexto para enviar varios correos. Por fin se supo que había salido del peligro, aunque su estado hacía presagiar una enfermedad prolongada, sin esperanza de curación.

Había visto tan de cerca la muerte, que madame de Clèves comenzaba a considerar las cosas de este mundo de esa manera tan diferente a como se las ve mientras gozamos de salud. La necesidad de morir, a lo que se creía próxima, hizo que fuera cortando insensiblemente los lazos que la unían a las cosas del mundo y se habituara a la dolencia que la aquejaba. Cuando ya había mejorado notablemente, vio que, a pesar suyo, no se había borrado de su corazón el recuerdo de monsieur de Nemours, por lo que apeló a todos los recursos que pudieran convencerla de que no debía casarse jamás con él. Fue grande el combate que tuvo que sostener consigo misma. Por último, consiguió vencer los restos de su pasión, ya muy debilitada por la enfermedad. El pensamiento de la muerte la había compenetrado con la memoria de monsieur de Clèves. Este recuerdo, que tan bien armonizaba con sus deberes, se imprimió fuertemente en su corazón. Las pasiones y los juramentos de este mundo le parecieron tales como a las personas más distanciadas de las cosas terrenas y de visión más amplia. Su estado de salud, debilitado de un modo considerable, la ayudaba a conservar estas ideas; pero, como conocía lo que pueden las ocasiones sobre las resoluciones más prudentes, no quería exponerse a destruir las suyas ni volver a los sitios donde pudiera encontrar al hombre que había amado. Y, con el pretexto de cambiar de aires, se retiró a un convento sin anunciar que renunciaba definitivamente a la vida de la corte.

Al saberlo, monsieur de Nemours sintió un peso enorme en su corazón y comprendió la trascendencia de tal retiro conventual. En ese momento creyó que debía renunciar a toda esperanza, aunque eso no le impidió poner en práctica todos los recursos imaginables para conseguir que madame de Clèves regresara a París. Consiguió que le escribiera la reina y el vidamo, y además logró de éste que fuese a visitarla, pero todo fue inútil. El vidamo lo comprendió así, por más que ella no habló de haber tomado tales resoluciones. No obstante, estaba firmemente convencido de que la princesa de Clèves no volvería a la corte.

Por último, fue a verla monsieur de Nemours, alegando que había ido a tomar baños en la misma población. Su turbación y sorpresa al conocer la llegada del príncipe, fueron extraordinarias. Desde el primer momento negóse a recibirle, enviándole una persona de su confianza para decirle que no había dejado de amarle y le rogaba no extrañase que no le recibiera, pues deseaba evitar su presencia por no destruir los sentimientos que abrigaba en su alma y que quería conservar; que deseaba supiera de una vez para siempre que, habiéndose convencido de que su deber y su tranquilidad

se oponían al afecto que le profesaba, parecíanle tan indiferentes las otras cosas del mundo, que renunciaba a todo; que no pensaba más que en la otra vida y no le restaba ningún otro deseo que el de verle a él en las mismas disposiciones en que ella estaba.

Monsieur de Nemours creyó morir de dolor ante quien le hablaba, y rogó veinte veces que dijera a madame de Clèves que tenía necesidad de verla; pero aquella persona le contestó que no solamente le había prohibido madame de Clèves participarle nada de su parte, sino también darle cuenta de la conversación.

El príncipe tuvo que abandonar aquella población tan agobiado por el dolor como pudiera estarlo un hombre ante la pérdida de toda esperanza de ver a la mujer que amaba con la pasión más violenta, más natural y mejor fundada del mundo.

Sin embargo, no se resignó todavía y continuó haciendo todo lo posible por que ella cambiase de propósito.

Pasaron años y años, y el tiempo y la ausencia fueron amortiguando su tristeza y pasión.

Madame de Clèves observaba una vida que no daba lugar a creer que pudiese intervenir algún día en los asuntos de la corte. Una parte del año la pasaba en el convento y el resto en su casa, pero en una soledad absoluta y dedicada a ocupaciones más santas que las de los conventos de reglas más estrechas y austeras.

Y su vida, relativamente corta, dejó ejemplos de virtud inimitables.

“El presente libro ha sido digitalizado por la voluntaria Astrid Eliana Oro”

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

